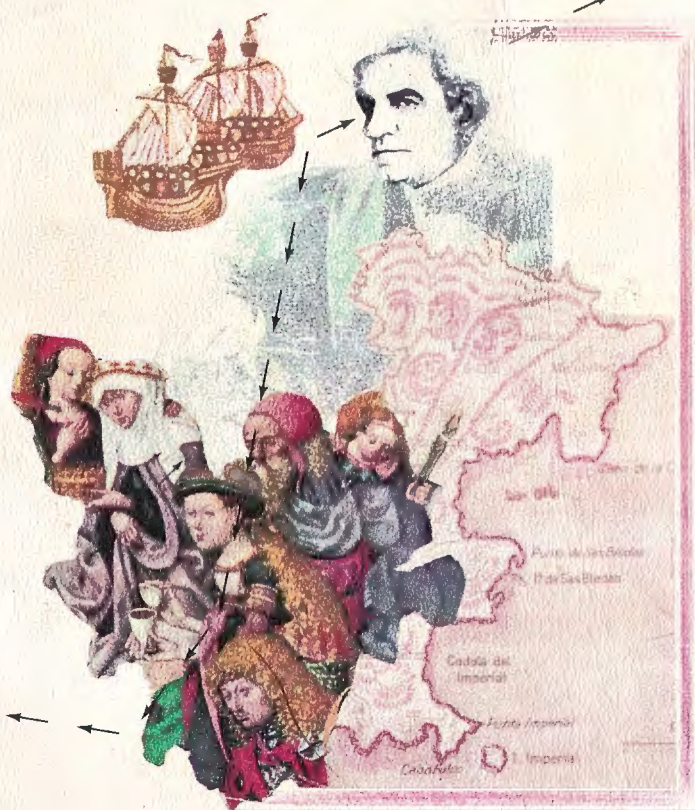


Viajes extraordinarios por **Translacania** François Perrier



gedisa

François Perrier

**VIAJES EXTRAORDINARIOS POR
TRANSLACANIA**

COLECCION PSICOTECA MAYOR

SERIE FREUDIANA

Colección
PSICOTECA MAYOR

Serie Freudiana

OSCAR MASOTTA
Lecciones de introducción al psicoanálisis

VICTOR TAUSK
Trabajos psicoanalíticos

S. FREUD - E. WEISS
*Problemas de la práctica psicoanalítica.
Correspondencia*

S. FREUD - K. ABRAHAM
Correspondencia

S. FREUD - A. ZWEIG
Correspondencia

SARAH KOFMAN
El enigma de la mujer

JACQUES SÉDAT Y OTROS
¿Retorno a Lacan?

SERGE LECLAIRE
Un encantamiento que se rompe

MARIO FRANCIONI
Psicoanálisis, lingüística y epistemología en Jacques Lacan

MAUD MANNONI
El síntoma y el saber

JUAN D. NASIO
El magnífico niño del psicoanálisis

DENIS VASSE
El peso de lo real, el sufrimiento

OCTAVE MANNONI Y OTROS
La crisis de la adolescencia

JULIA KRISTEVA Y OTROS
(El) Trabajo de la metáfora

STUART SCHNEIDERMAN
Lacan: La muerte de un héroe intelectual

FRANÇOIS PERRIER
Viajes extraordinarios por Translacania

VIAJES EXTRAORDINARIOS POR TRANSLACANIA

por
François Perrier

gedisa

Título del original en francés:
Voyages extraordinaires en Translacanie
© Lieu Commun, París, 1985

Traducción: Margarita Mizraji

Primera edición, mayo de 1986, Buenos Aires, Argentina

Derechos para todas las ediciones en castellano
© Editorial Gedisa S.A.
Muntaner, 460, entlo 1a.
Tel. 201 60 00
08006 - Barcelona - España

Gestión, representación y dirección para esta edición
Editorial Celtia S.A.C.I.F. de M. y R.
Avda. Belgrano 355, 6° piso,
1092, Buenos Aires, Argentina
ISBN 950-9113-15-8

Hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso en Argentina
Printed in Argentina

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma.

INDICE

Advertencia del editor francés	9
Preliminar	11
PRIMERA PARTE. Las islas	15
Capítulo I	17
Capítulo II	23
Capítulo III	32
Capítulo IV	38
Capítulo V	43
Capítulo VI	51
Capítulo VII	58
Capítulo VIII	69
Capítulo IX	74
Capítulo X	79
Capítulo XI	83
Capítulo XII	93
Capítulo XIII	99
Capítulo XIV	113
Capítulo XV	118
Capítulo XVI	124
Capítulo XVII	126
SEGUNDA PARTE. París	137
TERCERA PARTE. Diarios y cartas del Ecuador	151
Agradecimientos	163
ANEXOS	165
Cuadro de escisiones	167
Ley de Condorcet	169
Documento	171
Who's who in Translacania	179
Notas	183

Advertencia del editor francés

Este texto, en forma de odisea, se dirige por cierto a todos aquellos que, de cerca o de lejos, han tenido acceso a los misterios o a la experiencia del psicoanálisis, pero se dirige también a todos los demás, a los que sólo saben lo que les ha llegado por vagos rumores y para quienes la aventura psicoanalítica se parece poco o mucho al descubrimiento de América por Cristóbal Colón.

Se dirige a todos los aficionados a viajar hacia lo desconocido.

¿Quién no se acuerda de Lacan y de las pasiones que desencadenó?

Jacques Lacan, neuropsiquiatra y psicoanalista, murió en 1981 cuando tenía más de 80 años. Su desaparición marcó la división de su escuela en múltiples islotes disidentes. . . Una erupción volcánica a la medida del fenómeno y del hombre que la provocaron. Toda su vida (que por otra parte sigue siendo un absoluto misterio) nunca dejó de pagar los platos rotos en la crónica psicoanalítica.

François Perrier, el autor de las confidencias que componen este relato, era una de las grandes figuras del lacanismo. Hoy es un hombre acabado por el excesivo sufrimiento y que hace somatizaciones: padece una parálisis intermitente de las dos piernas a consecuencia de una hemorragia del cerebelo. "No se juega impunemente con la libido", nos confía.

Con un humor acabado, Perrier nos guía hasta la Translacania, archipiélago formado por islas pintorescas y temibles. Con la vista fija en la preocupación por la verdad, remonta el tiempo, escudriña en los escondrijos oscuros, los cementerios y los resplandores repentinos del reino de Lacan.

En cuanto al personaje que dio origen a este relato —el Pachá— es periodista de profesión y marino por vocación. Se lo ha llamado así porque, al fletar su propio barco, se convierte tradicionalmente para la tripulación en el "Pachá", que es algo muy diferente del capitán. Y lo seguirá siendo a todo lo largo de este mítico viaje a Translacania. Es un hombre apuesto, de abundante cabello negro y con bigotes, un dandy. También él es todo un humorista, un hombre que ha probado todos los oficios sin perder ese aspecto extravagante de su personalidad que lo lleva a disimular sus emociones detrás de la pipa.

El Pachá quiere saberlo todo acerca de F. Perrier, esa estoica figura del lacanismo, comprenderlo todo, a pesar de su lucha incesante contra el tiempo, contra el plazo que se le vence para retornar a París. ¿Por qué tanta tenacidad por descubrir los meandros de esa vida? ¿Fascinación por el psicoanálisis? ¿Curiosidad por las pequeñas historias subterráneas que forman los grandes movimientos? ¿O, más simplemente, cariño por ese hombre? Esta última hipótesis parece la correcta. No es cierto que el Pachá haya desarrollado con Perrier lo que en análisis llamamos una transferencia, porque si así fuera, el problema merecería solucionarse en el diván. Es un asunto de atracción de átomos entre dos hombres. Tanto es así que esta aventura le complicó la vida.

En el caso de Perrier, en sí mismo y como personaje fuera de lo común, tal vez lo más acertado sea buscar la clave de su personalidad a la sombra de su madre más que a la de Lacan. El problema es antiguo. En efecto, ¿acaso durante el transcurso de sus análisis no descubrió que lo que a los demás les gustaba de él, física y moralmente, le venía del lado Logier, de su familia materna, de la anciana dama que supo morir con la mayor dignidad, como había vivido?

Cuando Perrier habla de ella, a veces llora como un niño anciano...

Preliminar

Dedico este libro a la Belleza y por lo tanto al Amor; a la Amistad y en consecuencia a la Libertad.

Se lo dedico a todos aquellos y aquellas que amé.

También a quienes me detestaron por considerarme héroe o cobarde. En realidad no daba para tanto.

Pero ya que, desde hace cuarenta años —como todo psicoanalista freudiano— sufro de reputaciones, *en plural* (las asumo todas sin “neutralidad benévola” y, esta vez, no ocupo ni el sillón ni el diván) dedico este libro sobre todo a la Verdad. Inclusive sólo me ocuparé de la verdad (aunque no toda se pueda decir) y quizás algunos no dejarán de reconocerse a pesar del disfraz de la ficción. Que les aproveche.

También dedico esta obra a las liebres y a los conejos.

*Unos piensan en la madriguera
Pues, ¿qué hacer en una madriguera,
a menos que no se piense en ella?*

Los otros, por más que simulen ser liebres, huyen al menor ruido, como conejos que son.

Pues los psicoanalistas son, en realidad, conejos: conejos temperamentales que se toman por liebres.

¿Tener cojones o no es cuestión de intrépidos? Pero no hay que ponerlos al sol puesto que normalmente son pigmentados y corren el riesgo de ponerse rojos...

Pero si tus cojones son pálidos es porque nunca te bronceaste, ni hiciste naturismo ni conoces el Club Trigano; ni a los locos, ni a los locos por el sol ni a los locos al sol de Sainte-Anne, en verano.

Si tus cojones son pálidos es porque, cuando fuiste interno y no internado, no fornicaste en la sala de guardia durante la Tercera República, ni conociste las cenas de los jefes de servicio, ni los versos de los alumnos, inteligentes, sabrosos y elocuentes.

Verba non rima con verga. ¡Qué pena!

No creas, lector enemigo y amigo, que soy San Antonio o Bukowski. Sin embargo, me gustan mucho. Uno tiene veneno y el otro, alcohol. Saben hacer una poesía propia, novelas de verdad y

buen periodismo. Yo no tengo ese estado de gracia, pero me beneficio con gracias del Estado, como un día me lo dijo al oído Lacan.

En nombre de mis amores muertos, prosigo las dedicatorias, con Sophie de La Tour de Robinson, que inspiró mis primeras canciones a los dieciocho años y, más allá de mis amores múltiples y pasajeros, dedico este libro a Noemí —“belleza” en hebreo— esa hija que ninguna mujer me dio, a pesar de que pusieron la mejor buena voluntad con el corazón, el coño y el culo, hermosas palabras de nuestra lengua.

Igualmente dedico este libro a mis tres hijos, todos vivos y bien armados. Espero que, tarde o temprano, cada uno de ellos pueda liberarse de su respectiva progenitora, y que sepan que amé a esas mujeres fielmente y amorosamente. . . A cada una a su debido tiempo. Por último, también dedico este libro a mis dos viejos maestros de los hospitales y los asilos, Jean Delay de la Academia Francesa, y el difunto Leon Michaux de la Salpêtrière.

A Castaigne, que se convirtió en “histologista” de mi clínica.

A la memoria de mi padre, Martial Perrier, cuyo seudónimo de poeta era Jean du Tilly.

A la señora Vega, mi madre, la astróloga, que sabía hacer de todo, incluso el amor, in nomine Patri et Filii et Spiritui Sancti. Amen.

A mis amantes, conocidas y desconocidas, a las que olvidé y a las que aún extraño.

A todos los que, en resumen, me sirvieron con devoción, respetando mis horas de gloria y de miseria, sobre todo a Salvador y a Gregorio, que vinieron después de Madeleine Gandin y su hija.

Y como deseo que se reedite la obra de mi padre, les dejo su filosofía póstuma:

*El negro te queda tan bien, querida amante
Vuelve tan vaporosos tus cabellos y tan profunda tu
mirada,
Que a veces quisiera verte llevar mi luto
Tal vez eche un velo de sombra sobre tu picardía (. . .)*

*Después, una tarde, en la alameda, oirás un sable
Que, a pesar tuyo, te hará volver la cabeza,
Entonces, altiva y dolorosa, te prosternarás,*

*Tu confusión será semejante a la de las lilas
Y yo, de pronto, te oiré gemir muy bajo,
Pero, ¿qué espera señor Capitán?*

“Adieu à don Juan”, Grasset, 1929

Por cierto, estos *Viajes extraordinarios a Translacania* son ficción pura e, inclusive, ciencia-ficción. Todo parecido real, aproximativo o anagramático con personas que viven en la actualidad o que hayan existido, es fortuito, y no compromete en nada la responsabilidad del autor ni la del editor.

Primera Parte

Las islas

I

Donde asistimos al encuentro del Pachá y de François Perrier. . . Donde se habla de cierta leyenda de Lacania, de la isla de los Sobrevivientes y de la isla de las Mujeres, así como del maestro Lacan.

Había una vez un islote perdido, azotado por los vientos y la espuma. Durante el verano de 1980, un ketch, empujado por una fuerte brisa del oeste, ancló, aproximadamente, a dos millas de la costa. A bordo, el Pachá graduó los gemelos y escrutó los alrededores verdosos de la isla. De pronto, se quedó inmóvil: un rayo de sol directo acababa de tocar el navío. Una línea, un punto, una línea. . . ¡Una señal!

“¡Hay alguien en la isla! gritó. ¡Echen al agua un bote con tres hombres! ¡Alcáncenme el Robinson!”

Entonces, de la linde del bosque emergió una sombra que salía de entre el follaje. Un hombre avanzó hacia la playa; frotaba una sartén Tefal con una esponja Spontex y tenía una caña como bastón.

“Un náufrago. . . murmuró la tripulación.

— ¿Hablan francés? —gritó el hombre.

— Sí, somos franceses; suba a bordo.”

Así lo hizo.

Apenas pisó el puente, pidió lo siguiente: “. . . hojas de afeitar Gillette Retour, espuma Yardley y, como estamos cerca de Italia, tal vez tengan a bordo after-shave Atkinson que sólo se encuentra en Roma o en Londres, o bien en París en Old England. . . tal vez, también tengan whisky J. and B. con agua natural. . .

—Pero, ¿quién es usted? —dijo asombrado el Pachá. ¿Qué hace aquí? ¿Qué isla es ésta? No figura en ningún mapa.

—La isla de los Sobrevivientes, Pachá. Usted se encuentra en el archipiélago de Translacania. Esta isla es la de los Sobrevivientes. No soy el único habitante, hay muchos más. Pero déjeme ducharme, afeitarme, sacudirme y luego le contaré todo, las leyendas y lo demás. Se lo prometo. Por el momento, tengo el slip lleno de cangrejos”

Los marineros se apartaron y empezaron a observar al hom-

bre bajo y fornido de melena rubia y desgredada que acababan de recoger.

—¿Qué edad tendrá? refunfuñó uno de los hombres.

—Unos sesenta años, calculó el Pachá. Prepárenle algo de comer y de beber.”

El viento cesó bruscamente. Alrededor del velero, la arena del fondo empezaba a apaciguarse y el agua a recobrar la nitidez. En ese momento, el Pachá divisó a lo lejos, en el horizonte, algo como una inmensa línea de puntos; eran las otras islas del archipiélago. Translacania. . . Por cierto, había odido hablar de ellas y del rey Lacan y de sus hazafias. . . El sobreviviente lo intriguaba.

“Es hermoso, ¿verdad?”

El Pachá estuvo a punto de sobresaltarse. Sentado en un rollo de cuerdas, el huésped daba término tranquilamente a un sandwich y tenía una cerveza al alcance de la mano. Estaba desconocido, fresco, limpio, bien afeitado y visiblemente dispuesto a hablar.

“Me llamo François Perrier. Soy un sobreviviente del lacanismo, Pachá. No todos tuvieron esa suerte. Si naufragué en esta isla. . . Pero es una larga historia. Hace un rato, le hablaba de una leyenda. . . ¿Sabe de qué se trata? Bueno, para llegar a Translacania, primero hay que cruzar un desfiladero angosto que se llama Embudo. Las olas furiosas entran allí con violencia y tienen hasta quinientos metros de alto. Lo esencial es no salir por la izquierda, donde ruge el Leteo, cuyas aguas, cuando se las bebe, provocan la muerte y el olvido. También se lo llama Desfiladero de los Infernos. El paso por allí es peligroso, incluso mortal. ¡Cuántos marineros, cuántos capitanes partieron felices hacia tierras lejanas y no regresaron. . . !

“Hay que doblar a la derecha, hacia la fuente de Mnemosyne donde las barcas, perezosamente, flotan en una ‘neutralidad benévola’ . . . La fuente hace nacer la memoria y lleva directamente al océano Freudiano donde no sucede nada. Eso dice la leyenda. . .

“Este archipiélago, que los naufragos conocen muy bien, está situado en la misma latitud que el cabo Lavezzi donde se produjo un célebre naufragio hacia 1800, pero más al este, en pleno Mare Nostrum, es decir, entre la Viena de Freud y Pompeya, cerca de la isla Caprera.

“En lo que a mí respecta, no podré irme antes de seis meses. Aquí hay una muchedumbre de Sobrevivientes. A pesar de la gran cantidad de muertos, muchos lacanianos se salvaron. Algunos

—como en mi caso— hicieron somatizaciones: lograron que los males pasaran del espíritu al cuerpo. Otros tuvieron menos suerte, como un lisiado, lacaniano devoto, que dejó las piernas en una moto. Brindemos por él para que tenga buen semblante. A otros se les produjeron hemorragias cerebrales. La mía era del cerebelo y por momentos me deja inválido.

“En esta isla, donde nos aburrimos esencialmente y existencialmente, el deporte más practicado aún es la petanca. Se tiran unos bolos, se hace rodar la perinola y las partidas se vuelven interminables. A veces, la aparición de una linda turista que quiere aprender a jugar logra amenizarlas.

“Aquí no hay plátanos ni acento marsellés sino palmeras, baobabs y alcornoques como en el jardín botánico de Palermo y en las ciudades de los alrededores. Además una multitud de estatuas barrocas que coronan el recinto amurallado. Es magnífico. Allí, hay vestigios de todas las civilizaciones mediterráneas desde la época de los fenicios y, en cada recodo del camino, la marca de la influencia francesa a partir de los cruzados.

“Todo eso es digno de verse pero fuera de los períodos turísticos en que el polvo y el tránsito de vehículos es demencial.

“A decir verdad, es casi imposible catalogar o ponderar todas las ruinas diseminadas por la isla. . . Hay que contentarse, entonces, con los lugares más conocidos, lo que ya nos reserva una mina de placer casi inagotable.

“Por ejemplo, Himera, que Píndaro celebró antaño. . . Fue reproducida en la cuarta isla, la isla de las Mujeres. Mire, allá se la ve, a la derecha del peñón, cubierta aún por la bruma de la mañana. En realidad es una isla alargada, muy plana, donde hay sobre todo mujeres que viven allí en compañía de las dirigentes del Cuarto Grupo, que también se llama, y con razón, ‘el sindicato de los ovarios’, del que fui fundador antes de que cayera en manos de las mujeres; sin embargo, mi nombre está proscrito allí. Si desembarcara en esa isla, me convertiría de inmediato en ‘Hércules hilando a los pies de Onfalia’, como decía Martial Perrier, mi anciano padre.

“Las mujeres importaron y cultivaron flores de todas clases; la isla está totalmente cubierta de rosales blancos trepadores, de camelias, de grandes tuberosas sensuales, de flores carnívoras en macetas que se alimentan de mosquitos. Allí, todo es indolencia y silencio. Incluso los niños —educados por instructoras generalmente políglotas, para que aprendan muchas lenguas además de la lengua

materna— son relegados al otro extremo de la isla, lejos de esas mujeres, en una minialdea que abandonan apenas crecen para volver al continente, ya que, como se sabe, los viajes forman a la juventud. . . De todos modos, las psiquiatras que son madres no toleran a los hijos porque están muy divididas entre los pacientes y la progenitura. Además no es raro que estén divorciadas. Con respecto al padre, muy a menudo no se lo nombra, o bien se lo evoca simbólicamente.

“El que dirige la isla es un médico parafarmacéutico italiano, un tal Tortoza, medio curandero, medio psicoanalista, un tipo avaro, misógino y riquísimo, al que sólo se lo ve cuando viene el barco cisterna a buscar la correspondencia, en short, camisa blanca y la barba gris al viento. Vive en una gruta como un troglodita, rodeado de gatos, loros y tortugas (incluso tiene una tortuga de mar). Tiene un acuario que justifica el viaje.

“En cuanto a Pepita, desempeña el papel de mucama, mujer y amante. Es una morocha envejecida que fue hermosa en otras épocas y que viene de Colombia. Se pavonea en la caja, fabrica ungüentos y hace masajes. Tiene muchísimo trabajo con todas esas mujeres, pero con ese acento melodioso logra aliviar las cosas y por poco que se la haga hablar —lo que no es nada difícil— evoca encantada mil recuerdos de los viajes que hizo por todo el mundo. A veces, baila danzas de su país o canta al compás de una vieja guitarra. No tiene mucha voz pero sí mucho ritmo. Las mujeres la adoran. Por la noche, cuando se reúnen para la balneoterapia de espuma, hacen pensar en un cuadro de Ingres o en una escena digna de Lesbos.”

El Pachá llenaba la pipa en silencio. El huésped seguía contando pero evitaba hablar de él. El Pachá decidió no resistirse. Entre el humo de la pipa, apenas pronunció un discreto “¿entonces?”

El Sobreviviente levantó el rostro como perturbado por una visión interior.

“¡Ah! Usted quiere saber. . .

“Mi drama comenzó en 1956, cuando vi por primera vez a Lacan. Histérico ingenuo, conmovido y tembloroso, le dije: “Señor, usted se parece a mi padre. . .” La transferencia se había realizado, por mi propia cuenta, y Lacan decidió hacerse cargo de ella. Sin embargo, a pesar de lo inocentón que era yo, no tenía nada de tonto.

“Desconfié por primera vez cuando, al convertirme en devoto de los seminarios de Sainte-Anne y al creer entender las explicaciones de Lacan sobre la transferencia y la contratransferencia y la diferencia entre lo Imaginario, lo Simbólico y lo Real, me sentí lo suficientemente seguro como para no temerles a las fantasías ‘sodomíticas’ de Bouvet, el predecesor de Lacan, con respecto a mí mismo (o al revés).

“Le dije a mi futuro maestro: ‘Ya estoy preparado para hacer una temporada con usted’. Me respondió: ‘Invíteme a cenar’. Tomé la guía Michelin, que entonces usaba de anuario, y lo invité al Relais Bisson.

“La única prueba de humanidad que manifestó hasta ese momento fue cuando me dijo: ‘François, este lugar es muy caro’. Ni siquiera él mismo creía lo que decía. La cena me costó ocho mil francos viejos, lo que, en ese entonces, era una suma considerable. Hasta le regalé un cigarro.

“Ocho días después me acostaba en el diván de Lacan a ocho mil francos la sesión. Excelente jugada.

“En realidad, lo que le interesaba al maestro no era tanto el análisis de un tipo histérico-fóbico sino la forma en que su predecesor me había tratado y me había vuelto hipocondríaco (con ‘h’ por cierto) e impotente.

“¡Ah, también me favoreció con un tratamiento especial: las sesiones duraban realmente media hora y aun más. Lo que me permitía distinguirme ante Lacan era, por un lado, mi calidad de psiquiatra y de director de una clínica y, por el otro, mi hermosa voz que podía servirle, como él mismo lo decía (y como dicen en Inglaterra), de sargento reclutador en los conflictos con el Instituto de la calle Saint-Jacques, tarea que cumplía valientemente junto con otros.

“Pero esto nos lleva a otro capítulo que ya no se desarrolla en Sainte-Anne sino en la calle de Ulm, en la Escuela Normal Superior.

“Mientras tanto, se fundó la Sociedad Francesa de Psicoanálisis. . .”

Perrier se levantó pesadamente y se estiró. Las primeras sombras de la noche empezaban a apagar el crepúsculo. Un silencio húmedo subía del mar.

“Mañana, Pachá, podemos visitar las islas, dijo. Todo el archipiélago, si usted quiere. Por esta noche, ya es suficiente. ¿Puedo ir a dormir?”

—Tiene preparada una cucheta. Buenas noches”.

Perrier asintió con la cabeza y se alejó haciendo un gesto.

El Pachá aspiró profundamente la pipa. Todo eso empezaba a conmoverlo singularmente. Intentó ver por última vez la línea de puntos en el horizonte, pero una bruma rojiza y negra ocultaba la frontera de lo visible.

Lo visible. . .

II

Donde descubrimos, con el lector que sigue los pasos del guía, un archipiélago de los más extraños formado por la isla de los Moribundos, la isla de los Sanos, la isla de los Placeres Naturistas, la isla Ecuménica de desintoxicación hospitalaria y la famosa isla de Skholê, donde reina la Escuela Freudiana.

Al día siguiente, cuando Perrier se sentó a tomar el desayuno, hacía mucho tiempo que el Pachá vigilaba el curso del agua.

“Hello, dijo Perrier, ¡así que usted es el vigía! (Luego, señalando un rincón del cielo malva): Mire, lo que se ve allá es el reino de la International Psychoanalytical Association, IPA para los amigos, que está en plena decadencia freudiana.

“Allá, hacia la izquierda, la mancha negra aún cubierta por la bruma, es la isla de los Moribundos. Allí no hay tumbas porque los enfermos de autólisis de Lacan fueron enterrados de prisa. Sin embargo, los nombres son conocidos, pero no los diré. En lugar de inscripciones hay laureles rosa.

“Un poco más abajo está la isla de los Sanos; es aquella que parece un lomo de ballena. Allí se construyó otra escuela en forma de templo griego que admite a todos los que, lógicamente, terminaron con el trabajo de duelo de Lacan y saben descifrarlo y utilizarlo sin convertirse en exégetas. También admite a los que entendieron que Lacan, con todo su genio, su talento y sus defectos es, quizás, un caso de ‘paranoia perfecta’ o, a mi juicio, de psicosis pasional. Tenía múltiples aptitudes y, a veces, le surgían chispas de ingenio. Eso era lo que daba miedo. Yo mismo me prosternaba y sigo haciéndolo todavía. ¿Qué importa que un genio sea bueno o malo? Aunque, si llamamos espíritu de una lengua a la aptitud de decir de la manera más corta y más armoniosa lo que otras lenguas expresan menos armoniosamente, como escribía Voltaire, Lacan no era ningún genio. Hoy como ayer, el secreto es saberlo descifrar; también lo será a posteriori.

“Tenía una manera muy personal y sublime de helenizar, latinizar e introducir formas chinas en el francés para hacer lo que

él llamaba en una sola palabra 'la lengua', lo cual hizo bramar de envidia y de fervor por el estudio a los exégetas de todas partes, por muchas décadas.

"Pues, curiosamente, después de la muerte de Lacan, sólo quedan exégetas o viejos amigos y enemigos. Además, como tuvo la idea demoníaca de dividir a cualquier precio para no reinar sino posmortem, el trabajo de duelo, en el sentido freudiano del término, no finalizó de hacerse. Los que se divierten con eso, que continúen. En lo que a mí respecta, el duelo ya terminó."

De pronto, Perrier bajó la voz y se acercó a su compañero:

"Mire, Pachá, esto decía mi anciano padre, que era un gran poeta y que murió en 1935:

*¡Oh! Joven, para quien la gloria es un problema,
Cautivado por tu celo, ve y exécrate tú mismo,
Ebrio de ese cielo que ya no puedes contener
Pero si Pegaso llegara a relinchar,
Pálido y erguido, súbitamente fuera de la carne sumisa,
Salta en ancas, incluso sin haberte puesto la camisa.*

"Dejemos a Pegaso, aunque aquí nos haga mucha falta. Le hablaba entonces de la tercera isla, la de los Sanos. Si quiere visitarla como turista, diríjase al bungalow 23. Allí encontrará al mayordomo, un muchacho encantador, seductor, elegante y originario de Quebec, que es un viejo amigo mío. Le pedirá una contribución para el club y le hará recorrer las costas de las islas. Tiene un barco que se llama *Confrontación*.

"Pero no se arriesgue en las islas áridas y desnudas que vea porque allí encontrará a los miembros de la IPA y a la maquinaria administrativa que montaron. Allí, uno se aburre muchísimo como detrás de la Cortina de Hierro y se encuentra con frecuencia con muchos desertores. En general, ellos necesitan divertirse en la isla de los Placeres Naturistas, ese lupanar al estilo antiguo, que debemos a la generosidad de Trigano y de un mecenas norteamericano. Mediante el pago de una cuota al Club de los Solitarios, se pueden ensayar allí todas las formas de erotismo. Si realmente lo desea, no se lo pierda, Pachá, pero no se fíe de los 'estupefacientes'. Hay que visitar esa isla y *saber salir a tiempo* ya que allí se cometen todos los excesos del mundo. Es allí donde los adeptos del swapping o de cualquier otra práctica solitaria o en grupo sostienen que, para ser

analista, se debe conocer todo y que sólo se gana el cielo psi a través de la mierda propia o ajena. . . ¡Puaj!

"Además, en ese lugar hay, entre otros animales raros, esquizofrénicos coprófagos que padecen una forma de demencia extrema. Un poco más lejos, hacia la derecha, más allá de esa masa de agua verde que brilla como un arrecife, está la isla Ecuménica de desintoxicación hospitalaria. Allí todo es armonía, orden y medida. Es la isla ideal porque es irreal y se encuentra bajo las influencias de Apolo, de Afrodita, de la Belleza y de Platón.

—¿Es decir?, murmuró el Pachá.

—Bueno, ya que le interesan los detalles, los bungalows son sólidos, de cemento, y allí todo es blanco. Cada uno de ellos lleva el nombre de un psicoanalista o de un psiquiatra célebre. A mí me tocó el bungalow 32 con el nombre de Gaétan de Clérambault. Había un catre, una ducha, un toilette y una terraza alfombrada con estera. Incluso la mesa era de cemento.

"En el centro de la isla hay una piscina de agua dulce y un comedor con mesas para seis. Todo el mundo se llama por su nombre de pila. Después viene el buffet central, el self-service y, por último, la cafetería, el bar, la enfermería, la farmacia y las salas de kinesioterapia.

"Efectivamente, sabemos que uno de los males del psicoanalista es la vida sedentaria, a causa de estar siempre sentado. Allí todos se desplazan con mayor o menor dificultad por las diversas atrofias de las piernas. Como la vida sedentaria favorece la obesidad, también se previó un restaurante dietético y el deporte, aunque no es obligatorio, se aconseja a todo el mundo. En cuanto a las distracciones, no hay nada extraordinario: una sala de televisión con video y, todos los días, un teatro improvisado a la manera de Bouvard.

En esta isla pobre, todo se importa, salvo los cítricos, las cabras, los corderos y la leche de oveja que hay en superabundancia. En cambio, el agua es escasa. La de la piscina no se cambia nunca y se espera que el sol favorezca a los microbios. Por eso, los nadadores prefieren el agua del mar.

"La ducha instalada en la playa está constantemente ocupada. Con respecto a la ropa, cada uno se viste como quiere, con taparrabos, con ponchos, con albornoces. También hay quienes se disfrazan de samurais.

"No se sabe mucho lo que sucede allí. Sólo que la costumbre

consiste en que todo residente debe hacer un curso de por lo menos quince días, llamado cursillo clínico, durante el que se estudian sobre todo las perversiones sexuales. Un día, una joven tuvo la mala idea de confesar que era virgen. De inmediato, la pusieron en cuarentena y la introdujeron en el lupanar para que perdiera la inocencia —allí pecado mortal—, las ilusiones y todo lo demás.

“A los ancianos tampoco se los olvida. Hay un servicio de call-girls, otro de cuidados a domicilio y un sex-shop que funcionan para ellos. No hay teléfono pero, al igual que en los barcos, un radioteléfono une la central con la tierra. Por eso, las comidas y las distintas celebraciones se anuncian al son del tam-tam y del clarín.

“Al principio, eso es divertido. Fatalmente, toda la isla se encuentra en el bar. El whisky corre a borbotones, públicamente expedido en forma de ampollas cuyas etiquetas dicen: ‘Vitawhisky’. La posología reza: ‘No más de dos por día’, consejo tan poco seguido que hubo que instalar un vomitorium cerca del bar.

“Con el pretexto de la neutralidad benévola, no hay nada verdaderamente prohibido. Por otra parte, esa falta de posibilidad de transgresión no tarda en empujar a los disolutos hasta la isla Ascética. Allí se practica yoga, las artes marciales chinas y la meditación zen, se hace ayuno y voto de castidad.

“El ritmo de vida lo dicta el verano mediterráneo. Se vive sobre todo de noche, la hora de la siesta es sagrada y la jovialidad necia y artificial es obligatoria (la sonrisa del psi en situación, la que una de mis pacientes trataba de hacer un día a 4,95 francos). Cada residente deposita una suma antes de ser admitido, un poco a la manera de una dote, como la que se paga para entrar en un convento. Acto seguido, se distribuyen collares, como en el Club Méditerranée, para que el dinero no circule.

“En cambio, en el casino, donde se juega en principio con billetes de plástico, el dinero circula en negro. Black-Jack, poker, ruleta, baccara. . . un lugar parecido a todos los casinos del mundo, de donde se sale generalmente perdiendo. . .

“En cuanto al orden social en el archipiélago, el consejo de disciplina comenta asesinatos y delitos varios y condena a trabajos manuales, de modo que la mano de obra es barata: Por ejemplo, no hay prisioneros. Pero la mujer de los retretes forma parte de los afortunados: es el homólogo de la patrona de una casa de trato, es decir, se le paga para que haga la vista gorda.

“Por cierto, existe un centro de venerología muy pujante ya que, desde el chancro blando hasta la sífilis, pasando por el SIDA, allí todo puede darse. Hasta ahora no hubo epidemias. Pero existe un pabellón de aislamiento.

“Con respecto a las enfermedades mentales, tendría que ser muy listo el que dijese que es loco y no lo es. Simplemente, se habla de *forclusión*, término inventado por Jacques Lacan a partir del *Verwerfung* alemán, para definir lo que la psicosis rechaza de la realidad psíquica.

“Imagínese que un día tuve un lío terrible. ¿A quién cree que vi desembarcar del barco cisterna? A Nicole Tesa, una de mis pacientes, que lleva por apellido el nombre de un adhesivo conocido. Imagínese a una rubia opulenta de lentes, a una vieja maestra machorra que, desde hacía algunos años, manifestaba por mí un amor intempestivo. No sé cómo pudo encontrar mi rastro. Al verme entre la multitud, se abalanzó sobre mí y bruscamente empezó a ‘besuquearme’. Estaba tratando de sacármela de encima cuando, perentoriamente, me dijo: ‘Quiero vivir contigo, en tu bungalow’.

“¿Cómo actuar en semejante situación? Desde el punto de vista clínico, es un típico caso de paranoia sensitiva, de tipo Krestchmer. La adhesión hecha mujer.

“Cuando vivía cerca del Jardín de Luxemburgo, me vi obligado a llamar a la policía para librarme de ella. Posteriormente, estuve internada mucho tiempo en Trois-Épis, un sanatorio psiquiátrico del Ministerio de Educación Nacional. Aquel día, me pareció que seguía igual. Estaba más avejentada y había perdido todo atractivo. . . Gritaba con voz estentórea: ‘Ven querido, acostémonos y hagamos el amor’.

“Me sentí desfallecer y se me aceleró el pulso. Alcancé a balbucear: ‘Hace mucho tiempo que estoy aquí, paralizado e impotente, con una hipertensión maligna. No puedo tener palpitaciones, ya que corro el riesgo de morir ante la primera emoción fuerte. Hazme el favor, ve rápido a buscar un médico’.

“Los médicos no faltan en la isla. Vino un amigo que me atendió en privado. Le conté someramente la historia y encontró una solución: mandarla a la isla de las Mujeres. ‘Le diré que tienes sífilis’. Pero ya era demasiado tarde. Nicole ya había llegado al bungalow y se había instalado. Como viejo psiquiatra, mostré un gran dominio de mí mismo. Pero un catre para dos es muy estrecho. Entonces, fui a ver al mayordomo para pedirle que llevara a Nicole

a visitar las islas y, de paso, la invitara al lupanar; que le hicieran un tratamiento homeopático, es decir, que trataran el mal con el mal mismo. Apenas llegó, se hicieron cargo de ella dos tipos forzudos, uno de los cuales era un negro de ébano. De inmediato, la pusieron al tanto de las cosas y quedó ampliamente satisfecho el eretismo libidinal de la edad crítica de Nicole.

“Al cabo de ocho días, Nicole escribía al Ministerio de Educación Nacional para que la repatriaran urgentemente.

“Moraleja: como había perdido la virginidad durante ese tiempo, de psicótica se convirtió en perversa y empezó a sentirse muy bien. Tres meses después recibí una carta.

‘Querido:

‘No olvidaré jamás lo que hiciste por mí. Retomé mis clases y estoy enamorada de mis alumnos. Pasamos noches divinas. Ya no te amo más. ¡Viva Lesbos y adiós!’

‘Tu Nicole que te amó apasionada y rencorosamente antes de descubrir la felicidad’.

“Pero volvamos a las islas.

“A veces, el mayordomo del bungalow 23 de la isla de los Sanos va hasta Skholê, que se ve allá, y algunos audaces se atreven a subir en el barco para dar una vuelta con él. Es la isla más cercana a la isla volcánica. Como el volcán tiene sus humores, se lo llama ‘el Gran Jacques’: a veces, fulmina; a veces, explota.

“Le pidieron a Haroun Tazieff que lo auscultara. Se mostró pesimista. Dice que en cualquier momento puede producirse una erupción. Ya se tomaron todas las medidas para una eventual catástrofe. Se preparó un plan rápido de evacuación y, sobre todo, de salvación de los archivos en un refugio que se encuentra en la isla de las Mujeres, esas seudovestales de un templo falso.

“La ‘Escuela’ se proyectó como un campus norteamericano. Hay que aclarar que en griego *skholê* quiere decir al mismo tiempo ocio y escuela. Allí también se trabaja durante las horas de la comida. ¡Triste costumbre bajo un sol semejante! Por eso, cerca del templo del estudio se proyectaron áreas de deporte y distracción. En el templo están representadas todas las disciplinas universitarias. Allí se cultivan tanto las matemáticas como las humanidades, las lenguas muertas, como las lenguas vivas.

“Una vez por mes, el Maestro llega de París, da una conferencia excepcional y establece un plan de trabajo para el mes siguiente. Se trabaja en pequeños grupos de cinco personas. Lacan llamó a eso *cartels*, antigua palabra de la lengua francesa. Son cuatro más uno. El más uno siempre es Lacan en filigrana. Apuesto que después de la muerte de Lacan, de la que ya empieza a hablarse, ‘más uno’ ya no querrá decir nada, será apenas una injuria: ‘Ese es Dupont que viene a hacer el *más uno*. . .’

“Es una pena que allí no haya verdaderos pacientes. Se practica sobre quien quiere o puede hacer el ‘pase’, que debe conducir a ‘la falta de ser’. Pero le explicaré. En 1978, en el congreso de Deauville, Lacan llegó a la conclusión de que el Pase era un fracaso. Como de costumbre, citó a Leclaire. (La desubjetivación es un proceso progresivo. . . la no-identificación es diferente. . .)

“Lo que aquí falta es lo que Serge Leclaire llamaba, durante ese mismo congreso, los ‘sujetos no identificados’, es decir los extranjeros, los que vienen de otra parte. En principio, no se necesita documento de identidad, pero eso no dura mucho tiempo. Lo que también falta aquí son Ovnis o invasores, como en las series de televisión. Por ejemplo, en las telenovelas, hubo que buscarles un signo distintivo y, como por casualidad, tienen el meñique izquierdo rígido, según dicen los que lo vieron, lo cual evita la psicosis colectiva.

“Eso nos remite a esa palabra alemana tan conocida: la *Unheimliche*, es decir, la inquietante rareza o familiaridad. Efectivamente, no hay nada más angustiante, perturbador y psicotizante que la identificación con un semejante. Si cada uno de nosotros, como quídam, no tiene un signo distintivo, una pequeña diferencia con otro quídam —aunque sea el hermano gemelo, el homocigoto— puede volverse psicótico o un puro producto de computadora. De allí viene la importancia de los nombres.

“Eso puede suceder en la Escuela Freudiana de París o en la isla.

“En biología la reproducción endogámica es un factor de degeneración. En la teoría de Lacan, a pesar del acento que él mismo puso en la diferencia esencial y en la singularidad de cada uno, hay un aroma a incesto y perversión. Como él es el único padre y creador de los lacanianos, que son sus hijos y nietos, no hay ningún cruzamiento ni intersección, lo que se convierte en una ‘psicosis colectiva perfecta’.

“Quizá de allí provenga esa curiosa perversión del lenguaje,

irónicamente subrayada por François George en el libro *Yau de poêle*:¹ cada alumno de Lacan necesita singularizarse, ser él mismo y no el puro subproducto de una escuela. De allí los enfrentamientos de singularización, las tentativas malogradas de tomar el poder.

"De ese modo, en 1969, en las sesiones de Lutecia, Lacan, apostrofando a la multitud, dijo: 'Designen a Perrier presidente de la Escuela y verán en lo que se convertirá'. No respondí, pero renuncié ese mismo día.

"¿Qué más puedo decir de la isla de Skholê?

"La geografía de los lugares no interesa. No forma psicoanalistas sino subproductos de Lacan y, por eso, el nepotismo reina sordamente. Esto me lleva a la dialéctica del Amo y del Esclavo. No tengo ganas de tratarla, pero también hay que decir que Lacan inventó la abominable *transferencia de trabajo*, que no es freudiana. Decirle a un alumno en análisis: 'Trabaje, esfuércese, la propiedad es lo que menos falta', es, simplemente, expresar el deseo del analista, es decir el deseo de Lacan. Eso hay que reformar. Cada uno es dueño de ser una bestia de trabajo para sí mismo, pero serlo para otros, en nombre de la seducción de la transferencia, revela una forma refinada de esclavitud perversa. Eso es lo que sucedió en estos últimos tiempos.

"La cuestión es ésta: volverse psicótico o no. Los psicoanalistas caminan por el brocal de un pozo, pero tienen prohibido sentir vértigo. Pues, ¿dónde está el fondo?

"Yo respondería; *Out of nowhere* como en la canción de Fats Waller, el pianista negro. Como podrá ver, cada vez que evoco el vértigo, me acuerdo de esa melodía. ¿Por qué hay tan pocos músicos entre los analistas? Me gustaría ponerle música a la psi, solfearla con calderones, andantes, staccatos, 'leggerissimos', 'rinforzando', y sobre todo con una coda. Pero, según dice el latín, *in cauda venenum*. Es triste que un perro se muerda la cola, pero aun es más triste que un hombre se coma la caca, según la expresión de uno de los miembros de la Troika. Sólo las canciones tendrían que ser interminables, como *La Chaussée d'Antin*."

"Pero le estoy hablando del pase, de la Troika y de la Escuela como si usted supiera de qué se trata.

"Esos recuerdos me afectan mucho. Pachá, sea bueno, lléveme a la isla."

Con la mirada perdida el Pachá demoró un momento en reaccionar.

'Por supuesto, por supuesto'.

"Pero la frustración ya empezaba a cosquillearle. Al mismo tiempo que deseaba respirar un poco y digerir, a la vez, el vocabulario y las ideas con que Perrier acababa de bombardearlo y las sensaciones que todo eso desencadenaba en él, no quería que el huésped se le escapara.

"¿Realmente desea irse? ¿Quiere un whisky?

—Bueno, en honor al ágape, le acepto otra copa."

El calor del sol ya empezaba a sentirse. Perrier se instaló en una hamaca y no tardó mucho tiempo en quedarse dormido.

El Pachá se sentó junto a la hamaca. Para él, ésa era una manera de tener a Perrier prisionero y de esperar la continuación.

III

Donde, al producirse una tormenta, surgen recuerdos de juventud. . . Las primeras armas del médico, los amores y los duelos.

Hacia el anochecer, una gran tormenta cayó sobre la isla.

El Pachá acababa de acompañar a su casa al Sobreviviente. Una lluvia torrencial lo obligó a quedarse allí durante horas e intentó retomar esa conversación que le importaba tanto, tratando de remontarse a las fuentes.

“Pero, ¿cómo se decidió a introducirse en el medio psi: . . ? me refiero a la primera vez.

“— ¡Ah! ¡Ya hace tanto tiempo!

“Los primeros contactos psiquiátricos que realicé se remontan a una entrevista con el doctor Bonhomme, un viejo psiquiatra que tenía una clínica privada en Sceaux. Los padres de Sophie de La Tour, mi novia, me aconsejaron consultarlo. El doctor Bonhomme me propuso que empezara a prepararme para la residencia.

“Efectivamente, Francia (particularmente la región parisina) está llena de clínicas privadas con orientación psiquiátrica, púdicamente llamadas ‘clínicas médicas’.

“Todas tienen un pabellón y/o un ‘piso cerrado’ donde se atiende a los enfermos importantes sin necesidad de internarlos. Son una mezcla de hotel y de clínica psiquiátrica, reservadas a los miembros de las familias adineradas que están un poco locos. Los cuidados y la vigilancia que allí se prodigan son idénticos a los de los hospitales psiquiátricos, con la diferencia de que hay que pagar. También existen clínicas que hicieron un convenio, o bien están admitidas por la Seguridad Social. En general, las dirige un psiquiatra que pertenece a los hospitales y que se instaló por su propia cuenta. El problema de esas clínicas es que se instalan bajo el signo de lo arbitrario. *Todo depende de la capacidad médica y psiquiátrica del médico jefe.* De ese modo, coexisten establecimientos vetustos y centros ultramodernos, mortuorios de lujo y lugares realmente terapéuticos.

“La clínica del doctor Bohomme seguía los lineamientos del

modelo antiguo. El era un viejo psiquiatra tradicional con perilla que me aconsejó presentarme a los concursos y ser, al menos, residente de los hospitales de París. En 1948, en quinto año, ya era externo. Al año siguiente, me presenté al primer concurso de psiquiatría y me recibí con medio punto menos que el mejor. En esa época, para ser externo, había que preparar en ‘seis minutos’ preguntas cuya formulación dependía del estilo del conferenciante. Tuve a Serge Lebovici como conferenciante del externado cuando aún era médico (!); era un extraordinario trabajador. Luego fue el conferenciante de internado Jean Marche, que vivía en la calle de Seine, en el piso de abajo de mi departamento.

“Todo eso sucedía en 1954. Primero, fui externo en el servicio del doctor Michaux en la Salpêtrière; luego, en el servicio de Delay en Sainte-Anne. También hacía reemplazos en las clínicas psiquiátricas. Por ejemplo, los viernes, iba a L’Hay-les-Roses para reemplazar al doctor Jean Maillard porque era su día de descanso. Me ganaba la vida como podía: ponía inyecciones en la ciudad y tocaba en un piano-bar. Conocía a Charles Delaunay del Hot-Club de France que solía conseguirme algún trabajo para tocar en la casa de particulares jazz y música clásica hasta las tres de la mañana. Había aprendido esa música de oído y esos viejos aires me quedaron en los dedos.

“Hacía mucha psicoterapia de psicosis. Por ejemplo, traté el caso Martine, descrito en *La Chausée d’Antin*,² según el método de la señora Séchehay, aunque como yo carecía de seno materno ¡le daba de comer sardinas!³

“Al mismo tiempo y ante todo, estaba locamente enamorado, y sin razones que se interpusieran, de Sophie de La Tour, lo cual duró veinte años. Desde las ventanas de mi habitación de L’Hay-les-Roses veía, más allá del valle de la Bièvre, las colinas de Robinson donde ella vivía. Le componía canciones en el piano de la clínica. Era encantadora como un ruiseñor en libertad. Tenía senos virginales en forma de peras Williams.

“Ese amor apasionado me impedía trabajar y decidí decirle, cansado de ese amor, que no quería verla más durante seis meses. No le escribiría ni la llamaría por teléfono sino que *prepararía la residencia*. Eso fue lo que hice.

“Seis meses después me había recibido. Le pedí una cita en el Jardín de Luxemburgo ante la fuente Médicis, la de los enamorados Acis y Galatea. La encontré cambiada, indiferente. Ese mismo día

supe que había encontrado a otro al que creía amar. Pero Sophie poseía un alma fluctuante; tenía sólo diecisiete años y yo veinticinco. Mi título la hizo vacilar. ¡Vivan las viñas del señor!

"La historia terminó mal: me comprometí oficialmente con ella. Mi madre hizo hacer anillos con los últimos diamantes de la familia. Como no tenía ni un centavo, alquilé en Montmartre un pantalón rayado y una chaqueta negra. Parecía un empleado de las Galerías Lafayette. Me encargaron organizar las festividades. Charles Delaunay me mandó una pequeña banda de jazz y bailamos toda la noche en la casa de Robinson. Me sentía loco de amor.

"Poco tiempo después, en la calle de la Muette, volví a verla con la madre, a la salida de un desfile de modelos de alta costura. La señora de La Tour me indicó agriamente que me fuera. La tía, que me quería, me devolvió el anillo de compromiso.

"Pero yo estaba demasiado enamorado como para ceder. Con el pretexto de una tentativa de suicidio simulada, Sophie fue enviada a Montreux, cerca de Lausanne, según la decisión conjunta de la madre y del doctor Bonhomme. Me fui a buscarla, con mi propio dinero, en vagón de tercera, con tres sandwiches en el bolso y veinte centavos en el bolsillo. Pasé allí tres días con ella.

"La última noche, sin soportar más, vino a buscarme a la buhardilla que había encontrado como alojamiento. Quería, por fin, entregármese. Yo, que había sufrido tres días y tres noches ante esa virginidad ofrendada, fracasé stendhalianamente.

"No volví a verla nunca más.

"Entonces me embarqué sin más ni más en cualquier aventura, precipitándome detrás de la primera falda que pasaba. Por cierto, no amaba a ninguna de las mujeres que conquistaba. Siempre fui desdichado en el amor, pero jamás como aquella vez. En una palabra, jamás desvirgué a una mujer con amor.

"Quince días después de ese duelo fui a ver a John Leuba, uno de los más viejos psicoanalistas de Francia. Le hice una sola pregunta: '¿El psicoanálisis puede, acaso, matar el amor?'

"Prudentemente, Leuba no me respondió. Le hablé de Sophie a Bouvet, al doctor Maurice Bouvet, mi primer psicoanalista, durante cuatro años. Ese hombre que jamás decía una palabra, sin embargo, al cabo de unos meses, me dijo: 'Realmente, usted parece haber sufrido muchísimo. Hasta el martes.'

"Bouvet era un hombre muy enfermo, casi ciego. Fue el último analista didacta que nombró el Instituto. En ese entonces,

hubía sólo una sociedad de psicoanálisis: la Sociedad Psicoanalítica de París. Lo vi por primera vez en la Pitié, en el servicio donde hacía psicoterapias. Ya desde la primera entrevista, me reveló un secreto y me dijo que sólo podría analizarme cuando hubiese terminado de 'analizar las fases pregenitales' de uno de sus pacientes.

"Para él, *el superyó tenía la forma de un supositorio*. . . Había que sustituir *analmente* el superyó personal por el superyó flexible del analista. Demoré cuatro años en dejar que Bouvet me poseyera analíticamente. Finalmente, para terminar, un día le dije que me agradaba esa 'sodomía' psicoanalítica. Entonces, me dio de alta en febrero de 1954.

"Por cierto, el análisis de Bouvet me había vuelto hipocondríaco (aproveché esa circunstancia para escribir un análisis de la hipocondría que retomé en *La Chaussée d'Antin*). Bouvet había cometido tres errores. No había analizado mi Edipo, sólo creía en Melaine Klein y un día en que yo creía tener una esclerosis lateral amiotrófica (enfermedad mortal al cabo de seis meses), me había tranquilizado diciéndome que incluso en un pulmón de acero se puede psicoanalizar a la gente. Eso me sumió en una profunda angustia. Y con razón. . . Consulté a Ajurriaguerra, el célebre neurólogo, que se me rió en la cara. Según él, yo presentaba simplemente el síndrome de los estudiantes de medicina, que consiste en creer que uno tiene todas las enfermedades. En mi caso, era cáncer de pulmón. Además, me sentía totalmente impotente y víctima de un gran desasosiego.

"*En realidad, descubrí el psicoanálisis sólo con Lacan.*

"A partir del quinto año de medicina, seguí el camino de las clínicas psiquiátricas. En primer lugar, Jean Maillard en L'Hay-les-Roses donde todos mis amigos residentes de psiquiatría Leclaire, Rosolato y muchos otros vinieron después de mí. Luego, la clínica psiquiátrica Bellevue con Jean Pierre Bussard y Pierre Morand. Allí hacía psicoterapias y narcoanálisis. Por último, Sainte-Anne, donde enseñaba psiquiatría con el doctor Pasche. Como era blanco y rubio. . . me convertí en especialista en oligofrenia fenilpirúvica, una enfermedad hereditaria y rarísima que ataca a los nórdicos blancos y rubios consanguíneos. Debía hacer la tesis sobre ese tema, pero Pierre Pichot quiso conservar ese estudio para su uso personal y, en 1951, me vi obligado a improvisar la tesis en quince días. Esto me trae a la memoria a mi amigo Phaseo. Ese nombre provenía de *Phaseolus vulgaris*, 'alubia' en latín. Ese picaresco

personaje, en ocasión de un festín, había apostado que se comería, en una escupidera nueva (los padres tenían un bazar), dos kilos enteros de alubias blancas y, también, que dormiría sin incomodar a los compañeros con vientos intempestivos; sabía hacer de todo, se lamentaba mucho de no haber terminado la carrera de medicina y me sugirió inventar un medicamento. . .

“En esa época, el italiano Cerletti buscaba, en el líquido cefalorraquídeo, la sustancia activa que podría explicar el éxito del electrochoque en la melancolía y en diversas afecciones psiquiátricas. Decidimos entonces ir a los mataderos de Nantes para practicar el electrochoque iterativo con los cerdos antes de que los carnearan. Por eso, tomábamos una ducha vespertina cotidiana. ¡Qué mal olían los cerdos muertos! Luego había que seguir el proceso de la matanza y recoger cuidadosamente la hipófisis para hacer un liofilizante inyectable. Hicimos lo mismo con la conejera de la clínica de Bellevue (en esa época, los enfermos comían conejo todos los días).

“En cuanto al aspecto clínico, en Sainte-Anne ocupaba mi tiempo en hacer punciones a los enfermos sometidos a electrochoque. Una punción lumbar antes y después. También me dedicaba a poner los tubos de ensayo en el hielo, a treparme a la moto y volver hasta la facultad de farmacia donde un amigo pasaba ese líquido por los rayos ultravioleta, lo cual me costaba cien francos que pedía prestados.

“Al cabo de quince días había terminado chapucera la tesis. Pero tenía tanta vergüenza que se la hice escribir a máquina a mi madre, esa gran señora admirable tan digna y tan joven en aquella época, cinco ejemplares y no ciento cinco como es la costumbre. Durante veinte años la Prefectura del Sena me reclamó esos ejemplares en vano. Había titulado mi obra aproximadamente así: ‘Estudio del líquido cefalorraquídeo en espectrografía ultravioleta antes y después del electrochoque’. Me dieron la medalla de bronce por esa tesis. Pero no logramos jamás aislar lo que Cerletti llamaba acrogoninas —¿quizás un ácido aminado?— es decir, psicoquímica imaginaria y escabrosa, a mi entender.

“En 1954, finalmente curado por el análisis que hice con Bouvet, me enamoré de Lydia. Por aquel entonces se produjo la primera escisión.

“Pero no crea que intento con eso hacer una digresión: mi vida analítica y mi vida amorosa, sexual y sentimental siempre estuvieron ligadas. Así que me casé a los treinta y un años con Lydia

Arcadiovna Zalenstkaia, jefe de clínica como yo, en Sainte-Anne y escribí, con ella, las primeras ‘migajas’ (*daragaya chroika*, en ruso), un artículo psicoanalítico que apareció en la *Gazette Médicale de France*. Después, junto a Ludmilla Swistonoff, mi segunda esposa, inventé el término Cuarto Grupo en las arenas de Saint-Tropez. En cuanto a Suzanne de Ludelage, el análisis que hizo en mi diván le sirvió para convertirse en médica, psiquiatra e. . . historiadora de Freud.

“En realidad, en el medio psi en el que hacía mis primeras armas, todo giraba en torno de la dirección del Instituto, compuesta por Lebovici, Diatkine, Lacan, Nacht, Bouvet y Marie Bonaparte.

“En 1953 Lacan, que había sido elegido presidente de la SPP por ese año, fue *destituido* por sus propios colegas. Ya se le reprochaba el hecho de que hiciese sesiones breves. Tres meses más tarde, Dolto, Lagache, Juliette Favez-Boutonnier, Lacan y yo fundábamos la segunda sociedad francesa de psicoanálisis —la SFP, Société Française de Psychanalyse— y solicitábamos el reconocimiento internacional. Después, empezó la curiosa historia del movimiento psicoanalítico francés.

El Pachá empezaba a perder el hilo. . . Demasiados nombres, personajes y lugares que algunos días antes ni siquiera conocía.

Por primera vez, interrumpió a Perrier y le pidió hacer una pausa. Perrier no se hizo rogar.

“Podríamos ir a jugar una partida de petanca, Pachá. Ya dejó de llover.”

El Pachá aceptó. Pero sabía que, al día siguiente, desde muy temprano, hostigaría a Perrier y le haría contar detalladamente la historia del psicoanálisis en Francia.

IV

Donde, entre 1954 y 1963, se ve despuntar la gran época del psicoanálisis y los nombres que siempre figurarán en ella.

El café humeaba en las tazas. Los papeles se habían invertido. Esta vez, Perrier era el que recibía al Pachá. Un Pachá ya listo para escuchar, con la pipa cerca del pocillo. No esperó mucho tiempo.

“En Francia, la sociedad madre del psicoanálisis aún se llama Sociedad Psicoanalítica de París. Fue fundada en 1927 (yo tenía cinco años) por un grupo de seniors, entre los que se encontraba Marie Bonaparte, Laforgue, Allendy, John Leuba y muchos otros. . . Hasta 1939 fue la única sociedad. Todo se hacía a la buena de Dios, a domicilio, en la casa de unos y de otros, ya que la sociedad aún no tenía ni sede ni instituto de formación.

“Todos los psicoanalistas franceses se habían analizado sumariamente con M. Loewenstein, un judío alemán que había mandado especialmente la IPA para arreglar la situación francesa. Ni Lacan pudo escapar.

“La primera vez que Lacan logró que se hablarade él fue en el Congreso de Marienbad, en 1936, cuando expuso el famoso ‘Estadio del Espejo,’⁴ que había publicado en la revista *Le Minotaure*, que ya no existe en la actualidad. Por cierto los textos eran de él, tanto ése como los otros, aunque, al compilar, nunca citaba a los autores que consultaba.

“El drama empezó después de la guerra, cuando hubo que fundar un instituto de formación: se avivaron los antagonismos, sobre todo entre Lacan y Nacht. De amigos y rivales se convirtieron en enemigos. Conocí a la princesa Marie Bonaparte, en ese entonces todopoderosa, además, miembro del comité central del IPA, en el palacete hotel particular de su propiedad en la calle François 1^{er}, durante la primera ronda, es decir las primeras visitas que hice como postulante. Cuando pregunté por la señora Marie Bonaparte al conserje de librea que me abrió la puerta, me respondió: ‘Lo anunciaré ante la princesa’. (Marie Bonaparte era princesa de Grecia por los Hohenzollern.) Era una mujer de mucha edad, de aspecto

muy amable. Me hizo algunas preguntas sobre mi curriculum vitae mientras tejía, con las piernas abiertas. Hacía calor.

“Conocí a algunas pioneras del psicoanálisis. Por ejemplo, a Maryse Choisy, una amiga de mi difunto padre que fue la primera psicoanalista de Francia. Editó la revista *Psyché* y entró en el monasterio del monte Athos disfrazada de hombre con un verderón de plástico. Con el tiempo, se convirtió al ecumenismo. En su casa, en el hotel particular de la calle Lauriston, conocí a Colette, a Alain Curry, a rusos ortodoxos, a protestantes, a católicos y musulmanes. Me recibió cálidamente, como al hijo de mi padre, acostada en un sillón, impotente, casi en agonía. . . ¡Qué doloroso fue para mí! Cada vez que la dejaba, debía precipitarme sobre un whisky para levantarme el ánimo.

“También frecuentaba a Blanche Reverchon, la mujer de Pierre Jean Jouve, un gran poeta, creador de la figura de Catherine Crachat. Me pidió personalmente, en nombre de Jacques (Lacan), que me hiciera cargo, a domicilio, de la psicoterapia del marido que no podía salir porque había sufrido una hemorragia cerebral, como mi padre (el cual había muerto por esa causa a diez metros de allí. Los Jouve vivían en la calle Antoine-Chantin, cerca del hospital Bonsecours). No me llevó mucho tiempo. . . Jouve se restableció. Volví a ver a Blanche mucho tiempo después. Me legó sus últimos pacientes antes de morir, a los noventa y seis años, en el consultorio que aún atendía cerca del puente Mirabeau, bajo el cual corre el Sena. . .

“Para retomar la historia de la Sociedad Psicoanalítica de París y la cuestión de la formación, en aquella época, como, por otra parte, lo subrayó muy bien Elisabeth Roudinesco en *La Bataille de cent ans*,⁵ para ser aceptado sin discusión, había que ser médico residente y psiquiatra. En el caso de los psicólogos, era totalmente diferente y hoy en día aún sigue siendo así.

“Lagache, que se había formado en la Sorbona, tenía una posición favorable a los psicólogos pero, al mismo tiempo, era médico y ex residente como Jean Laplanche, su mejor alumno, quien, junto con Pontalis, redactó el *Vocabulaire de la Psychanalyse*.⁶

“Nacht, Lacan, Marie Bonaparte y Lagache anhelaban ocupar dos puestos importantes, la presidencia de la Sociedad y la dirección del Instituto.

“Sin embargo, en la década de 1950 nombraron a Lacan, quien había redactado los estatutos de la sociedad, presidente de la

Sociedad Psicoanalítica de París. Colegas y ex alumnos lo destituyeron a causa de las sesiones breves. Diatkine, particularmente, era el más interesado en que Lacan se fuera. Según los rumores, cuando Diatkine fantaseaba en el diván, clásica y freudianamente, y hablaba de la muerte de su analista, este último —Lacan—, que no lo soportaba, le dijo que se fuera. Esa es la primera versión personal de las sesiones breves.

“Lebovici, por su parte, apuntaba a la presidencia de la Internacional, pero no la obtuvo. ¡Ah! los tejemanejes psicoanalíticos. . .

“¡Cuántos odios en todo eso! Celos y rivalidad fueron, son y serán el alimento del análisis.

“Ciertamente, las famosas sesiones breves de Lacan eran inadmisibles. El análisis es un diálogo que supone una cantidad mensurable de tiempo.

“Eso tampoco quiere decir que tres cuartos de hora constituyen la medida ideal. De todas formas, las sesiones breves deben ser excepcionales. El buen sentido impone —en análisis como en cualquier otra cosa— una cierta proporcionalidad entre la demanda y la oferta, sobre todo en lo que concierne al dinero. Si se le piden cincuenta millones a un vagabundo, por cierto no podrá pagarlos.

“El dinero del análisis es ‘una moneda viviente’, como dice Klossowski.⁷ En análisis, lo que hay que saber pedir es el centavo adicional, sin perjuicio de hacerlo simbólicamente si el paciente no tiene dinero. No reducir jamás los honorarios una vez que se fijaron, so pena de crear angustia en el paciente que, por esa razón, piensa que todos son de su misma condición. En cuanto a los aumentos, deben hacerse como medida terapéutica y, por cierto, en el momento oportuno se trata de tener tacto clínico y no de hacer una operación bursátil.

“En otras palabras, el analista, incluso si no tienen ni una moneda, debe aparentar ser rico y pedir que se lo pague en dinero corriente. Mala suerte para el fisco. . .

“En cuanto a mí, hice radicalmente una transferencia con Lacan. Lo conocí en lo de Jean Delay, que lo tuteaba. Creo que eran de la misma promoción. Primero Lacan atendía un consultorio una vez por semana en el servicio donde yo era jefe de clínica; luego, hacía una presentación de enfermos en el ‘desván’ en Sainte-Anne; por último, durante muchos años, el seminario en el primer piso del servicio de Delay, en el anfiteatro de la facultad de medicina.

“En esa época (1947-1951) me analizaba con Bouvet. En realidad, conocía a Lacan sólo en 1954, cuando se produjo la primera escisión. Para analizarme con él, tuve que seguir las explicaciones sobre la transferencia y la contratransferencia, la diferencia entre la imagen, el símbolo y el sueño.

“Lacan era un excelente clínico. Nos enseñó todo sobre el análisis. Era un excelente germanista, como lo prueba su estilo: construye las oraciones con los verbos al final, como en latín o en alemán. En esa época, ya había traducido el *Logos* de Martín Heidegger. Yo estudié a Heidegger justo en 1959 en el libro de De Waehlens⁸ cuando navegaba con los Clavreul, cerca de las islas Choossey, en Saint-Pair-sur-Mer, en Bretaña.

“Al principio, el clima era admirable en la Sociedad Francesa de Psicoanálisis. Luego, ese clima se dislocó completamente. Daniel Lagache, Françoise Dolto, Juliette Favey y su marido la habían fundado. Asistí a la sesión de inauguración, en la casa de Françoise Dolto, con Leclaire y Granoff, mis viejos amigos. Celebramos el acontecimiento con champaña. A las seis de la tarde, llegó Lacan y dijo: ‘me adhiero a la Sociedad Francesa de Psicoanálisis’.

“De ese modo, entre 1954 y 1963 se desarrolla en Francia el período más fecundo del psicoanálisis, al que favoreció el tiempo y la sociedad (en el prefacio de *Les Corps Malades du Signifiant*⁹ me referí a esto), porque existía verdadera competencia entre verdaderos psicoanalistas que respetaban rigurosamente los criterios de formación, ya que el deseo de todos ellos era adherirse a la internacional. En mi opinión, si Lagache lo deseaba abiertamente, Lacan lo hacía secretamente.

“En un determinado momento, uno de los miembros de la Troika —por orden alfabético: Granoff, Leclaire, Perrier— que acababa de ser nombrado en una comisión de investigación, les dijo a los otros y a todos los alumnos de Lacan: ‘Hay que mentir. Hay que decir que el maestro nos recibe a todos al menos media hora y que las sesiones son regulares’. Así, todos mentimos pero porque nos dirigíamos a otros analistas, a gente que debía discernir lo falso de lo verdadero, lo pasional de lo apasionado, los aprendices alumnos de los aprendices maestros.

“Por cierto, tenían criterios muy personales para juzgar, lo cual no discutiremos aquí. Entre nosotros, sin embargo, después de Freud y Ferenczi no hubo nadie mejor. Para que un análisis sea didáctico hacen falta, al menos, cuatro personas: el analista, el que

controla, el alumno y el paciente de dicho alumno. Más uno que hacen cinco: la Inspiración. Más una sexta persona que es Dios. Pero, como El no existe, es equivalente al objeto *a*.

"Un día, Lacan dijo: 'El nombre del padre murió'. Luego, vendría la era de la segregación."

V

Bajo el cielo cubierto de Lacania, el lector asiste a las luchas subterráneas, a las guerras intestinas y a los pleitos del psicoanálisis.

"Volvamos a esos años gloriosos, continuó Perrier. Cuando Lacan se convirtió en director de la SFP, yo pertenecía al primer grupo de estudios, con Leclaire y Granoff, es decir, a la famosa 'Troika'.

"Conocí a Leclaire en lo de Delay. El era externo y yo residente. En cuanto a Granoff, lo vi por primera vez en la Sociedad Francesa de Psicoanálisis. Teníamos las mismas aspiraciones y, al principio, la misma admiración por Lacan, a pesar de que Granoff no se había analizado con él.

"Los congresos eran nuestras fiestas, nuestras propias celebraciones. Por otra parte, hay dos maneras de participar en ese tipo de manifestaciones: o bien se hace turismo, se descubre el lugar y sus encantos y, de ese modo, uno se divierte, o bien se frecuentan asiduamente las audiencias y uno se jode por cien perras chicas la hora.

"Como siempre fui muy perezoso y poco políglota, me hacía notar por un ausentismo, digamos... dosificado. Era imposible escabullirme completamente: como actor, se esperaban mis intervenciones, mi 'hermosa' voz y mis dotes de distracción. Por eso, adquirí rápidamente la reputación de bebedor de whisky. A falta de contenido, había que darme necesariamente un continente. Entonces imitaba a los artistas que, para darse coraje, ingieren una copa de champaña antes de que se levante el telón.

"En 1954, en ocasión de la primera escisión, el congreso de Roma se abrió con la presencia de Lacan. Era un congreso internacional disidente en el cual participó Cerletti, el psiquiatra italiano, nada menos que el de las acroagonías de mi tesis.

"Mi hermana Antoinette había hecho las reservas de pasajes en avión y aún recuerdo la carreta en la que viajamos Lacan, Leclaire, el tío Dany, alias Daniel Lagache, su última esposa y yo hacia las maravillas del Coliseo, de la fuente de Trevi, de la plaza Navona.

El tío Dany cantaba, con voz temblorosa, la canción de Ivette Guilbert: *'Un fiacre allait trotinant. . .'*

"Lacan se alojó en el hotel Hassler, el mejor de Roma. Lydia Arcadiovna viajaba conmigo. Iba a casarme con ella el 2 de abril de 1954. Era mi primer viaje a Italia. Al cabo de quince días, Lydia quedó encinta de Fédor. Yo me mostraba delicadamente celoso de sus amantes. Posteriormente, volví a menudo a Roma, pero sólo después de mi divorcio.

"Ese congreso, que constituyó una burla en el propio terreno para los ortodoxos de la IPA, fue un gran éxito para Lacan y los lacanianos de la primera hora. Hubo que invitar a los conserjes italianos para llenar la sala. Lacan me dijo en tono solemne: 'Perrier, como usted es hijo de periodista, escríbame unas líneas sobre el congreso'. Lo que redacté se publicó con el título *Voyage à Rome*.¹⁰

"Avido de honores, de respetabilidad y de gloria (lo cual, por otra parte, le ocurría a menudo), Lacan logró hacerse invitar por la embajada de Francia, y entonces me dijo al oído: 'La embajada supo transformar esta gracia de Estado en estado de gracia. . .' Lo cual era exactamente así.

"Luego vino Edinburgo, la ciudad envuelta en humo. Allí, Granoff nos trató, a Leclaire y a mí, como *prime donne*. Ese fue nuestro primer congreso internacional. . . En Edinburgo descubrí la lavanda Atkinson, mi after-shave amuleto. . .

"Luego vino una seguidilla de congresos poco divertidos, sobre todo el de Amsterdam en 1959 y el de Estocolmo en 1961. El de Amsterdam se dedicó a la sexualidad femenina. Lacan había escrito los *Propos directifs pour un congrès sur la sexualité féminine*.¹¹ Granoff y yo habíamos redactado dos textos que dieron origen a un libro: *Le Désir au féminin*.¹² Un melting-pot. No hay nada más difícil que trabajar de a dos en una obra. Incluso, ésa fue la única vez que pudimos hacerlo.

"El organizador del congreso era M. Westerman, un viejo ipeísta al que habíamos apodado 'el holandés volador', aunque en realidad, volaba bajo. . .

"Como los hoteles de Amsterdam estaban completos, tuve que compartir la habitación con un colega. Fue entonces cuando Lacan me quitó todos los papeles sobre el narcisismo en la sala de conferencias. No me los devolvió jamás.

"Aún recuerdo ese congreso de Amsterdam. En esa época

estaba por divorciarme de Lydia Arcadiovna, una prueba interminable que me hizo sufrir mucho. Encontré a Lacan con Lydia por las calles de Amsterdam y allí convinimos en que, a partir de ese momento, ella ocuparía mi lugar en el diván del maestro. ¡Uf! Permaneció allí durante muchos años antes de entender, como yo, que Lacan la utilizaba para sus fines personales.

"Como ve, Pachá, no puedo separar verdaderamente mi vida analítica de mi vida amorosa y sentimental. . .

"Acabo de acordarme de un detalle. En el restaurante Bali donde, una noche, estábamos cenando Leclaire, Granoff, Lacan y su hija Judith y yo, observé que Judith tenía frío, como todas las jóvenes que 'carecen de padre': el tapado es un símbolo paterno. Ella no llevaba ninguno. Se había vestido de vestal. Judith merecía un armijo de princesa."

Perrier tenía la mirada perdida. Se puso a beber y a agitar de manera excesiva el hielo dentro del vaso.

"Luego hubo muchos otros congresos, reuniones y coloquios. El de Bonneval se hizo en memoria de Henry Ey, ese bravo toro de España que tenía un acento casi tan duro como el de Tosquelles y Ajurriaguerra, mis antecesores de entonces. Recuerdo que en ese congreso vacilé mucho tiempo entre el cólico nefrítico, la gripe diplomática y el miedo de porquería. Ludmilla Swistonoff, mi esposa de entonces, me acompañaba. Allí tuve mi primera discusión con Lacan.

"Totalmente embotado por el miedo y la ignorancia tuve que afrontar a Paul Ricoeur con su laborioso tratado sobre la voluntad. Por cierto, Paul Ricoeur es un hombre honesto y de gran corazón. Pero no se hace moral ni filosofía con las tripas y con Dios. Son canciones de registros diferentes. Aquel día debíamos hablar de economía política. Demoré dos años en redactar lo que tenía en mente¹³ y lo que quería decir para responder a la ponencia de los señores Lebovici y Diatkine, nuestros enemigos.

"En ese entonces, tenía el mérito, y quizá lo tenga todavía, de descubrir a mi manera que Lacan aportaba algo más que Freud al psicoanálisis, es decir, una mezcla de Spinoza, de Georges Bataille y de surrealismo, en medio de una búsqueda filosófica apasionada y autonegada en la que brillaba el genio propio de Lacan.

"En 1963, volví a encontrar a Leclaire y a Granoff en el con-

greso de Estocolmo. Leclaire oficiaba de chofer de la pandilla. Si en Amsterdam se había realizado un congreso privado, en Estocolmo, por el contrario, se trataba de que la Internacional reconociera —y en público— a la Sociedad Francesa de Psicoanálisis, que seguía los lineamientos del modelo de la Internacional.

“Por eso se formó una comisión de investigación y también por eso, la Troika, compuesta por Leclaire-Perrier-Granoff, iba a menudo a Londres para entrevistarse con Turkey, un franco-canadiense que dirigía esa comisión. Efectivamente, la Internacional no aceptaba que Lacan hiciera docencia.

“¡Qué hermoso recuerdo guardo de ese primer viaje a Londres! Granoff, que era políglota, de origen ruso y más inglés que francés, había alquilado un Rolls y, para nuestro gran placer, ofició de guía turístico de Serge y yo. . . El cambio de guardia, el Támesis, los puentes, *and so on*. . . y Hampton Court with Turkey.

“Habíamos dejado en el momento de las negociaciones en Estocolmo. Ipeístas y lacanianos se alojaban en el mismo hotel cuatro estrellas y todos nos encontrábamos en el ascensor. Así, por ejemplo, Natch y Lacan fueron a cenar juntos. Por otra parte, Sylvie Bataille, la mujer de Lacan, me contó un día en la *Close-rie des lilas* que Lacan estrechaba la mano a Diatkine, Lebovici, y otros, sus peores enemigos.

“Sin ninguna duda, Lacan deseaba que la IPA lo admitiera, pero sin renunciar a su carácter caprichoso y tiránico. El, que decía pestes de la IPA, en realidad, estaba *a favor*.

“Por otra parte, esa tiranía se volvió legendaria. Por ejemplo, una noche en Estocolmo, loco de deseo por ver unas estampas japonesas muy raras, despertó a medianoche al director del museo. Volvió a hacer lo mismo una cantidad incalculable de veces y no necesariamente por unas estampas. Como Gaétan de Llérambaut y como Freud, era algo fetichista. Por ejemplo, en Guitrancourt, tenía una vitrina secreta donde guardaba colecciones de estatuillas egipcias que databan de la época de Tutankamón. Sólo se las mostraba a algunos privilegiados, entre los que me encontraba en esa época.

“En Estocolmo yo no podía participar de las discusiones porque estaba analizándome en secreto con Lacan. Tal como se lo había explicado a Leclaire y a Granoff, “no podía discutir sobre un efecto de transferencia”. Entonces, me quedaba solo tomando

whisky de malta y escuchando música militar escocesa mientras el comité central llevaba a cabo la investigación. . .

“En el viaje de regreso, Leclaire y Granoff me contaron que la Internacional había excluido a Lacan. ¿Acaso uno de ellos había cedido —con mala conciencia— a la presión del comité central de la IPA, cuyas recomendaciones exhortaban en el artículo 13 a *exclure* a Lacan, a Dolto y al audaz de Berge (que no volvió)? Simplemente, Leclaire agregó: ‘No pudimos hacer nada’. ¿Acaso uno de ellos había vendido a su maestro? No lo creo. Pero nunca más volvieron a hablar del tema. Hoy en día, el misterio sobre ese asunto aún está intacto.

“Ambos habían obtenido un *membership* individual. Sólo Leclaire renunció a él. A ladino, ladino y medio, según él. Sin embargo, seguimos siendo amigos. Oficialmente, aún lo somos.

“En realidad, mientras Granoff participaba en la fundación de la Asociación Psicoanalítica de Francia, Leclaire, Lacan y yo fundábamos la Escuela Freudiana de París.

“Por cierto, esa decisión desencadenó muchas tormentas en los ambientes psicoanalíticos. En definitiva, la APF se convirtió en un anexo del Instituto Saint-Jacques, con estatutos aún más rigurosos, y Lacan se quedó finalmente solo tal como lo había escrito y deseado siempre.

“Por mi parte, si bien rompí con Lacan en 1965, esa decisión se hizo efectiva sólo en 1969, en ocasión del congreso de Lutecia. Fue entonces cuando fundé el Cuarto Grupo con Valabrega y Moreigne.

“También renuncié a ese grupo, como lo hice, además, con *Topique*. Me enojé con todos mis amigos. Ignoro lo que pasó con Leclaire y Granoff. No nos frecuentamos desde hace años.

“En la época de nuestros amores fraternos, mantenía gustosamente diálogos telefónicos con Granoff sobre la angustia que nos producía hablar en público. Efectivamente, era horriblemente angustiante intentar hablar cada semana, ante una multitud atenta.

“Los tres supimos lo que era eso, aun cuando teníamos temperamentos muy diferentes. Leclaire era mesurado, ordenado y observativo, según sus propias palabras. Granoff era más artista e histérico, como yo. En el fondo no había nada más heterogéneo que nuestro pequeño grupo. Cada uno debía arreglárselas solo.

“Durante los sucesos de mayo de 1968, Leclaire me llevó a pasear a Bagatelle para proponerme que hablara con él en la facultad

tad de Vincennes ya que tenía una invitación del Ministro Nacional de Educación, Edgar Faure. Rechacé instintivamente ese pedido de colaboración de Leclaire y un día me fui a pasear a Vincennes como curioso. Lo mejor que había era la feria. En esa época hacía furor. Leclaire tenía ya su público. Ahora, se dedica al audiovisual.

"Granoff era mucho más discreto y silencioso y se calló durante mucho tiempo. En 1974 me reemplazó en el boulevard Raspail, en la Casa de las Ciencias del Hombre donde yo hablaba en público desde 1970, pero en seminarios cerrados. Nos escuchábamos mutuamente, a veces por interpósita persona. Por ejemplo, yo solía enviar a mi secretaria para grabar lo que decía. Ahora, ya no habla. Sin embargo, escribe como Leclaire y como yo. En mi opinión, cada uno por su lado envejece mal. Sin embargo, siento que el pasado está tan cerca aún. . . Fíjense, recuerdo esas noches de mayo del 68 en que Leclaire y yo teníamos cada uno nuestro propio auditorio en la calle De Saint-Pères, en la facultad de medicina. Los estudiantes me querían tanto en ese entonces que me habían elegido profesor ¡para un futuro mandarinato!

"Un poco después, también recuerdo esa otra noche en Sainte-Anne en que debía hablar de la sexualidad femenina en el seminario de Piera. . . Como siempre, el anfiteatro Magnan estaba lleno y, de pronto, se produjo un gran barullo. Alrededor de cien estudiantes irrumpieron en la sala para reivindicar su derecho a escuchar. Entonces, todos nos levantamos y fuimos a instalarnos en la capilla de la Sorbona, lo suficientemente grande para contener a toda esa multitud. Los asiduos a los seminarios —de Lacan o de Piera— tuvieron miedo. Fue allí, en esa capilla, donde se produjo la separación de la neurología y de la psiquiatría.

"Separación ineficiente, por otra parte, a menos que se crea que el psicoanálisis desempeña el papel de punto de confrontación entre la neurobiología y la realidad psíquica, de lo cual nos habíamos ocupado André Green, Henry Ey y yo no sin dificultades. Pero nadie creía verdaderamente en el organodinamismo de Henry Ey. En realidad, la polémica entre organicistas y psicogenetistas era sólo un resurgimiento de la eterna disputa entre monismo y dualismo, la cual sigue vigente.

"En resumen, aquella tarde, en Sainte-Anne estábamos amontonados en la capilla y toqué el piano para todos, indudablemente vales populares y *Le petit Vin blanc*. Luego, en ese vasto happen-

ing con los estudiantes, se habló de dinero, del precio de las sesiones, del deseo y, finalmente, de la sexualidad femenina.

"Creo que si hubiese sido más oportunista, hoy en día sería profesor titular de psiquiatría. En realidad, en el subsuelo provisional, en Sainte-Anne, cuando los comunistas intentaban recuperar mayo del 68 y el señor M. . ., alumno de Lacan, pretendía ser el delegado de éste, grité: '¡Me cago en Vauban!' y me fui dando un portazo. Por eso estoy solo y por eso todo el mundo me cree muerto o alcohólico. Incluso Granoff y Leclaire."

El Pachá limpió prolijamente la pipa y la golpeó varias veces en el borde del cenicero. Su compañero acababa de franquear otra etapa de la confidencia. El relato se cargaba de emoción y se ensoñecía, como el horizonte en el ocaso, por mil heridas. ¿Acaso debía seguirlo, dejarlo continuar o rectificar el rumbo?

Perrier había echado la cabeza hacia atrás.

"Es curioso, Pachá, como todo afluye al mismo tiempo. . . Fíjese, recuerdo otra cosa. . . Una noche, siendo muy jóvenes, fuimos a Novy, una boîte rusa cerca de la calle Faustin-Hélie. Regresamos a las cinco de la mañana después que Wova Granoff ofreciera champaña y, por supuesto, vodka a todos los gitanos del lugar. Aquella madrugada, consciente de mi horrible borrachera, conduje con mucha prudencia hasta la calle de Seine. No tuve ningún problema, Wova, más que Lacan, tenía una manera suntuosa y suntuaria de tratar a los amigos. ¡La legendaria generosidad rusa! Vivía solo en un taller que había acondicionado y donde reparaba los coches que tenía. Se vestía siempre de una manera extravagante y se encontraba con Lacan en Carita a la hora del almuerzo. Sin embargo, seguía siendo un hombre muy enigmático.

"En cuanto a Leclaire, en realidad, se llamaba Liebschutz. Puedo decirlo porque todo el mundo lo sabía. Leclaire jamás lo ocultó, lo reveló públicamente e incluso lo escribió. Un buen día, se convirtió en Leclaire pero eso no lo preservó de ser judío alsaciano. Por otra parte, a Granoff tampoco. Para ellos, yo era un buen goy.

"Ambos me enseñaron mucho. Por mi parte, yo los inspiraba y les devolvía la admiración que me tenían. Leclaire me pedía consejos para ilustrar sus libros. Eramos como hermanos: si él ana-

lizaba a un hombre casado, yo analizaba a la mujer y viceversa. Se podría decir que formábamos un verdadero tándem.

“Eso se terminó en 1969 cuando dejé la Escuela Freudiana. Leclaire no lo aceptó. Desde entonces, no nos volvimos a ver, salvo en público, ocasión en la que intercambiábamos palabras de circunstancias.

“Sin embargo, creo que cada uno de nosotros guardó un afecto secreto por los otros dos.

“¿Recuerdas, Leclaire, las partidas de tenis de los domingos por la noche en Banville con Pontalis, Octave Mannoni y Simatos (y a veces con mi prima hermana, que era tan linda en ese entonces. . .)? ¿Y la hermosa casa de Lévis-Saint-Nom cerca de Trappes? ¿Aún la conservas, Granoff, a pesar de las autopistas? Mi casa, rústica y tosca, se la dejé a Ludmilla Swistonhoff cuando nos divorciamos. Ese abandono fue el que sentimentalmente me costó más.

“¿Cuántos recuerdos, Pachá, que sólo a mí me interesan. . .! Lo dejamos allí, por ahora.

“¿Cuándo cruzamos el Ecuador?”

El Pachá se levantó, metió el neceser de la pipa en el bolsillo y le dio la mano a Perrier.

“Hasta mañana. Quisiera que me explicara cómo nació y cuál es la historia de esa Escuela Freudiana. Trate de recordarlo. . . Buenas noches.”

Perrier sólo alcanzó a ver la espalda del Pachá que se alejaba y la nube de humo azul que lo envolvía.

VI

Donde asistimos al nacimiento de la Escuela Freudiana en el departamento de François Perrier. Donde muy pronto vemos prosperar la cizaña y la mezquindad.

Aquella mañana, el Pachá encontró a Perrier en un estado de gran agitación, pero para nada decidido a hablar.

“Espere, se lo contaré todo luego. . .”

Pero a pesar del calor tórrido que le secaba la garganta, Perrier metió a su compañero dentro del bungalow y cerró puertas y ventanas.

“Aquí estaremos seguros, dijo mientras se tiraba en un sillón. Si llaman, por favor, no conteste.”

El Pachá asintió tranquilamente, con la vista fija en la ventana de donde se suponía que surgiría el apocalipsis.

“Estaba por hablarme de la Escuela Freudiana de París. . .

“—Sí, de la Escuela Freudiana. . . La fundación duró varios días. Todo el mundo conoce el texto que comienza así: ‘Fundo solo. . .’; yo mismo lo conozco mejor que nadie ya que Lacan, como era tacaño aunque riquísimo y no conocía a ningún impresor, me pidió que lo hiciera imprimir en lo de mi abuelo Jules Logier, ya fallecido. Así lo hice. Además, el primer armario de la EFP (primero, Escuela Francesa de Psicoanálisis; luego Escuela Freudiana de París) lleva el sello *Imprenta de Béthune*.

“Con respecto a los fundadores, sólo me interesé en ellos mucho después, en 1968. En la Prefectura de Policía me dieron los nombres —de manera muy legal— de viejos amigos de Lacan que ya no tenían nada que ver con Freud ni con lo freudiano. Por cierto, todos eran eminentes personajes —¿quién no los conoce?—: Lévi-Strauss, Edgar Morin, la portera de este último y otros de los que ya no me acuerdo.

“Aunque esos pasos de cana o de detective camelista me disgustan horriblemente, Jenny Aubry —para no citarla— encontró el medio de reprocharme públicamente mi curiosidad durante los acontecimientos de 1968 y en presencia de Cohn-Bendit.

“Me lo tragué sin decir ni una palabra. . .

"Por medio de un procedimiento bastante extraño, Lacan fundó la Escuela Freudiana en mi departamento. El día anterior, después de presentar los estatutos y seguro de la legalidad de la fundación, me había enviado el texto dactilografiado. Al día siguiente, por la noche, lo grabó en mi equipo de grabación ante los seniors. Algunos días después, me pidió no sólo que alquilara ciento cincuenta sillas en Catillon, sino también que *leyera el acta en la asamblea*.

"Como no me consideraba el doble de nadie, me negué. En efecto, el acta decía: 'Yo solo, como siempre lo estuve, fundo la Escuela Francesa de Psicoanálisis... o, mejor dicho, la Escuela Freudiana de París'.

"Sin embargo, yo había imitado a mucha gente y había representado con gusto a los Thierry Le Luron. Mi voz se presta para eso: tiene buen timbre, es teatral y también plástica e histórica. Pero, aquel día, no me sentía cómodo de estar solo ante ciento cincuenta compañeros haciendo esa imitación vocal. Entonces, tomé el equipo de grabación —con cuatro pistas y seis tonalidades— para intentar reproducir la famosa acta de fundación.

"La noche de la reunión, Lacan me previno que no vendría. Entonces enchufé el equipo para que escucharan la voz de él y no la mía.

"Con anterioridad, hablé brevemente a la asamblea y les pedí que supieran disculpar la calidad de la grabación. Luego, hice funcionar el aparato... Rebobiné y apreté la tecla roja. El borborismo espantoso que salió entonces de los altoparlantes era una caricatura de la Voz del maestro. Yo mantenía la cabeza gacha. Me acusaron de haber querido sabotear la reunión. Felizmente, después de llamar por teléfono, Lacan se dignó aparecer alrededor de las diez de la noche. Le conté todo y lo dejé que se las arreglara. Acusó el golpe pero no me hizo ningún reproche. A partir de entonces, pasé a un segundo plano y lo dejé que figurara tranquilo. Me estrechó calurosamente la mano, con lágrimas en los ojos y, cuando se recuperó, le soltó al público una perorata de la que no me acuerdo nada, ya que estaba muy ocupado con mi madre y la empleada doméstica en la cocina preparando el whisky-del-coraje.

"Ya muy avanzada la noche, me fui a mi habitación solitaria, mi habitación de dandy —esos huérfanos distinguidos, como diría Françoise Dolto en otra ocasión— y me dormí a la madrugada.

da. ¡Qué recuerdos inolvidables! Por cierto, paso por alto la operación limpieza de mi departamento devastado como por un cataclismo.

"¿Quiénes estaban aquella noche? Clavreul, por cierto, Lelubre y Audouard.

"En esa época, aún no estaba con nosotros la inefable metanolca, rumiante de sexo mujeril; a la que simplemente llamaré aquí: la furia... la furia nórdica. ¡Cuántas veces intenté, con mi pluma delicada, bosquejar la caricatura de ese rostro! 'Mediodía esparcido en la llanura', como decía Leconte de Lisle al evocar el sueño interior de los bovinos que entonces no conocían el TGV. Esa mujer evocaba para mí los cuernos del jefe de estación víctima de una angustia metafísica y los trigales ondulantes que les anuncian a los rebaños la marea movediza de las futuras cosechas. La mujer escribía, mugía, pafaba y rumiaba. Un verdadero toro hembra.

"En 1967, aprovechando mi inclinación por el alcohol, intenté incluso emborracharme en mi propia casa para hacerme confesar que yo era el autor de una doble malversación, a saber: 1o) Después de hacer fracasar la Escuela Freudiana in statu nascendi, ¿no había utilizado, acaso, todos los meandros de mi alma perversa para censurar, e incluso eliminar, el artículo que ella había escrito y que por cierto, consideraba esencial en el N° 7 de *La Psychanalyse*?¹³; 2o) acaso no había logrado, gracias a la historia de la grabación, que la empresa lacaniana se hiciera trizas a través de un fracaso resonante?

"Lacan, que conocía y utilizaba a todo el mundo, debía de estar desternillándose.

"Pero hablemos de los días que siguieron a todo eso.

"Los veteranos trataron de llevar a cabo el plan lacaniano en el N° 3 o en el N° 5 de la calle Lille porque, felizmente, había dos departamentos. Sylvia Bataille vivía en el 3; Lacan en el pequeño entresuelo del 5. Un analista debería tener siempre dos departamentos para sacarse de encima el hastío y para poder mudarse furtivamente. Gracias a esa variabilidad la vida puede ser soportable.

"Allí había, como en la extinta Sociedad Francesa de Psicoanálisis, los buenos seniors y los buenos juniors. Pero, ya entonces, algo no andaba bien.

"Me explico. Ser el único fundador sin duda alguna es una

hazaña. Pero luego llueven los problemas de intendencia, para utilizar un término de la jerga militar. Por cierto, todos, jóvenes y viejos, estábamos semialienados por la persona de Lacan, es decir, dispuestos a demasiados compromisos y renunciamentos. Evidentemente, todo se desarrollaba en medio de la alegría, pero en ese cóctel andaba rodando una pizca de desvergüenza que lograba agriar las mejores amistades y las más sinceras lealtades. Conclusión: poca bebida y mucha risa. La cizaña amenaza. Por razones que ignoro, Leclair dirigía el juego con el apoyo secreto de Lacan. Había que hacer algo.

"Yo pertenecía a los veteranos y era miembro del primer directorio. Ante todo, se trataba de concretar todo eso y, sobre todo, de no copiar lo ya existente. No queríamos ni titulares, ni adherentes ni acomodaticios, en resumen, nada de lo que componían las sociedades o institutos habituales. Lacan, en acuerdo con Leclair —muy sardónico— ya no se volvió atrás con respecto a las siguientes siglas: primero, las AE, o analistas de la Escuela (aún no se sabía si esos superanalistas debían analizar la Escuela o hacerse analizar por la Escuela); luego, los AME, o analistas miembros de la Escuela y no ámes (almas) si, por casualidad, no se trataba de ánes (asnos), por último, la multitud de los AP o analistas practicantes, en otras palabras, todo el desecho merdoso.

"Dentro de esa jerarquía se sobreentendía que los alumnos ya eran practicantes sin ser miembros de la Escuela.

"Se lo acepte o no, era una manera de redistribuir los grados y los poderes aunque Lacan, al ser director, solicitaba que, en toda coyuntura y conjetura, *todo se hiciera con su acuerdo*. Lacan se postulaba como maestro absoluto y lo fue hasta el final hasta que, por último, comprobó él mismo el fracaso del 'Pase' y decidió disolver la Escuela para volver a comenzar mejor. Pero ya era muy viejo y ya no creía en nada.

"Luego, las generaciones se sucedieron.

"Leclair y Clavreul fueron miembros del primer directorio hasta el final. Yo renuncié en 1967 a causa de ese famoso 'Pase'. Pero le contaré eso después.

"Por el momento sigamos con los días que sucedieron a la fundación de la Escuela Freudiana.

"¿Le pone agua al whisky, Pachá?"

Perrier revolvió el hielo; el vaso se empañó. Se quedó silencioso por un instante; luego se encogió de hombros.

"Mi departamento del Observatorio tenía pasillos largos. . . Un día, poco después de la fundación de la Escuela Freudiana, Lacan me dijo: 'Perrier, haga hacer estanterías en su casa para guardar la partida de libros que nos toque de la biblioteca de la SFP'."

"Organicé un fichero, contraté a una bibliotecaria y la mandé que se presentara ante Lacan. Como conocía el lado aventurero del maestro, elegí una chica linda. Pero, aquel día, estaba de muy mal humor y la recibió de manera descortés, en plena reacción paranoica, porque creyó de golpe que me estaba burlando de él. Decididamente, yo no era tan ingenuo.

"Luego de eso, organicé yo mismo una sala de lectura y un servicio de préstamos como en toda biblioteca que se precie. Hubo poca gente interesada. Pero, hecho significativo, ni a mí —uno de mis más antiguos alumnos ni a la biblioteca de su Escuela, Lacan le dirigió ni le dedicó los *Escritos*. Tuve que hacerlos comprar en Bonnier-Lespiaut.

"Como podrá ver, esa era la atmósfera de tensión, de celos y de agresividad en la que vivíamos.

"También me tocó a mí ser depositario de la máquina de escribir de la Escuela. Cuando renuncié a la biblioteca, Simatos —un amigo, primo de Leclair y hermoso como un pastor griego— me dijo que me la dejaba como premio consuelo.

"Esos fueron los últimos vestigios de nuestro entusiasmo. . .

"Mientras tanto, soportamos aún cinco años, todos hijos de la cizaña, agujoneados por el que Granoff llamaba 'el Gurdjieff del psicoanálisis', al mismo tiempo que se ocupaba de los Hispano-Suiza y otros Rolls.

"Cada cual con sus fetiches.

"El mío era una navaja suiza, con varias hojas, tirabuzón, tijera, abrelatas, palillo de dientes y un estetoscopio. Este último detalle es importante. Efectivamente, ¿acaso hay algo más triste que una oreja tapada para la comprensión freudiana del que escucha?

"Equipados con diversos instrumentos, conceptos, embudos y llaves inglesas (nuestro maletín habitual) emprendimos la gran travesía del Hoggar del Sahara. Le prevengo, Pachá, que no vale la pena molestarse en ir allí. Ni siquiera se descubre, después de horas de camello o dromedario, el oasis subterráneo de un sueño de Antinea.

"En realidad, ¿cuál era nuestra Antinea? Cualquiera podía haberla encontrado y poseído entre medianoche y dos mantas. Menos yo. Al no ser nunca 'la misma ni tampoco otra', brillaba por su ausencia.

"De allí que me lanzara a la búsqueda incesante, pasada, presente y futura de esa gran ramera del psicoanálisis, pin-up inteligente si las hay, bien corrida, un poco histérica, pero no frígida y muy buena para las relaciones públicas."

Durante todo el relato, o casi, François Perrier no había dejado de echar miradas furtivas hacia la ventana. El Pachá, intrigado, lo imitaba de vez en cuando. Luego, mientras el hombre descansaba, la voz un poco apagada, la Cosa golpeó violentamente la puerta de entrada. Perrier dio tal salto que casi rompe el sillón.

El Pachá dejó caer la pipa en las rodillas.

"Por Dios, Perrier, ¿qué le pasa?"

"—Es ella, dijo angustiosamente el huésped. ¡Ah! lo sabía. Déjeme Pachá, dígame lo que quiera, que está en pelotas. . . ¡No, eso no! Querrá entrar. Dígame más bien que está enfermo, que es contagioso. . . que yo estoy en el otro extremo de la isla, qué sé yo, cualquier cosa, pero sálveme de esta catástrofe.

"La puerta se sacudió bajo el efecto de golpes tan fuertes como para matar a un buey.

"François, mi amor. Sé que estás allí. Abreme. Quiero quedarme contigo."

Perrier se escondió en un rincón donde no daba la luz de la ventana.

El Pachá vacilaba entre la risa que le hacía saltar la pipa en la boca y una curiosidad de todos los diablos. Logró dominarse.

"¿Quién es? —refunfuñó como alguien que se siente molesto. Se produjo un momento de silencio.

"¿Cómo? ¿François no está allí?"

—No, me prestó la habitación. Estoy acostado y me siento mal.

—¿En serio? ¿No quiere a alguien que lo cuide? ¿No necesita nada?"

Pegado a la pared, Perrier hacía gestos de negación. . .

"No, gracias, dijo el Pachá. Sólo quiero estar tranquilo."

Perrier movió la cabeza entusiastamente.

"¿No sabe dónde puedo encontrar a François?"

"—Me dijo que se iba a pescar —respondió el Pachá.

La Cosa demoró muchísimo en alejarse de la puerta. El Pachá se asomó apenas por la ventana y vio alejarse a una rubia gorda de lentes, parecida a una maestra vieja.

"¡Uf!, suspiró Perrier. Era Nicole Tesa, esa ex cliente mía. Tesa como el adhesivo. ¡Qué programa!"

Volvió a instalarse prudentemente en el sillón.

¿Será posible? Llegó de nuevo esta mañana en el barco cisterna. ¿Cómo hizo para encontrarme? La verdad es que no lo sé. Apenas llega, se lanza sobre mí, me mete la lengua entre los dientes y de buenas a primeras me dice: "Quiero vivir contigo en tu bungalow." Es un fenómeno increíble. Jamás hubiera pensado que un día volvería a aparecer. Pensar que la creía curada. . ."

VII

Donde vislumbramos los deseos ipeistas de Lacan, el gran período del Pase y las famosas sesiones de Lutecia del 10 de enero de 1969.

Donde asistimos a las dificultades del gran navío de la Escuela Freudiana, a la dimisión de Perrier y al naufragio del Cuarto Grupo.

Al día siguiente, el Pachá encontró a Perrier en un muy buen estado, quizás un poco ojoso por la agitación del día anterior, pero con buena disposición de ánimo para encarar el futuro.

Tarareaba una canción de su juventud:

*“Una luz fresca
que huele a tomillo
lanza flechas
en mi postigo*

*Ya tu imagen
desde el despertar
surge y con el sol
sin nubes*

Estribillo

*En esta mañana clara
me despierto con mi amor
y feliz de pronto
le digo: buen día.*

“Es muy vieja, dijo, es la canción que le dediqué a Sophie de La Tour. Son las siete de la mañana. Hoy también será un día pésimo.

“Nunca más quiero volver a hacer ese maldito trabajo. Cuarenta años haciendo de ‘tercera oreja’ bastan.

“En el fondo, ¿qué me falta en la vida? Mujeres no, sino una virgencita y un barco. Después de todo, jamás me casé religiosamen-

te. Sueño con tener una virgen en mi cama, uno de esos hermosos momentos de embriaguez amorosa de otras épocas. Pero antes de eso, tengo mucho por hacer. Debo recuperar integralmente el uso de las piernas, en otras palabras, poder jugar al ping-pong, al tenis y tengo que poder bailar. Además debo hacerme una estética para la panza que me quedó después de la operación, bajar diez kilos y dejar de fumar.

En la opereta rusa que compuse decía así:

*Mi corazón boga a la aventura
a merced de la fantasía
riéndose de las desventuras
del amor y de los celos. . .*

“Recuerdo muy bien ese episodio. Para colocar mis canciones, iba a ver a los editores. Uno de ellos me dijo: ‘Hagamos un trato: yo le edito *Septième Ciel* si usted se dedica a reescribir la música y la letra de una vieja tía rusa que tengo, emparentada con los Romanoff, que escribió un mamarracho estilo 1900’. Acepté.

Fui a ver a la condesa. Vivía con el padre y la hija cerca del Bois de Boulogne, en un departamento viejo y estropeado que olía a orina, ya que el anciano sufría de incontinencia. Felizmente, la hija era linda y yo necesitaba una aliada en la casa. Una noche, en pleno bosque, la poseí sobre una manta lo cual terminó en risas ya que ella era inmensa y yo pequeño. Por suerte, no hay nada más plástico y adaptable que los órganos sexuales femeninos. Seguimos siendo amantes.

“Por su parte la condesa tenía un carácter insoportable y se negaba a todo tipo de modernización. Un buen día, fastidiado, la planté. De todos modos, la opereta se tocó ante un grupo de rusos blancos, en la avenida Mersine. Fui a escucharla a escondidas.

Fue un fracaso total. La condesa, en su delirio de grandeza, quería que el director teatral fuese León Voltera y los intérpretes Jean Kiépura y Martha Eiggerth. Evidentemente, no consiguió ni a uno ni a los otros.

“Las canciones que compuse quedaron en un cajón donde aún siguen durmiendo.

“Por favor, pásame un poco de ese vodka Eristoff y jugo de

naranja; tengo que estimularme para retomar lo que a usted lo intriga más.

El Pachá le sirvió sonriendo. Por cierto, esperaba la continuación de la Lacan Story. Perrier se decidió:

"Había algo sorprendente; al mismo tiempo que Lacan decía pestes de la IPA y de los ipeístas, soñaba sólo con una cosa: *ser titular de esa asociación*. De allí, el comportamiento de Lacan ante todas las comisiones encuestadoras que vinieron a París para interrogarlo a él y a sus alumnos, bajo la dirección de ese doctor francocanadiense llamado Turkey, un hombre muy simpático al que Lacan llamaba burlescamente "pavo", traducción de *turkey* *.

"Sí, Lacan sentía por la IPA lo mismo que se siente por una vieja amante enemiga. Como él mismo lo dijo con una palabra muy linda, se trataba del 'odio-amoroso' (*hainamoration*).

"Así, la Escuela Freudiana de París surgió sólo porque la IPA no quiso saber nada con Lacan.

"Desde la época de Freud, las fundaciones o escisiones psicoanalíticas siempre tuvieron su origen en el espinoso problema de la formación de los analistas. Aún pasa lo mismo entre las primeras generaciones, los primeros freudianos, los pioneros. Como decía Ferenczi: 'A los enfermos se los analiza mejor que a nosotros'. Lo que siguió ya se sabe: Ferenczi fundó la International Psychoanalytical Association (IPA) que se encargó de establecer los contenidos de la formación.

"Esos contenidos eran inextricables ya que la estructura psicoanalítica es endogámica. No por nada se le pregunta al analista quién es el padre en análisis, el cual tiene por misión negar la paternidad al mismo tiempo que desea la vinculación. Ser el hijo de Tal o Cual tiene mucha importancia. Lacan explotó eso al máximo.

"El era perfectamente consciente del poder de su nombre, de lo que significaba para la gente decir: 'Me analizo con Lacan'. Por otra parte, las sesiones llamadas breves consistían en un verdadero tratamiento fertilizante: la sonrisa y el apretón de manos del maestro. Algunos que querían imitarlo llegaron a hacer sesiones con varias personas al mismo tiempo. Pero como todo el mundo

no era Lacan, lo que debía suceder sucedió: se produjeron verdaderas catástrofes.

"Recuerdo particularmente a una mujer estilo campesina que peleaba en la sala de espera de H. . . para pasar antes que las compañeras y gozar así de un régimen 'preferencial'.

"Esas prácticas proliferaron desde que se instauró el Pase. Sería interesante volver a hablar de eso.

"El sistema de pasantes y de pasadores se parece extrañamente a un ceremonial perverso, tal como se puede leer en las obras del Divino Marqués.

"En octubre de 1967, en el anfiteatro Magnon, Lacan nos reunió para leer el texto de fundación. Prácticamente fui el único que se opuso. Antes, yo había descrito para los perversos una fase de hipocondría y de nosofobia acompañada de un estado de estupor. Por eso apostrofé a Lacan y le dije: 'Su falta de ser se parece al engaño sobre ciertos estados de estupor que se ve en los perversos descompensados. Si se vota el Pase, yo proclamo ante la asamblea como en Sodoma y Gomorra: ¡Vivan los ciento veinte días de la Escuela!' Dije eso después que Rosolato —que había citado un texto de Sade— retomó la siguiente frase: 'Esto ya no da más'.

"Fue tal la sorpresa que Lacan no pudo responder pero, diez minutos después, levantó la sesión. . .

"De ese modo, empezó a temerle a mis intervenciones. Por eso, en diciembre del mismo año, logró que el señor Ixxa —quien, por otra parte, se encuentra en la isla— presentara un texto complementario.

"Pero aún yo no había terminado con Lacan, ni mucho menos: me llevó dos años tomar la resolución de renunciar ya que, hay que decirlo, —y es lo que nadie entiende— yo admiraba a Lacan al mismo tiempo que desconfiaba de él a causa de una especie de complejo fraternal, de odio-amoroso. Curiosamente, aún hoy lo admiro. Era un genio, a su manera.

"En diciembre de 1969, poco después del nacimiento de mi tercer hijo, alentado por Sylvia Bataille y mi segunda esposa, decidí adelgazar y tomar agua. Así fue como conocí la clínica del doctor Pathé, mundialmente conocido, en Grasse. Allí encontré a amigos de mi hermana Antoinette y allí mi mujer fue a visitarme con mi hijo y la gobernanta. La noche de Año Nuevo tomé un café

*Dindon en francés (T)

y un vaso de agua mineral. Salí esbelto, hermoso, lúcido, lleno de coraje y muy decidido a terminar con Lacan.

"El 13 de enero de 1970 comenzaron las sesiones de *Lutecia*, último espectáculo lacaniano al que asistí. Lacan había desenterrado la ley de Condorcet para seguir reinando y hacerse elegir de por vida.

"En efecto, durante esas sesiones, Lacan quiso mostrar, a través del subterfugio de la ley electoral de Condorcet, que el menos querido puede obtener el máximo de sufragios. Efectivamente la ley Condorcet supone tres candidatos: si se vota por el que se prefiere de los tres significa que no se estableció juicio de preferencia entre los otros dos, lo que —según Condorcet— beneficia indebidamente al primero. Así, en la aplicación de esa ley, Lacan hacía elegir no entre tres sino entre cuatro propuestas: la de él y . . . tres ejercicios escolares redactados por sus alumnos, entre los que se encontraba el de Géorgien Themouraz.

"Si, prácticamente, lo que era verdadero para tres lo era para cuatro, Lacan no podía dejar de ser elegido.

"Durante la mañana, cuando intervine en la tribuna, el presidente de la sesión me acusó de arrogante (yo estaba mejor vestido que él), al final de lo cual hice como todo el mundo: voté por Lacan.

"El resultado en sí no dejaba lugar a ninguna duda, con un texto tan incomprensible y pseudohonesto: Lacan obtuvo el 99% de los sufragios.

"En ese momento Lacan se sintió mal. ¿Había comido mucho durante el almuerzo o, acaso, había bebido demasiado Beaujolais? Anne-Lise Stern, la amiga fiel, primero consagrada al gran maestro, y después a mí (se parecía vagamente a Sophie de La Tour), se precipitó para atenderlo y dijo: 'Lacan no está bien; seguramente, tiene una idea en la cabeza'. De inmediato me levanté y respondí cortésmente: 'Lacan no tiene ideas en la cabeza, mete la cabeza en las ideas'. Eso reanimó un poco al maestro que dijo bromeando: 'Perrier me toma por una botella de Klein' (figura topológica enigmática). . .

"Aún no conocíamos el nudo de Borromeo.

"Ese mismo día, después de almorzar en *Lutecia* con algunos colegas, Piera Aulagnier, Valabrega, Moreigne y yo decidimos renunciar.

"Sí, desde hacía dos años, mi dimisión era prácticamente efectiva, sin embargo, no había en mí ninguna vocación de fundador. Sólo sabía que ningún psicoanalista puede quedar aislado. Entonces, con los tres correnunciantes y algunos alumnos resolví edificar una organización que no se pareciera ni a la de Lacan ni a la IPA. Por cierto, era un proyecto ambicioso.

"De ese modo, tres AE dejaron la Escuela y fundaron, algunos meses después, el Cuarto Grupo, organización psicoanalítica de lengua francesa.

"No volví a ver a Lacan nunca más.

"La idea de nuestro grupo nació en Saint-Tropez, donde yo iba todos los años, bajo la égida de Anne Evelyne Gasquères, una de mis ex alumnas. Lo llamamos el *Cuarto Grupo* porque ya había tres.

"La gestación del Cuarto Grupo duró tres largos meses. Trabajamos entusiastamente durante varios días. El inconveniente fue que cada uno de los viejos analistas, como yo, llevó a sus alumnos.

"Sabemos que después de todo análisis queda un fondo de transferencia negativa inanalizable. Eso no tardó en manifestarse. Cada uno restableció sus propias ambiciones y su manera de ver las cosas. Hubiese sido necesaria la presencia de un quinto miembro independiente para que ventilara las tensiones. Pero Rosolato, que estuvo a punto de unirse a nosotros, prefirió finalmente la APF.

"El estatuto de nuestro grupo se redactó en quince días y se resumió en el Cuaderno azul. Por favor, léalo. Constituyó el material del primer número de nuestra revista: *Topique*.¹⁴ Por mi parte, sólo redacté la introducción y le dejé a Jean-Paul Moreigne la tarea de elaborar estatutos 'liberales' para evitar todo intento de tomar el poder. Como yo era el promotor del grupo, me nombraron presidente por un año y medio.

Mientras ejercí esa función democrática las cosas fueron muy bien. Nuestra iniciativa despertaba el interés de los analistas, tanto entre los del Instituto como entre los lacanianos. Ya sea porque despertaba curiosidad o por otra cosa, lo cierto es que yo poseía lo necesario para dirigir las cosas, al mismo tiempo que seguía siendo histérico-ingenuo, es decir, que manifestaba lo que Lacan denunciaba como un exceso de entusiasmo.¹⁵ En las reuniones públicas que hacíamos había siempre un lleno total.

“El proyecto era sumamente ambicioso. El Cuarto Grupo, la organización psicoanalítica de lengua francesa, fundado por cuatro o cinco personas, había enfrentado a los dos bloques del movimiento analítico, la EFP y la IPA. Era una empresa verdaderamente quijotesca.

“Pronto atrajimos nombres nuevos. ¿Cómo hacer para no ‘decir’ nosotros también: alumno, asociado, titular? Entonces, se me ocurrió crear las categorías de ‘socio’ y ‘contribuyente’.

“No teníamos local y el grupo, a diferencia de la EFP, debía ser una auténtica asociación al estilo 1901. Pero, muy pronto, a causa de ese gusto que tiene el ser humano por las medallas y los títulos, el socio se convirtió en homólogo del titular. Los contribuyentes, para ser socios, debían rendir un examen probatorio de habilitación, lo que consistía en presentar un trabajo. Precisamente, en ese momento hubiese sido necesario ser firme, llevar el desafío al extremo. En realidad, todos volvieron muy pronto a las viejas costumbres. Se complicaron los contactos y se revelaron los caracteres, así como el caos de las ambiciones y de los celos.

“Al cabo de un año y medio, en pleno drama personal, con un divorcio odioso entre manos, renuncié legalmente a mis funciones. En ocasión de la asamblea general en la Navidad de 1971, uno de mis alumnos, un marsellés, vino a calentarme la cabeza porque, en el marco de la vida del grupo, las cosas no iban bien. Mi ex mujer era la presidente y mi hermana Antoinette —también analista— era secretaria científica. Me acusaron de ser la eminencia gris y nos atacaron de muy mala manera a mi hermana, a mi secretaria y a mí. Como por casualidad, durante ese arreglo de cuentas (es el momento de decirlo) se sacaron a relucir asuntos de tesorería: las circulares, el alquiler de las salas, todo era demasiado caro.

“A partir de ese día, mi hermana, Françoise Reiner, la dactilógrafa encargada de las circulares y yo, dejamos de ser personas gratas. Poco a poco comencé a perder todo interés por ese proyecto y, llevado por un estado de lasitud, dejé que las cosas pasaran. A partir de entonces, me convertí en el miembro fantasma del grupo. Es la historia de la vasija de hierro y de la vasija de tierra.

“Entonces, mujeres amigas y enemigas se hicieron cargo del Cuarto Grupo. Este y la revista *Topique* pasaron a una segunda velocidad de crucero moderada. La rutina se instaló y las sesiones empezaron a ser fútiles y vacías. Finalmente, según lo que supe, terminaron pidiendo la afiliación a la Internacional. Mi nombre

fue cuidadosamente silenciado. Los escasos intentos de intervención que hice chocaron contra la hostilidad y la desconfianza del auditorio.

“Piera Aulagnier, flanqueada por su mentor, Jean-Paul Valabrega, dirigía la revista *Topique* con autoritarismo y autoridad. Además, el hecho mismo de que yo figurara en el comité de redacción empezaba a causar problemas. Piera, mujer imaginativa, no me perdonaba mi franqueza. Mi amigo Valabrega, solo y amargado, tenía mucho más espíritu de crítica que espíritu crítico. Lo único que ambos tenían en común era el origen italiano. En lo que a mí respecta, ya no creía correr grandes riesgos porque estaba muy seguro de mi notoriedad. Entonces, renuncié a *Topique* y luego al Cuarto Grupo.

“¿Cuántas historias sórdidas entre nosotros! En definitiva, ¿había alguien libre de culpa para arrojar la primera piedra?

“A partir de entonces, me convertí en el hombre del cual sólo se habla a escondidas.

“Elegí ese momento para enfermarme. Después de una peritonitis grave y de dos hemorragias cerebelosas que me privaron del uso de las piernas, fui a parar al hospital, huraño y silencioso, víctima de un inexorable embrollo mental. Fue en ese momento cuando me di cuenta de la precariedad de toda posible amistad entre freudo-lacanianos.”

Perrier se secaba la frente y el cuello con una toalla grande, bajo la cual el rostro desaparecía. El Pachá se preguntaba si realmente hacía tanto calor. . .

“Usted comprenderá, volvió a decir Perrier suspirando, que si en 1974 di por terminados los seminarios, es porque, después de ‘Le Temps de Cérises’,¹⁶ título de la última sesión, ya no tenía nada para decir. Había convocado allí a mi madre y a todas las mujeres que había tenido y que aún me amaban.

“*El hombre que se calla es un enigma.*

“Tuve que vender el departamento del Observatoire, que estaba casi íntegramente pagado, y alquilar. Primero fui a vivir a la calle de la Sorbona, luego a Auteuil. Por último, en octubre de 1980, les pedí a los médicos que me autorizaran a jubilarme.

“Como mi madre ya había muerto, en medio del desaliento y el dolor, pensé que yo también debía ponerle fin a mi vida. Pero, a pesar de dos tentativas de suicidio, en la calle de la Sorbona y en Auteuil, la muerte no se apiadó de mí.

"Mientras tanto, Lacan seguía hablando y también envejeciendo. Empezaba a caricaturizarse él mismo en su sorprendente vitalidad. En cuanto a la Escuela, la había disuelto, solo, 'como siempre lo había estado'. Pero hubo muchas disputas entre los miembros, lo cual terminó en un pleito. Por último, un día, la disolución de la Escuela se produjo en el marco de la más respetuosa legalidad. Como consecuencia, se formaron una multitud de grupúsculos más o menos oscuros. Hay que tratar de terminar con eso. ¿Se lo podrá lograr, a pesar de los celos y de los intereses económicos, todo lo cual, en general, gira en torno de una revista? Además, ser lacaniano no es nada fácil.

"De ese modo, podemos volver a los tiempos heroicos de 1927...

"En la actualidad, los pocos alumnos que aún me siguen y que quieren ser analistas pueden elegir entre todos esos grupos; tienen la posibilidad de hacer la elección de quien los controle libremente. Pero, como todavía subsiste mucha amargura y odio entre los alumnos más o menos dispersos de Lacan, debo indicar un poco a ojo a los que —entre los viejos— podrían, sin mayores dificultades, asumir el control en un análisis que ya termina. Evidentemente, todo eso es muy azaroso.

"Fuera del Colegio de Psicoanálisis, al cual adherí, no llego a tener preferencias ni por un grupo ni por otro, ni a postular una adhesión por ninguno. Por lo tanto, estoy solo, sin feudo ni vasallos. Sin embargo, poseo toda una red de corresponsales que practican la estima recíproca.

"Debo confesarle que, de vez en cuando y a pesar de todo, acaricio la idea de un gran proyecto de reconciliación en el marco de un instituto lacanofreudiano del cual yo sería el presidente honorífico.

"Por el momento, sólo puedo hacer una cosa: sin hacer demasiadas confidencias, debo arreglar cuentas con la realidad de las cosas según mi propia verdad. ¿Y por qué no hacerlo un poco en broma?

"A muchos otros les pasó lo mismo. Por ejemplo, a Masud Khan, como me lo decía Granoff un día. Pero Masud Khan era rico y tenía títulos. Podía asumir su soledad en la independencia. Yo no tengo tanto para defenderme. Me arruiné mucho en la tormenta.

"Por qué me fui? No es posible entenderlo si no se lee aten-

tamente *La Chaussée d'Antin*,¹⁷ particularmente las opiniones sobre la didáctica y la teoría de la transferencia.

"Christian Bourgois me sacó del silencio y de la censura en la que me había sumido Le Seuil, el cual se había confabulado con Lacan y Jacques-Alain Miller. Miller, que pertenecía al grupo de la calle de Ulm, había hecho "el" casamiento perfecto con Judith, la hermosa hija de Sylvia Bataille y de Lacan. Judith era una jovencita grácil y soñadora como una niña; yo la había conocido en Amsterdam. Recuerdo los rostros de algunas mujeres, como el de Sylvia, pícaro e impertinente, que fue la primera mujer de Georges Bataille y la segunda esposa de Jacques Lacan.

"También recuerdo el de Gloria, la famosa secretaria de Lacan. Siempre estaba en todas partes, en la casa o en el seminario, en París o en Guitrancourt, en la residencia de campo del maestro cerca de Nantes-la-Jolie. Recuerdo, además, una especie de complicidad risueña entre esas mujeres y yo.

"Las historias de alcoba de los analistas entre sí esmaltaron los secretos del descubrimiento freudiano desde Europa hasta los Estados Unidos. No se maneja la libido sin que tarde o temprano uno se queme con ella. Sé un poco de eso. También sé que las estructuras psicóticas femeniles son las que crean el mayor peligro: su 'ausencia' se parece al vacío, hace necesario el aire e incita a pasar a la acción. Luego, tarde o temprano, reaparece un antiguo fondo de contratransferencia negativa, de odio y de desamparo.

"Como le decía un día a una de mis seductoras pacientes que quería a toda costa acostarse conmigo: '¿Por qué no? Pero es peor que usted; es más fácil encontrar un amante que cambiar de analista'.

"Sólo bastan tres o cuatro transgresiones de ese tipo para envenenar la existencia. Uno demora años en salir de una situación de *confusión entre lo Imaginario y lo Real*. Así son los nudos libidinales del análisis. Detrás del escenario, suceden muchas cosas. Yo estoy reducido a nada, sin voz, sin manos, sin piernas. Esa canción inacabada que escribí hace mucho tiempo es testigo.

*Esta mañana como todos los días
la portera barre el patio
Un viejito abre el negocio
y dice buen día a los vecinos.
Me puse la ropa de todos los días*

*El viejito me dijo buen día
Pues soy vecino de todos los vecinos
Hoy como todos los días.*

“Como ve, Pachá, actualmente, mi vida solitaria de todos los días se parece a esa canción. Sin embargo, sé cuál es el remedio: unas gotas de alegría antes de cada comida. Eso es lo que me falta. Una mujer, un hermano, pero un hermano en la amistad, el campo en verano, la nieve en invierno y además, de vez en cuando, unos clientes. . . con mi respetabilidad recobrada. Por eso, aún me doy un año para dejar de hacer somatizaciones. Vivo de esperanzas tardías.

“Como todo hombre que envejece y que no tiene un árbol genealógico preciso, me gustaría tener una máquina para remontar el tiempo ya que, en el fondo de mi corazón, sigo siendo un hombre del siglo XIX.

“Entonces, Perrier, ¿tu dolor será eterno?

“No, es como Malherbe.

“Hay que encontrar algo mejor. Me gustaría pensar en los términos de un testamento. . .”

Perrier cerró los ojos.

El Pachá pensó que estaba durmiéndose, o al menos que huía a alguna de esas comarcas en las que la palabra molesta. . . Llenó el vaso de Perrier, recogió la pipa y se fue sin hacer ruido, contento porque el viento empezaba a soplar y se llevaba el calor y la arena.

VIII

Donde se oyen circular rumores, levantar calumnias y agitarse los ecos en la soledad del Sobreviviente.

Cuando el Pachá —un poco cansado porque había nadado mucho— se encontró con Perrier al atardecer, curiosamente, éste le daba vueltas al asunto de los términos de un testamento pretestamentario.

“Escuche, Pachá. . .

*Consejos a los futuros psicoanalistas
en forma de testamento anticipado*

¡Oh!, tú, joven amigo que, en 1985, quieres ser psicoanalista freudiano, aprende esto de un viejo maestro.

El psicoanálisis es el arte más difícil que hay. Efectivamente, ¿cómo se puede transformar en verdad subjetiva una historia de amor falsa? El nudo está en la transferencia que es a la vez un fenómeno empírico comprobado y un incentivo terapéutico indispensable.

La transferencia es negativa o positiva como el amor.

Detrás de ella se levanta la figura siniestra del instinto de muerte. El psicoanálisis es una lucha sin tregua entre Eros y Tá-natos.

Para mí, el único objetivo y el único mérito del análisis consiste en hacer triunfar las fuerzas del amor en el combate entre las pulsiones de odio y de muerte. En eso, siempre hay algo de trampa ya que, en medio de su silencio, el analista es, a su modo, seductor.

No hay nada más seductor que un silencio que se prolonga, puesto que el analista se calla. En eso reside su fuerza. Por eso, se convierte a la vez en el padre, la madre, el hermano, la hermana, el amante, la amante del paciente. Lo conveniente es que el analista no se lo crea mientras intenta comprender y encontrar la palabra adecuada para desmitificar. Eso va acompañado de un poco de despecho y de rencor.

El único criterio válido en un análisis consiste, en primer lugar, en que el analista olvide al paciente y viceversa, o bien que sólo se hable en pasado.

Eso no puede ocurrir durante un análisis didáctico ya que el paciente se convierte en alumno y debe, a la vez, respetar al padre y matarlo. Es una simple renovación del complejo de Edipo que Freud retoma constantemente.

La libido freudiana es un material sulfuroso y explosivo que debe manejarse con precaución. Allí, todo es cuestión de tacto y humanidad. Pero el ejercicio de la profesión conlleva el desgaste del analista. A fuerza de escuchar de todo, pierde la religión, el corazón, la moral y, sobre todo, la esperanza. Tiene ganas de morir o de hacer otra cosa.

Lo que hay que entender bien es que, fuera de las horas de trabajo, el analista es un quídam como los otros. . . O casi. . . Pues, cuando sale del consultorio, aún siente la necesidad de reunirse con los colegas; de allí, las asociaciones de psicoanalistas, esos innobles basureros de todas las pasiones humanas. En realidad, son círculos que es mejor evitar.

En resumen, frente al paciente, cada analista debe inventar constantemente el análisis. *Debe hacer algo a la medida del paciente y no volver a aplicar lo ya hecho.*

Eso es lo que hay que decir en este período de decadencia.

"En resumen, la siguiente pregunta aún está vigente: ¿qué es el psicoanálisis: una paranoia dirigida y, por lo tanto, abortiva, una paranoia perfecta, o bien una paranoia malograda?"

Por primera vez, el Pachá se tomó la cabeza con las manos y se dio por vencido. . .

Perrier estalló en carcajadas.

"¿Está totalmente perdido? Bueno, hagamos una pausa y aproveche para visitar la isla sin mí, para hablar con los habitantes. . . Entenderá muchas cosas."

Así lo hizo. Pero, contrariamente a los cálculos de su interlocutor, el Pachá ya no sabía qué creer. Había visitado las islas, había conocido a mucha gente e incluso había oído hablar bien y mal de François Perrier. Pero ¿cómo ubicarse en medio de todo eso? ¿Dónde estaba el norte? ¿Acaso empezaba a dudar de la sinceridad de Perrier? No, eso sería demasiado. La transferencia era seria. Pero, ¿y entonces. . . ?

Cuando se volvió a encontrar con el Sobreviviente, lo interrogó, muy sutilmente, del mismo modo que éste lo tranquilizó.

"Ya empieza a conocer el mundito analítico, ¿verdad? Habría que colocarlo bajo el signo de la calumnia. Todos se fijan en los defectos de los demás. Un analista que, en un momento dado es 'un poco original' puede, inmediatamente después, convertirse en objeto de desprecios o de mofa.

"Como sabrá, en términos de navegación, una 'ráfaga', 'una brisa íntima' es un viento casi inexistente pero que anuncia la tempestad. En el mundo 'psi' pasa lo mismo.

Como lo escribí en *La Chaussée d'Antin*, el analista que sufre de reminiscencias sufre también de reputaciones (en plural). Sin embargo, lo importante es conservar el tono 'neutro y condescendiente', con la cara de quien se seca un salivazo diciendo 'perdón, señor'.

"Yo tengo otra técnica: cuando quieren que sea alcohólico, lo soy, sin perjuicio de llenar una botella de whisky con orina para estar seguro de no beberla. Todo eso, a causa del agua mineral Perrier. La última psicótica que traté se sentaba en un café del boulevard Saint-Michel, pedía ostensiblemente una botella de agua Perrier y deliraba: 'Perrier me la regaló'.

"Como ve, mi apellido me valió más desdichas que mi hígado. No porque yo sea un ángel de virtud. Llevé una vida agitada pero, si creemos en la transferencia, me transformé sucesivamente, de un enfermo a otro, en perverso, alcohólico, esquizofrénico, paranoico, etc. Hay que saber habituarse. Moraleja: No le aconsejo a nadie esta abominable profesión que no tiene fin.

"Hay un término de Lacan que a mí me gusta mucho: 'basurificación', es decir, la oreja basurera.

"En conclusión, límpiense las orejas y no tenga tapones de cera.

"Con respecto al alcoholismo, cuestión que me repitieron hasta el hartazgo, debo, sin embargo, dar una explicación.

"No sé si soy alcoholólogo o alcoholico, psiquiatra o enfermo mental, médico o enfermo imaginario. Mis colegas no logran ponerse de acuerdo al respecto. Cuando me preguntan cuándo empecé a beber, cito un recuerdo de infancia: las gotas de champaña que me pusieron en los labios cuando me bautizaron. A los cinco años, mi vieja tía Jeanne me daba ceremoniosamente todos los domingos un dedal de Byrrh, una moneda de diez francos y me decía en dia-

lecto chtiimi: 'Toma querido, es tu regalo del domingo'. A los dieciocho años me emborraché con wambrechie, el gin del Paso de Calais y, al día siguiente, me levanté en un estado deplorable.

"En la época de mis primeros amores con Sophie de La Tour de Robinson, mi encantadora golondrina, descubrí la moda del whisky. Digo bien la moda ya que me parecía, y aún hoy me parece, que ese brebaje tenía gusto a jugo de chinche.

"Después, durante los años en que cursé medicina, me entregué a las más increíbles borracheras con los estudiantes durante las guardias. Efectivamente, todo eso es cierto, pero creo con sinceridad que Lacan me volvió alcohólico. Recuerdo unas vacaciones de verano que pasé en Rodas, en compañía de la más sufrida y silenciosa de mis esposas. Me bebí una botella de whisky, pro die, para redactarle largas epístolas inútiles a Lacan. Se trata, por lo tanto, de una historia *pasional*. En el amor, el whisky nos vuelve obscenos y perturba el pudor de las mujeres. A menudo abusé de eso.

"En realidad, los estudios de medicina me habían producido una verdadera fobia al alcohol, gracias a lo cual tomé mucha mayor cantidad de agua Vittel que de whisky. Pero, en dosis pequeñas, el alcohol me inspiraba. Además era orador y comediante por naturaleza y, como me acusaban de ser alcohólico, llegué a poner a la vista de todo el mundo, sobre mi escritorio de orador, una botella de whisky para alimentar mi mala reputación.

"Saqué la siguiente conclusión de la experiencia: el primer vaso inspira y da coraje, disipa la ansiedad, quita el miedo, estimula la voz, por lo tanto, *hay que beberlo*. El segundo vaso lo echa todo a perder: vuelve temblorosa la voz y confusa la mente y embrolla la palabra. Entonces, *conviene abstenerse*.

"Sabemos que algunos artistas, intelectuales o escritores necesitan esa pequeña dosis de alcohol que hace surgir la chispa y el fuego de la creación. Yo soy uno de ellos. Incluso, tuve ganas de fundar, con algunos ex alcohólicos, el 'Cebe', club de ex bebedores empedernidos, reservado a personas de calidad, que saben a la vez consumir y abstenerse, es decir, que saben vivir, saben hacer, saben amar y, por qué no, saben beber. En resumen, gente que está lo más alejada posible de la salvaje borrachera.

"En definitiva, el soma tiene la última palabra. Los órganos se conservan en alcohol pero, cuando se está vivo, el hígado no resiste. Los nervios tampoco. El alcoholismo va acompañado de un

cortejo de enfermedades malditas que abarca desde la polineuritis a la psicosis de Korsakoff¹⁸ y de la cirrosis al delirium tremens.

"Estudié medicina entre 1940 y 1945, es decir, durante la ocupación. Cada diez días, conseguíamos dos litros de vino y cigarrillos belgas y colillas. Estaba rebosante de salud. A partir de 1947, con la victoria de los Aliados, el whisky y el bourbon invadieron Francia y se quedaron definitivamente, así como también la coca-cola, otro brebaje asqueroso y muy peligroso ya que, aparentemente, contiene un detergente que le quita el color a las telas. La química... el arma más mortal que existe sobre todo desde que, al hacer derivar de ella la *psicoquímica*, se multiplicaron las drogas de acción psicotrópica, las cuales potencian los efectos del alcohol que, como todos sabemos, ya es en sí un psicotrópico de dosis elevada.

"Conozco un maravilloso psicotrópico del cual les doy la fórmula y que se convirtió para mí en lema: 'Antes de cada comida tome quince gotas de alegría, lo cual le abrirá el apetito'."

Perrier empezaba a cansarse. ¿Acaso era el efecto del calor o el efecto de los recuerdos que, ahora, surgían por doquier sin una cronología...?

El Pachá lo dejó para volver a atravesar la isla en busca del encuentro...

IX

Donde vemos intervenir a François Reiner, llamada "de los Almendros", que habla de François Perrier, de quien fue secretaria.

El milagro se produjo. El Pachá encontró a Françoise que estaba de paso por la isla.

"Es cierto, le dijo al Pachá, durante seis años fui secretaria de Perrier y, hasta el momento en que surgieron las tensiones, de lo cual tal vez Perrier ya le habló, también dactilografiaba los textos del Cuarto Grupo. Durante esos seis años, mientras deambulaba, me dictó seminarios y artículos, primero en forma de notas, luego en la forma definitiva. Era la época de los seminarios: el del Amor,¹⁹ el de lo Corporal y lo Analítico,²⁰ luego el de lo Transubjetal.²¹ También me dictó 'Thanatol',²² que, según dijo Perrier, para él siempre fue el texto más importante. Tengo un hermoso recuerdo de esa colaboración: hablábamos mucho y Perrier no se comportaba como lo hace habitualmente un jefe. Después, como hablábamos cada vez más y trabajábamos cada vez menos, terminé diciéndole que me parecía difícil continuar. Dactilografiaba a medida que me dictaba, completaba las oraciones y el papel terminaba en el basurero.

"Me pagaba para obtener un resultado muy poco satisfactorio. Nunca entendí qué era lo que me impulsaba a terminar las oraciones. Esa relación jefe-secretaria, que no era tal, progresivamente se transformó en una relación de amistad y ya nunca más hubo nada para dactilograr. Aprendí mucho al lado de Perrier.

Supongo que usted también querría que le hablase de los seminarios. En mi opinión, la gente, poco deseosa de escuchar un curso magistral, iba más bien a oír a un psicoanalista que les decía cosas de una manera mucho más animada que si les hablase desde la cátedra. Curiosamente, Perrier los incomodaba físicamente: se agitaban, desplazaban las sillas, se revolvían en el asiento.

"Era el mismo público que había en los seminarios de Lacan y en los de Piera, pero con Perrier la atmósfera era totalmente distinta. Los oyentes eran más animados, se sentían afectados hasta en

el propio cuerpo, como si François se los restituyera, como si, de repente, tomaran conciencia de que tenían nalgas y empezaban a sentir el asiento en el que estaban sentados. Esto era lo que sucedía en cuanto a los oyentes y al ambiente.

"En lo que respecta al estilo, a menudo Perrier empezaba así: 'Voy a retomar el tema que tratamos la última vez para recordárselo a los que lo hubiesen olvidado. . .'. Le criticaban el modo tortuoso y aparentemente disparatado de comenzar. Pero eso era sólo en apariencia, ya que manejaba bien los temas. A menudo se trataba de temas espinosos y delicados de teoría analítica ligados a la clínica, cuyo planteo definía la posición de Perrier. Bastaba entonces con proponer el tema y ya no era necesario decir nada al principio. Además, todo el mundo prestaba atención. Perrier utilizaba una técnica de la que quizá ya le habló: según él, siempre había que poner cara de asco ante el público, dejar que el enemigo asomara la nariz antes de ametrallar. Pero cuando eso sucedía, las ráfagas llovían, violentas. El efecto de shock sacaba a los oyentes del ronroneo teórico analítico de los profesores. Justamente para eso iban, para que les sacudiesen el cuerpo.

"En realidad, los seminarios de Perrier eran espacios donde reinaba la vida y no la muerte o la falta de ser.

"Usted sabe que siempre se dijo que Perrier hacía psicoanálisis con las tripas. A causa de eso se enfermó. Para él, el psicoanálisis es una historia de *Trieb* y de tripas. Siempre fue el compañero divertido del psicoanálisis: cantaba, bromeaba, tocaba el piano. Lagache le decía: 'Perrier, usted tendría que haber sido cantante y humorista y no psicoanalista'. Por otra parte, Lagache murió en la mayor soledad y en el etilismo total. François lo quería mucho. Creo que se vestían en el mismo sastre, en Vignal, del boulevard Saint-Germain.

"Las reputaciones de Perrier aumentaban gracias a esa vitalidad, a esa energía ya que, como tal vez él mismo se lo dijo, sufrió mucho y todavía sufre de reputaciones.

"Es cierto que los oyentes de Perrier asistían también a los seminarios de Lacan. Indudablemente, necesitan ir a ambos. En esa época, a la salida de un seminario de Lacan siempre se oían comentarios amables como el siguiente: 'No entendí un rábano de todo lo que dijo'. Todas las semanas era lo mismo: un magnífico ejemplo de repetición seudofreudiana. Los mismos oyentes iban a

los seminarios de Perrier como si en la palabra de Lacan hubiese algo que sólo tomaba consistencia y sentido cuando Perrier, que a menudo hacía referencia a Lacan, exponía el contenido. Por el contrario, Lacan nunca citaba a Perrier especialmente. Se complementaban, pero no rivalizaban. Los horarios de los seminarios son una prueba: a las once, François; a las doce, Lacan.

"Todo estaba muy bien organizado. En el seminario de Lacan había algunos forzudos que ocupaban los lugares y que los defendían con los bíceps. En el de François, la gente repetía esa práctica social que consiste en llegar muy temprano para guardar asiento a los amigos.

"El público era diferente. El teatro también. Lacan tenía una secretaria, una estenotipista, siempre dos o tres mujeres colocadas de manera estratégica para formar un triángulo en cuyo centro se desplazaba Lacan en una especie de puesta en escena bien distribuida en el espacio. François está siempre solo frente a los leones, como un gladiador sin armas. Esa era su propia puesta en escena.

"Lacan planificaba las peregrinaciones sobre el estrado, los cambios de voz en la palabra esencia, y todo un sistema teatral, incluidas algunas filípicas en el momento oportuno. Además, tenía su propio decorado que consistía en un pizarrón negro con dibujos, donde bosquejaba el itinerario sinuoso de su pensamiento. Ese era el teatro posterior a 1968 (sólo tomé contacto con los seminarios de Lacan después del 68).

"El espectáculo era Lacan, el podio y la sala. El público representaba el papel de extras y de comediantes. Había una manera especial de vestirse y se esperaba la llegada de Fulano o de Zutano con sus gestos y su vestimenta totalmente exóticos. En la sala, la práctica de la palabra, de la conducta y el comportamiento eran del mismo tipo que la palabra, la conducta y el comportamiento de Lacan ante el pupitre y el pizarrón negro. Había que ser público y comediante a la vez, participante incluso en el silencio. Pero ese espectáculo no estaba verdaderamente mediatizado, salvo de vez en cuando, por algunos ecos periodísticos.

"En el seminario de Perrier, la sala también adoptaba cierto comportamiento, cierta teatralidad, pero eso giraba alrededor de un contenido y había más seriedad que en el de Lacan. Allí se trabajaba más. Por otra parte, Lacan se quejaba explícitamente de la falta de trabajo de su público y un día lo apostrofó en los siguientes

términos: 'Estoy harto de los ignorantes, estoy harto de hablar en el aire. ¡Trabajen, banda de vagos!' François no tenía ese problema: en la sala brotaban las preguntas de los asistentes y se notaba que habían trabajado.

Lacan y Perrier no desatendían la imitación de sus respectivas teatralidades. Ambos usaban moño. Era la moda. . . Además, el padre de Perrier siempre había usado ese tipo de corbatas, lo que quizás explica la transferencia inicial de Perrier con Lacan. Se hicieron muchos comentarios sobre este capítulo. . . Y ese modo de relación planteaba muchos problemas a los jóvenes psiquiatras en formación que oían tanto al uno como al otro. La voz de Lacan se parecía al sonido de un extintor. Tenía la siguiente maña: comenzaba con voz lánguida e inaudible y terminaba en fanfarria. La voz de Perrier tenía sus 'rifornzando', pero no se apagaba jamás en público.

"Esto es todo lo que puedo decirle a partir del puesto que ocupaba. Usted sabe que siempre frecuenté el medio analítico en calidad de extranjera. Por eso, no deje de interrogar a otros y cuénteme algo de Perrier."

El Pachá le hizo leer a Perrier las notas que había tomado de la conversación con Françoise Reiner. Sentía una gran curiosidad por saber cómo reaccionaría el Sobreviviente:

"Estoy sorprendido, dijo Perrier. . . Yo sabía que Françoise frecuentaba Tel-Aviv —por eso le puse el sobrenombre 'de los Almendros'— pero no estas islas turísticas próximas a Sicilia. Si se encuentra en estos parajes, tiene que venir a verme. Ella representa para mí veinte años de amistad en el marco del trabajo.

"Recuerdo ese meeting improvisado en la capilla de Sainte-Anne, del cual le hablé. Ella estaba allí. Fue la gran manifestación de los estudiantes y, como la capilla es un lugar siniestro, se esperaba que sucediese lo peor. Felizmente había un piano. En realidad, nunca sentí miedo en público. Eso sucede tarde o temprano.

"Aquellos a los que les ha pasado lo mismo, sabrán entenderme: salía ansioso y agotado de los seminarios. No hay nada más terrorífico que hablar solo durante una hora y media. Sobre todo porque mis alumnos se quedaban en la sala y yo volvía a mi casa, solitario. Nadie me esperaba: ni una madre, ni un hijo, ni una hija, ni una amante, ni una esposa, ni un amigo. . . 'Feliz de aquel que

sepa vivir y morir solo', decía mi padre. Pero dejemos de lado todo esto. . .

"Esperaba los ecos del día siguiente. Los filtraba cuidadosamente fiándome sólo de mi sentido común. Nadie me daba consejos. Se trataba de encontrar la manera de continuar. . ."

Perrier comenzaba a mostrar signos de cansancio, a menos que la fuerza de los recuerdos. . . El Pachá aprovechó la ocasión para alejarse por algunos días. Se internó en el mar en busca de otras islas.

Cuando regresó, se enteró de que durante su ausencia un acontecimiento impresionante lo había conmocionado todo.

X

Donde vemos desaparecer al rey de Skholé y aparecer la devastación. . . De profundis. . .

En efecto. . . El Gran Jacques, el volcán de Skholé, la isla principal, se había despertado. La erupción prevista por Haroun Tazieff había arrasado todo. Perrier lo contó a su manera.

"Las nubes se amontonaron en el cielo. Vulcano estaba abajo y Zeus arriba. Se oyó un grito: ¡Es el rayo de Zeus! Pueden remitirse al Diccionario Bailly de cuando estudiaban griego.

"Lacan, el rey de la isla de Skholé, murió en medio de la catástrofe, como siempre lo había deseado y como Catherine Clément lo contó en *Vies et légendes de Jacques Lacan*.²³ Pero contrariamente a lo que ocurre con el ave Fénix, aún no nació nada de las cenizas.

"Los funerales fueron grandiosos y patéticos, un poco a la manera indígena. Los alumnos y los seguidores se habían vestido con clámides blancas y había lloronas, como en la antigüedad. A lo lejos, se había encendido una hoguera. Tranquilícese, allí no se quemó a nadie salvo a un muñeco de paja y mimbre. La furia nórdica se derretía muy rápidamente en un diluvio de lágrimas y, detrás de un bosquecillo, un joven Dafnis y una joven Cloé hacían el amor en señal de duelo. Después llegó el momento de la comida del funeral en medio de la borrachera general.

"¡Qué espectáculo irrisorio!

"Los viejos asistíamos a todo con la mirada sin brillo y la boca amarga.

"¿Qué más se puede decir? ¿A quién enterrábamos: a un gran hombre o a un payaso? Todo lo ocurrido me hizo pensar en el incendio de la calle de Ulm y en la internación de Louis Althusser. Hice unos versos sobre el suicidio poético de mi padre, que dicen así:

*Murió, polen y pistilo
Cerebro profundo y corazón sutil
De profundis, así sea. . .*

También me acordaba, como si se tratara de un himno a esa bufonada de la composición festiva que escribí en 1967, en forma de memorial, dirigido a los lacanianos, y que sigue vigente, hoy en día más que nunca:

*Ustedes,
Los cruzados del algoritmo,
Los descorazonados del cuadrángulo
Los defensores del pase
Los kapos de la a minúscula
Los pornos del grafo
Los agráficos de la agalma
Los golosos de los Trieb-a-la-moda-Lacan
Los anoréxicos de la curación
Los acortadores de la sesión
Los homeostáticos del corte
Los frustrados de la diferencia
Los usuarios de la falta de ser
Los lastimosos de la apatía
Las pitonisas del apartheid
Los ponderados del silencio
Los duques del fading
Y los fanáticos de la barra.*

*Ustedes, los del alma bella
Tendrían que prestar atención
Para que el siguiente epigrama
No se convierta en epitafio:
Un maestro con su razón
Se convirtió en jefe de Escuela
Fundó su casa
Para los reclutas
Y se erigió en jefe.*

*A partir de entonces, el pensamiento débil,
Sólo fue, en definitiva,
Un viejo maestro de escuela.*

“Pero volvamos a Lacan. El, que durante cuarenta años había soplado al oído de la gente palabras de deseo y de ética, ¿con cuáles de esas palabras se había quedado? A menudo oí plantear esta cuestión tan espinosa. Además, nadie supo encontrarle directamente una respuesta.

“En otros términos: ¿con qué elementos Lacan iluminaba su moral y su religión? Por ejemplo, ¿era o no judío?

“Lacan, judío infiel, dijo Granoff. Se confundió la excomunión judía con la excomunión católica y romana.

“¿Cómo se puede definir aquí la fidelidad judía y la infidelidad cristiana? La infidelidad cristiana es tibieza, indiferencia o conversión, que son formas del abandono, del renunciamento. La infidelidad judía es una vía abierta por la palabra del Eterno. El Eterno habla primero. El Eterno habla y reúne a su pueblo. Cuando un judío abre la boca para tomar la palabra, tiene derecho a invocar al Eterno, a recordarle la promesa que le hizo a su pueblo, a querellarlo. En eso consiste la fidelidad judía. Tiene derecho a discutir. La infidelidad empieza cuando olvida que no fue el primero en hablar. Si deja de hablar en nombre de la promesa que el Eterno le hizo a su pueblo de colmarlo de bienestar y de bendiciones. . . si cree hablar en su propio nombre y ya no como portavoz, entonces, es infiel y, por eso, excomulgado porque se alejó del rebaño. Mientras el Eterno no lo llame al orden, estará solo.

“De todos modos, sabíamos que Lacan tenía un hermano de religión católica, pues él mismo nos lo había dicho.

“En realidad, en la isla existe sólo una religión oculta. Al igual que Zaratustra, que decía ‘Dios ha muerto’, nosotros decimos aquí: ‘Lacan está en la barca de Caronte’. Los alumnos de la isla de Shkolé se creen exégetas de los escritos lacanianos, como si se tratara de escritos religiosos. Además, Lacan no era un dios, sino un simple mortal que sabía cuidar muy bien a su público y a la publicidad. ¿Acaso asistiremos a suicidios colectivos como sucedió en el caso de la secta de Guyana? Ese universo lacaniano es pura decadencia. Por cierto, Lacan era un sabio inteligente y hábil. Nada más. La vejez le acrecentó la perversión, no la sabiduría. Ya no estamos en los tiempos en que Freud les obligaba a usar el mismo anillo a sus nueve discípulos.

“Hay que desacralizar a Lacan y verlo como era, es decir, una paranoia perfecta, como dijo Al. Sueño con un instituto freudolacanian de reconciliación, de habla francesa, en el que Lacano-

Lacan sería simplemente un maestro entre los otros. Me ocuparé de hacer eso con los veteranos y con los que me entendieron. No es una utopía. El que me quiera, que me siga. . .”

El Pachá quedó pensativo, con la mirada clavada en el rostro impenetrable de Perrier. . .

XI

Donde visitamos el Pase. . . Donde encontramos a Suzanne de Tréhenne. . . y vemos las riberas delicadas de la reeducación y de la transferencia de trabajo. . .

Cuando los primeros remolinos se calmaron, el Pachá, con nuevo impulso, se acordó de que, efectivamente, también había encontrado, en la otra isla, a un curioso personaje llamado Jean Al. Era muy simpático y mucho más joven que Perrier. Una especie de sabio inteligente, a la vez erudito y con los pies sobre la tierra. Ese hombre le había hablado del Pase —que seguía siendo un misterio para el Pachá— y le había contado que, cuando lo pasó, el pasador se había emocionado tanto que tuvo que tomarle la presión arterial y llevarlo a beber una copa en un bar cercano. También le había hablado de Marguerite Duras. Para él, ese vicecónsul, el protagonista del libro, que esperaba su nombramiento en la India, traducía perfectamente esa forma de desubjetivación que es de esperar.

Después de eso, Jean Al le había dado una notita para Perrier, donde se explayaba sobre el tema. Pero el Pachá, por su parte, pensaba que esa carta era sibilina como las declaraciones de Jean Al.

“Querido Perrier:

“Hay una dificultad que reside en considerar el Pase como un momento. Si fuese posible que el pasante (o el ex pasante) diese testimonio directo, aunque sea para oídos analíticos, habría que considerar el dispositivo, ipso facto, como una fantasía de Lacan. En efecto, ese dispositivo privilegia el testimonio indirecto. La nominación depende de él y en eso reside no tanto la novedad o la necesidad (pienso que allí hay un factor de contingencia) sino la pertinencia, dado que el testimonio indirecto es el vehículo revelador de la desubjetivación.

“De allí surge la pregunta: ¿acaso hay un modo de desubjetivación que no sea paranoico? Estoy trabajando en eso y me parece que este trabajo es el único marco donde se puede comprender lo que fue mi propio Pase. Si hiciese un relato, no tendría ningún

alcance. Intento enfocarlo desde el aspecto narrativo. La narratividad es poco adecuada para la desubjetivación. Creo que precisamente en eso acierta la literatura contemporánea. Por lo tanto, no sé cómo intervenir en la investigación de su amigo. Espero que allí se desarrollen algunos puntos que no se trataron en otra parte. En particular, el acento que se pone justificadamente sobre el complejo fraternal.

“Saludos,

“Al”

Cuando Perrier terminó de leer, se quedó un largo rato silencioso.

¿Acaso se sentía emocionado por esa segunda prueba de amistad lejana? Por último, se dirigió al Pachá:

“Al es un excelente exégeta de Lacan. Lo que permite entender cuál es la diferencia entre nosotros dos, es que no hay sujeto desubjetivable sin el problema de la subjetivación del deseo. Le daré un ejemplo muy simple que a Lacan le gustaba citar. Coco, de cinco años, pasea por el jardín de Luxemburgo con su madre. Ve a otro niño que come un chupetín, embelesado. Coco le dice a la madre: “Compráme un chupetín o me pongo a llorar”, la madre le compra uno y Coco lo mismo llora: ‘No quiero éste, quiero el de ese chico’. Ese es un deseo imposible de realizar.

“Reemplace el chupetín por el falo y la delectación por un erotismo de fellatio, y tendrá el esquema general del deseo más trivial.

“Sólo que, como verá, ese deseo es un espejo, el espejo que le refleja a alguien la imagen de otro que se convierte en fuente de tensión agresiva. En el mejor de los casos, se quiebra el espejo. La gente puede decirle que eso trae desgracia, pero es menos grave que un suicidio o un asesinato.

“Lo que critico del Pase es que se lo tome como un momento, cuando en realidad puede durar meses y años en el filo de la navaja de la amenaza de muerte. Jugar demasiado con esa ruleta rusa quizás exacerbe cierto romanticismo de la muerte, pero también alimente a la morgue. Compuse una canción en *La Chaussée d’Antin*, la canción de un organista de Barbaria.

“No olvide que amores, delicias e instrumentos (*orgues*) son femeninos en plural.*

“Pero parece sorprendido, Pachá. ¿Es demasiado complicado? Una sobreviviente, mi amiga Suzanne de Tréhenne, se lo podría aclarar. Andaba por aquí hace un rato. Mire, allí está, a la sombra, cerca de ese bungalow. Se cuida del sol de la isla porque es muy peligroso para las pieles blancas.”

Perrier se alejó en busca de Suzanne. Luego ambos volvieron conversando. Suzanne era una mujer de unos cincuenta años y de mirada transparente y azul.

“¿Usted quiere que le explique lo del Pase?, murmuró mientras se aproximaba al Pachá. ¿No encontró en la isla a nadie que hubiese participado personalmente en esa gran ceremonia? Yo sólo puedo hablarle de oídas. Pero es cierto que los actores de esa obra jamás se mostraron muy elocuentes sobre esa extraña aventura. Ni los pasantes —objetos del Pase—, ni los pasadores —agentes de ese Pase— ni el jurado —destinatario de la relación— lograron transmitir algo que pudiera decirse, o sea, algo que pudiera publicitarse. En 1980 hubo sólo una confesión furtiva de fracaso que provenía del mismo Lacan.

“Sin embargo, sólo Dios sabe lo ambicioso que era el proyecto: apuntaba, en última instancia, a disipar el misterio que rodea, desde la fundación freudiana, la calificación del psicoanalista cuando, al término de una formación, un candidato decide a su vez convertirse en profesional. Los criterios que tenían en cuenta las diferentes sociedades eran el saber, el tiempo transcurrido, el número de sesiones, el nombre del maestro, pero no había nada que pudiese hacer mella en el secreto intrínseco del análisis de formación. Nada permitía escrutar el deseo del analista. Quizá Lacan se había inspirado en ciertos procedimientos monásticos para elaborar la idea, la cual consistía en echar un vistazo al tratamiento a través del relato recogido por el pasador. Pero, para evitar las trampas inherentes al hecho de que el candidato mismo, en presencia del jurado, comparezca y haga el elogio de su propia persona, se le ocurrió excluir al candidato de la confrontación decisiva, dejar en manos de testigos esa confrontación y despojar al candidato de su propio testimonio. Así, el pasante quedaba sin ninguna garantía en manos de dos personas diferentes, saboteadas entre los pacien-

* Por supuesto, referido al francés [T].

tes que todavía no eran analistas y que de algún modo eran sus pares. Estos cumplían la función de pasadores, tal como Lacan la compararía en 1972 con la barca de Caronte en la travesía de la laguna Estigia: en el mito, los muertos pagan el pasaje con la moneda de oro que les ponen en la boca.

“Esa connotación macabra corresponde a lo que se ponía en juego y quizás, incluso a la fantasía que animaba todo ese escenario organizado como un desvío y una desviación del análisis fuera de su propio contexto, en un campo de discurso puro. Allí ya no había analista, ni regla analítica, ni dinero para especificar el acto y remunerarlo, ni tampoco andariveles, cuando lo que había desencadenado la escisión de 1969 había sido la ‘locura’, es decir, la temeridad de tal proyecto. Además, la promoción de esa escisión sirvió de estandarte al purismo de los que no defeccionaron y mantuvieron a Lacan hasta el último momento como centro de la EFP.

“Así, hacia 1972, una especie de exaltación marcó los primeros años con una coloración iniciática: era el potlatch del Gran Juego surrealista. Luego, hacia 1976, el ambiente pesado y ‘politizado’ produjo objeciones, críticas, temores, ante la comprobación, en algunos casos, de los efectos desastrosos del funcionamiento de esa máquina ubuesca. Los pasadores (que no cobraban ni un centavo) se escandalizaban un poco de la ligereza del jurado que dedicaba una hora de audiencia para tratar el fruto de un trabajo que, a veces, se había extendido a lo largo de meses. Un solo pasador renunció por esa razón. Se trataba de una mujer que publicó un artículo para explicar su actitud y que reveló la debilidad de los argumentos que surgían cuando las consecuencias de esa aventura a veces ya eran trágicas: accidentes, paso a la acción, etc. Además, las consecuencias podían ser aun más trágicas porque los candidatos, imprudentemente despojados de la palabra y de la confesión de su historia más íntima, entraban en un estado de dependencia y de desnaturalización peligroso. En realidad, ese guión ponía en marcha la ‘desubjetivación’ por artificio, dejaba a los candidatos desprovistos de todo, confrontados con un silencio malicioso que el jurado mantenía a veces durante meses, como si *nada ni nadie hubiese estado en juego*.

“De hecho, para Lacan, *lo que se ponía en juego* en ese procedimiento estaba al servicio de la formidable voluntad que tenía de escrutar los secretos del análisis y llegar más lejos que Freud en la elaboración de la doctrina. Dentro de esa lógica, los alumnos de-

bían nutrir el pensamiento del maestro y vigorizarlo con su aporte: el Pase permitía filtrar ese material y funcionaba como un banco de sangre para un laboratorio extremadamente sofisticado e indiferente a la identidad de los donantes. Así era la economía de esa circulación de discurso: alimentaba la pasión epistemológica de Lacan, movilizaba el ardor ingenuo de los discípulos y también la fría ambición de los alumnos. Además recíprocamente, era posible ‘ver’ (sic) cómo los pacientes habían asimilado el discurso de Lacan, al igual que los pacientes de los pacientes, y cómo ese discurso era ‘restituido’.

“Algunos, en el análisis, sostenían ese goce sin saberlo y proveyeron al examen ‘la materia más loable’, es decir, la abjuración de la propia lengua en favor de LA palabra.

“De ese modo, la institución levantada alrededor de Lacan había transformado ese trabajo desmesurado en sistema de selección o de fijación de los alumnos con fines políticos, sobre la base de criterios de ortodoxia y de mimetismo práctico. Se trataba de constituir *un cuerpo de servidores de la doctrina* y ya no sólo una élite de audaces investigadores.

“Los miembros del jurado se daban cuenta de lo que sucedía, pero no podían sustraerse a esa complicidad. El placer del secuestro compartido, la espera de que llegara el poder, el miedo de contrariar a Lacan, el hecho de no poseer ninguna referencia exterior y la desesperación en la que quedaban sumergidos, les proporcionaban muchos argumentos en forma de racionalizaciones para seguir manteniendo el cinismo que se les exigía. Entonces daban vida a ese guión íntegramente ordenado en función de los goces de ver, de saber y de poder, que procuró, según el decir de alguno de los ‘jueces’, la revelación menos confesable de todas entre los múltiples secretos que cimentaban ese poder: muchos candidatos demostraban que *no había habido análisis*, como tampoco apertura del inconsciente ni efectos psíquicos del tratamiento. No había ningún beneficio terapéutico, sino una vocación de adoctrinamiento que después sólo era suficiente *teorizar* como análisis posfreudiano. Por eso, quizá, Lacan habló del fracaso del Pase: la materia que lo constituía no era loable.

“Por cierto, otros le dirán que esa prueba les hizo vivir momentos magníficos, que los lanzó al análisis y que los ayudó a crear amistades. Otros reflexionan y teorizan sobre futuras instituciones donde ese Pase conservaría su papel formativo y de selección. La

nostalgia de ese momento compartido quizás indica la solidez del lazo que los unía al proyecto de Lacan. Cuanto más amor y deseo de ser amado había en ese procedimiento, más se arriesgaba el 'pasante' a dar realmente su vida sin saberlo, o bien a darla simbólicamente, renunciando a sí mismo, porque ese guión permitía llegar hasta el final de una tendencia masoquista cuya salida era la destrucción de uno mismo en ofrenda al Otro.

"Perdóneme si fui poco claro. El tema era difícil: los humores dan paso al humor para que se diluya la amargura. No deje de preguntar por otros islotes. Escuche otras campanas. Luego trate de volver a su propia pasarela para considerar horizontes más amplios.

"Hay que volver a situar el fenómeno del Pase en el organismo que Lacan segregó con el nombre de Escuela y colocar ese conjunto en el contexto de un siglo escéptico: 'Los menos inocentes se vuelven exclusivos en su deseo de ser amos, para satisfacer el apetito de los magos'."

Perrier elevó los brazos al cielo:

"¡Pobre, honesta y noble Suzanne! ¿Cómo debe de haber sufrido! Lo que le contó es exacto. Renuncié en 1969 a causa del Pase. Lo expliqué todo en *La Chaussée d'Antin*. Con respecto a eso, le recomiendo releer el capítulo dedicado al análisis didáctico,²⁴ en particular las siguientes líneas:

"No criticamos la coherencia lógica del desarrollo que lleva a Lacan a ese término (la falta de ser) como resultado de su modo de teorizar. Estamos en desacuerdo con el desvío que representa la institucionalización administrativa, la dramatización de la teoría tomada al pie de la letra, para el establecimiento de nuevas convenciones protocolares que intentan, para la degradación de la experiencia, soldar una escritura y una coyuntura relacional.

"Por 'dramatización' entiendo, discretamente, el equivalente de lo que podría llamarse, en lenguaje sadiano, un ceremonial perverso. Efectivamente, todo se centra en el pasador.

"¿Según qué criterio puede un analista didacta medir la capacidad y la aptitud de discernimiento de uno de sus alumnos que, acostado en el diván, está viviendo el Pase, y al cual se lo designa bruscamente pasador? Entre un pasante y un pasador ¿qué van a

decirse durante cuánto tiempo? Por cierto, nada de eso se precisa inicialmente.

"Usted leyó o escuchó algunos testimonios. Ya tendrá la oportunidad de recoger otros. En realidad, lamentablemente, la cosa no dio pie con bola ni de manera cómica ni dramática. Pero como Lacan no estaba inscrito en el Samu, los juegos de espejos pasionales y agresivos entre pasante y pasador podían transformarse en cualquier otra cosa.

"¿Al no le comentó que tuvo que llevar a su pasador a un bar y tomarle la presión arterial?

"Por cierto, el Pase existe, pero no *in statu nascendi*. Es fácil sentarse en un sillón para saber cómo uno se siente allí. Pero conducir un tratamiento analítico es otra cosa.

"La tradición establece que, para hacer un primer análisis como practicante, debe haber alguien que controle, pero ese alguien no debe ser el maestro del sujeto. Aunque Lacan nunca estuvo de acuerdo con lo que, en la jerga del ambiente, se llama control opcional, es decir el que se hace con el propio analista. Pero ¿por qué no? De todos modos, siempre hay que hacer dos controles. Allí las cosas empiezan a complicarse. Para entender eso, tendría que leer el acta de fundación del Cuarto Grupo y extraer lo siguiente: '¿Cómo hacer que la rutina de los analistas bajo control se convierta en la posibilidad de un acceso a lo más difícil de la posición psicoanalítica, es decir, la que debe sostener un candidato, cuestionado por el discurso de un cuarto sujeto ausente cuando, en diferido, debe hablar de eso a un analista que no es el suyo?'

"Esa es la más larga y dura de las interdisciplinas. Lacan mismo terminó plegándose a ella un día. Por suerte, en Francia, al principio, la Internacional había delegado en Rudolf Loewenstein la responsabilidad de analizar a todo el mundo en seis meses. En esos tiempos heroicos nadie tenía nada que ver ni que decir. Como escribí en *La Chaussée d'Antin*, Lacan también se convirtió en *the man I low*, como Loewenstein.

"Pero, después del Pase, el problema de la reeducación quedó en suspenso.

"¿Reeducarse de qué? ¿De la falta de ser? ¿De la carencia de amor? ¿De eso que se llama la neutralidad benévola? ¿Del hábito adquirido del silencio profesional? Todo eso es una manera de 'despsicoanalizar' a la gente y, al mismo tiempo, de descubrir lo que

escapó a las diversas investigaciones psicoanalíticas realizadas por cada uno ya que, después de que el análisis se considera terminado, es cuando surge lo inanalizado. Hay un ejemplo de eso en un texto de Lucien Mélése, *Voies royales ou forêt vierge*; pero también hay muchos otros.

“Finalmente, eso nos lleva a la diferencia esencial entre el acting-out y el paso a la acción. Cuando hay confusión o coagulación entre lo Real y lo Simbólico, en el sentido lacaniano del término, se puede pasar del acting-out, es decir de la fantasía, a la realización, aunque sea mortal. En los casos graves, allí es donde se juntan la libido y el instinto de muerte. Por eso, le decía hace tiempo a Lacan: “Vivan los ciento veinte días de la Escuela”, haciendo alusión al marqués de Sade. Eso ocurrió en 1969, durante el congreso de Lutecia; ya se lo conté.

“En definitiva, se puede comprobar que los que pasaron esas pruebas certifican que son infinitamente peligrosas y mortíferas. Un coprófago encuentra placer sin castillo y sin prisión. ¿A dónde se lo puede poner? ¿Por qué no en el zoológico de Vincennes? ¿Ustedes vio ‘La gran comilona’? Se trata de algo así.

“Lacan hablaba a menudo del hipopótamo. Esos animales hacen campos de esparcimiento submarinos para depositar los excrementos. Nosotros hemos inventado el todo-a-la-cloaca.

“Además, todos saben desde hace algún tiempo que el trabajo del analista puede convertirse en un basurero. Sólo el fuego lo purifica todo. Por eso en el archipiélago hay un crematorio para la mierda de los humanos y la de los difuntos. Cerca del volcán la lava quema y también lava y protege las civilizaciones destruidas, como el caso de Pompeya. Sobre ese tema le recomiendo que relea a Freud.

“En resumen, se necesitarían las leyes de la armonía y de la música, la cual endulza las costumbres. Pero hay pocos analistas músicos, Santa Cecilia ruega por ellos.

“Por eso, en el archipiélago hay una escuela de música y un centro de estética. . . Intento de restablecer el honor de la Antigüedad y de Platón, es decir, intento de una ética de la belleza y de la forma. Es para meditarlo. También se preconiza el deporte: *hay que tomar la bola de un salto*. Voleibol, tenis o deportes en equipo. . . poco importa. La práctica confiere destreza y obliga a la anticipación. Adivinar la intención del compañero o del adversario

es una excelente disciplina: es el equivalente de lo que, en análisis, es la intervención de la reactivación (*relance*).²⁵

“Hace tiempo, Lacan desarrolló esos temas —el tiempo de comprender y el momento de concluir— en un teorema célebre. Se lo contaré de nuevo. Se cuelga un disco blanco o bien un disco negro en la espalda de tres prisioneros. Todos pueden ver el de los otros pero no el propio. El primero que diga cuál es el color de su disco salvará su vida. Uno lo logró. ¿Cómo lo hizo? Sobre ese tema, léalo a Lacan en *Le Temps logique et l’assertion de certitude anticipée*.²⁶ Allí el tema está perfectamente desarrollado.

“Pero pronto se abusó de eso. Al terminar una sesión de análisis, Lacan transmitía lo que no había escuchado ni entendido a través de un juego de palabras o de un apretón de manos. Salía del paso así. A veces se contentaba con decir hasta luego. ¡Ah! ¡Qué bien sabía manejar a la gente! Todos estaban tan fascinados con su persona que, a veces, sólo iban a hacerse *inutilizar como una estampilla*. Así se era lacaniano, sobre todo en los últimos tiempos. Si los pacientes de Lacan sufrían por eso en cuerpo y alma, cuando a ellos les tocaba ser analistas, sus propios pacientes pagaban las consecuencias del análisis del analista con Lacan. De allí, una multiplicación exponencial.

“Por eso, *la noción más dudosa y menos freudiana que hay en Lacan es la de la transferencia de trabajo*. Es conocida la antinomia radical entre el *Arbeit* y el *Lust*, es decir, entre el trabajo y el placer. Como lo escribí en la Introducción de *La Chaussée d’Antin, la Durcharbeitung* sólo está en su lugar en el hueco de una amasadora con levadura. Cuando el trigo sale del molino, *ESO empieza a trabajar*. . . Y da lo mismo que haga la masa el obrero, la mujer del panadero o el panadero, siempre en la desgracia’.

“Lo cual quiere decir que la expresión ‘transferencia de trabajo’ es una herejía freudiana pero que, una vez nombrada, se vuelve efectiva. Claramente eso quiere decir que se utilizó la transferencia para lograr un efecto de seducción como tal. Como dijo Denis Vasse, ‘toda enseñanza tiene su origen en una seducción. Lo importante es saber dónde detenerse’.²⁷ En Lacan, no es un efecto fortuito sino una conducta sabiamente dirigida, a partir de un desprecio narcisista total por los otros, por los hombres y las individualidades.

“Pero volvamos a Freud y a *Inhibición, síntoma y angustia*.²⁸ Allí cuenta la historia de la cocinera que hace huelga porque se

acuesta con el patrón, lo cual trae a colación otro ejemplo, el del rufián y la prostituta. Usted sabe que ésta tiene prohibido gozar con los clientes; debe hacerlo sólo con su hombre.

“Si el análisis didáctico es el psicoanálisis puro, hay que medir el golpe de Lacan en función del *costo* freudiano ya que, en la Escuela Freudiana, todo estaba concebido como un ceremonial perverso. Lacan confesó en el congreso de Deauville: ‘Los alumnos no interesan para nada’.

“En una trasposición, todo eso podría llevarnos a encontrar la problemática marxista del capitalismo: valor de uso, valor de intercambio y plusvalía. Si el trabajo se convierte él mismo, como decía Klossowski, en el valor placer, o bien en el valor goce, ese mismo valor objetivado en un sistema de intercambio posible, surge algo muy conocido: *es lo que se llama el derecho de huelga*.

“En mi opinión, Lacan estaba viviendo una etapa de pleno odio-amoroso por la IPA. Esa era su psicosis: negrero en potencia y temeroso de la muerte. De allí sus períodos de estenia y de astenia, en la clasificación de Krestchmer.”

XII

Donde se accede a la cosmogonía de la falta de ser y al alma del síntoma. . . Donde se trata el papel de cierta función paterna. . .

Decididamente, la muerte de Lacan ponía a Perrier conversador y modificaba el tono de sus declaraciones. El Pachá, cada vez más incómodo entre la curiosidad y la urgencia de volver a París, no lograba decidirse. Ya no era tanto el encanto de ese hombre pintoresco lo que lo retenía en la isla, sino una fascinación un poco confusa por ese mundo extraño que le describía, donde se mezclaban zombis y vivos, fantasmas y sobrevivientes, rodeados de estrellas que, a pesar de no ocupar la primera página de la prensa sensacionalista, no por eso dejaban de ser menos intrigantes.

Sin embargo, sin ninguna duda, hubiese tenido que regresar a París desde hacía ya muchas semanas. Su mujer lo amenazaba con dejarlo. Ahora ella le escribía cartas agri dulces donde le hablaba de su repentino interés por la Translacania. . . El, que creía que había terminado con la vida nómada y sus inconvenientes descubría, sin animarse demasiado a confesárselo, que tenía una especie de viruela. Sabía que, de ahora en más, no podría deshacerse de la mosca analítica como lo había hecho con los otros temas de investigación.

Intentó débilmente hacer un esfuerzo para presionar el desarrollo de lo que se había convertido en una investigación. Vana tentativa. Con el conocimiento que le había aportado la experiencia de las semanas anteriores, sabía que difícilmente se podían dirigir las palabras de Perrier y que, de cierta manera, eso no hubiese encuadrado con la disciplina de la cual se trataba, a saber, la del análisis.

Le hubiera gustado saber más sobre la relación de Perrier con Lacan, pero Perrier, según su costumbre, se lanzó en una hábil digresión.

“Pertenezco a una generación que no conoció el nudo de Borromeo. Sólo sé que si queremos comparar el odio-amoroso con el nudo de Borromeo, este último es una figura topológica. Pero la gran invención de Lacan es el RSI —Real Simbólico Imaginario—

que data de un día en que recibió una carta de Eissler en la que le decía que, como había renunciado a la SFP, también lo hacía en la IPA. Era el 8 de julio de 1953. Ese día yo estaba en Sainte-Anne. Lacan decía: 'Un hombre joroba, descarga y morfa'. Era el inicio del RSI en perjuicio de Henri Ey. Tuvieron que pasar aún veinte años antes de que Lacan pusiese el RSI en equivalencia. Durante el primer período, creía que podía tapar los efectos de lo Imaginario con lo Simbólico. Pero, veinte años después. . .

"Como verá, todo pasa por el 'objeto a'.

"Hay dos concepciones diferentes. Al principio, es un concepto puramente algebraico: *a* es una letra. Luego eso se convierte en el objeto inicial, inicialmente perdido, es decir, en el objeto imposible de volver a encontrar. Por lo tanto, es el homólogo de lo real y los dioses, en plural.

"Aparentemente ese objeto irremediamente perdido sólo encuentra una posición, un lugar propios, con el nudo de Borromeo, porque dicho nudo es una escritura que pone en equivalencia los tres términos R, S, I. Ninguno prevalece sobre el otro. (Esto no está demostrado.) Lacan murió antes de haber logrado formalizar esa escritura ya que el álgebra no llega a notar las diferencias de presentación.

"¿Qué matemático lo logrará? Pierre Soury estaba trabajando en eso, pero se suicidó antes de morir Lacan. Por otra parte, muchos matemáticos que trabajaron con Lacan murieron por eso.

"Lo que se sabe de un nudo es que se trata de una cuerda cuyos extremos se juntan (los marineros lo conocen bien). El nudo de Borromeo es otra cosa, ya que es un nudo en el espacio tridimensional. Como en anatomía, esas dimensiones son la vertical, la horizontal y la sagital. El cuerpo no es una esfera. En *Scilicet*,²⁹ Lacan dice cuando habla del nudo: 'Lo que caracteriza el interior y el exterior del cuerpo son los desechos, es decir, la mierda'.

"Encontramos constantemente la trinidad, sobre todo en el campo sexual. El presunto misterio de la divina trinidad refleja lo que hay en cada uno de nosotros e ilustra en particular el '*conocimiento paranoico*', según los propios términos de Lacan. En una palabra, con el nudo de Borromeo y la referencia constante al *Zero et l'Infini*, de Koestler, Lacan quiso inventar una *cosmogonía de la falta de ser*.

"Freud decía que el análisis era una 'paranoia razonada'. Ese aspecto existe en el análisis. El análisis por sí mismo confirma que

de esas tres categorías, R, S, I, los mejores representantes son locos. 'Los locos totales no dudan un solo instante de estar en lo real. Eso se podría prestar a bromas con respecto a la divina trinidad porque no es tan chiflada, si dios chifla. Por eso debe de haber un cuarto término', dijo Lacan.

"En realidad, en la base de todo está el complejo fraterno en forma audiovisual o, más bien, visoauditiva. La palabra nace en los ojos del bebé que sonríe cuando la madre sonríe y habla. Como tarde o temprano hay otro niño al que se envidia, el tercer otro está allí. Pero eso sólo ocurre a través del objeto parcial: el pezón, la tetina, la bobina del *Fort-Da*, el chupetín del hermanito o el del amiguito.

"Así, en la mierda, el pis, la leche y los cuidados corporales se encuentra irremediamente el R, S e I, que se pueden representar con un nudo de Borromeo. El falo aparece después, con el Nombre del Padre y el Edipo.

"Esa es otra trinidad con múltiples variables y con una sola constante: $3 = 2 + 1$.

"Además, con respecto al Nombre del Padre, sólo sabemos que en dos oportunidades, con un intervalo de veinte años, Lacan hizo un seminario: primero, sobre los Nombres del Padre, en lo de Jean Delay, que lo interrumpió porque no quería que el anfiteatro, en plena clínica de la facultad, fuese invadido por la multitud heteróclita de los oyentes de Lacan; luego hubo otro, en la sala del Panteón, con un mal juego de palabras sobre 'los No Inocentes erran'. Eso fue casi una jerganofasia de un viejo canceroso.

Se dijo que Lacan había tenido problemas con la función paterna. Oficialmente no se sabe nada, pero eso aclararía la forma en que insistía en los nombres del padre, esa curiosa conducta que, durante toda la vida, lo llevó a hacerse glorificar y rechazar. Más que una paranoia perfecta, como dijo Al, ¿acaso Lacan no había desarrollado una paranoia de autocastigo con respecto a la IPA? En resumen, le dio muy buenas armas al enemigo para que lo batiese.

"Cuando se recorre la carrera de ese marginal que era Lacan, puede verse que pasó todo el tiempo haciéndose odiar y expulsar. ¿Qué se puede pensar de un hombre que se las arregló para ser destituido de la Sociedad de París en primer lugar, cuando era presidente, y luego de lo de Jean Delay y de la calle de Ulm, para ir a refugiarse al Panteón?

"El Panteón, lugar de muertos ilustres.

"Además, ¿por qué no quiso ser miembro del Collège de

France cuando se lo propusieron? ¿Acaso porque despreciaba los honores? ¿Por autocastigo narcisista? ¿Por qué, con respecto a la Internacional, siempre se comportó como maestro marginal y como colega rechazable? ¿Cómo es posible que con la labia y el genio que poseía se haya podido mostrar tan pobre y tan breve cuando lo interpellaron a propósito de las sesiones ultracortas o puntuales?

“En mi opinión, Lacan desarrolló lo que él mismo llamó en su tesis una paranoia de autocastigo, lo cual no disminuye en nada sus méritos científicos.

“Cuanto más envejecía, más solo se encontraba en esa soledad poblada de la Escuela, y más se empecinaba en vivir en la exageración. Solía exhibirse a gusto y placer con una capa color pasa-muralla, como hubiese dicho Marcel Aymé.

“Nosotros nos apresuramos a alejarnos de él para escuchar todos los chismes. Pero ¿por qué ese gusto por el escándalo?

“Es fatal que el escándalo llegue, pero desdichado del hombre al que le llega, dijo San Mateo.

“¿Lacan quiso morir como murió? Ese es el interrogante. Por cierto, estaba muy disminuido y pusilánime. Pero hubiese podido dejar un testamento público para orientar el trabajo de sus seguidores, de sus enemigos, de sus amigos y de sus amantes.

“Lacan murió pero sin cortejo fúnebre. Sólo logró legar el cáncer del cual murió. *Legó las metástasis de la falta de ser*. Molière fue enterrado de noche porque los comediantes estaban excomulgados. Cada uno tiene su manera de entrar en la leyenda. La muerte de Lacan se parece de alguna manera a un último insulto surrealista y sadiano a los creyentes e impíos de todas partes y de todo tipo. Una falta de respeto humano.

“Pero, volvamos al Nombre del Padre. No es fácil llamarse Perrier porque el Padre está en mi apellido. Eso me valió muchas afrentas. Antes, la fuente de agua mineral Perrier hacía la publicidad del producto con un dibujo de Jean Effel: ‘Paieriez-vous a boire? Faites-vous donc Pschittanalyser! Ahora, en los afiches de los colectivos se lee: “Es de locos. . .” François Perrier también es el nombre de un actor conocido. Un domingo lo encontré en la casa del padre dominico Albert Plé y nos miramos con hostilidad. No teníamos nada para decirnos, nada en común, salvo la homofonía del apellido.

“Como decía, el padre está en Perrier. En veinte años de buenos y leales servicios, Lacan desconoció u olvidó sistemáticamente

mi apellido. Si busca, verá que en la bibliografía de Lacan no aparece en ninguna parte, después de haber escrito nueve libros y un centenar de artículos. Desde que me conoció como paciente, olvidó mi nombre y casi me prohibió escribir hasta Christian Bourgois.

“Entonces habría que plantearle a Lacan la cuestión del alma para volver a la divina Trinidad y al cuarto término.³⁰ ‘Lo único que me parece que sustantiva el alma es el síntoma’. El hombre pensaría con el alma. El alma sería el instrumento del pensamiento. ¿Qué haría el hombre con ese presunto instrumento?

“El alma del síntoma es algo duro como un hueso. Creemos pensar con el cerebro.

“Yo pienso con los pies. Sólo allí encuentro algo duro. A veces, cuando me golpeo, pienso con el músculo cutáneo de la frente. Vi muchos encefalogramas como para darme cuenta de que no hay ni sombras de pensamiento”.³¹ decía Lacan.

“También sabemos que Lacan no analizaba el cuerpo. Por eso, hubo muchos de sus alumnos que hicieron *somatizaciones*. Yo soy el ejemplo típico. Aún hago somatizaciones. Pero escapé al suicidio gracias a mi estructura histericofóbica de nacimiento, a mi gusto por la belleza, la música y el amor. El psicoanálisis es un asunto de tripas.

“¿Usted sabe lo que es el miembro fantasma, Pachá? Es esa afección que los neurólogos y los amputados conocen muy bien. Es el dolor que se siente en la pierna o en los dedos del pie cuando el miembro ya fue cortado. . . Así es la cruel realidad de la vida. Pero se puede tomar eso de otra manera: ¿un miembro fantasma no es acaso el efecto de un fiasco stendhaliano en ocasión de amores muy espaciados?

“Porque el cuerpo también se analiza. . . Al respecto, le aconsejo que lea *Les Corps malades du signifiant*.³² Después de la muerte de mi abuela, mi progenitora, Victoria, desarrolló hasta el día de su muerte, acaecida cuarenta y cinco años después, una grave rectocolitis hemorrágica (RCH), afección psicosomática muy severa.

“Mi interpretación es la siguiente: el intestino grueso tiene una parte ascendente o transversal y una descendente hasta el ano. En la RCH la parte descendente sangra mientras que la parte ascendente retiene la materia fecal. En resumen, se sangra en lugar de defecar. Ahora, seguros de la lectura de Freud, recordamos que, para el niño, los bebés nacen por el trasero de las mujeres. Son los bebés caca.

“En mi opinión, la RCH es el duelo del niño edípico de la madre, asociado con el duelo de la virginidad. Sangra en lugar de expulsar un bebé caca, el del padre. La prueba de eso es que, cada vez que nacía uno de mis hijos o nietos, la hemorragia de mi madre se interrumpía milagrosamente. En resumen, la RCH es un equivalente somático de la melancolía, el duelo de las ilusiones perdidas. No me atreví a hacerla tratar con electrochoque, puesto que no consideraba a mi madre como un animal de experimentación, como Lacan sí consideraba a sus alumnos.”

XIII

Donde Suzanne, de Tréhenne vuelve a aparecer y toma el relevo.

Aquella tarde, Perrier estaba visiblemente cansado de hablar de Lacan o simplemente de hablar. Además, ¿acaso no se había alejado de Lacan en 1969 por la cuestión del Pase? Por lo tanto, sólo podía contar de oídas lo sucedido durante los años siguientes. Deseoso de saber más, el Pachá volvió a ver a Suzanne de Tréhenne que parecía estar bien informada sobre el Pase. La encontró mucho menos deprimida que durante el primer encuentro. Volvieron juntos a buscar a Perrier.

“Usted mismo, dijo, como los pasadores de Lacan, inducen a continuar con una charla inconsecuente, simplemente porque usted, Pachá, es extranjero, un extranjero doblemente noble porque es marino y formula preguntas para obtener respuestas.”

Esa curiosa reflexión sorprendió al Pachá.

“Pero sí, insistió Suzanne, usted presta atención a lo que le digo y no se niega a escuchar. . .”

El Pachá estaba cada vez más confundido. Entonces Suzanne, con un ligero movimiento de pudor o de molestia, dijo:

“En la transferencia con Lacan, a partir de un determinado momento, el análisis se desarrollaba en medio de una ‘extraña desesperación por hacerse oír’. Eso es lo que se describió en el jurado de consentimiento. Si los siete, esos grandes ‘nobles’, se callaban era porque ya estaban acostumbrados a hablar en vano, ‘a pura pérdida’. Sin embargo, si uno de ellos osaba intervenir en favor del candidato o en contra de la opinión de Lacan, era más para salvaguardar el honor que para forzar el diálogo. Demasiado tarde ellos mismos, los más fervientes partidarios de Lacan, confiesan que, desde hacía muchos años, ‘ya no había ninguna comunicación’, ya no podían hablarle. Sin embargo, perseveraban en analizarse interminablemente con él.

“Además, al mismo tiempo, colaboraban en la dirección de la Escuela fundada por Lacan y cumplían funciones docentes. También realizaban con él una experiencia de control colectiva o perso-

nal. No podían pensar jamás en un distanciamiento, puesto que los vínculos en los campos del poder, del saber, del 'ver' a través del control y del 'hacer' a través de la práctica estaban reforzados por la relación silenciosa de dependencia que se alimentaba en las sesiones de análisis.

"De todas las relaciones entre maestros y discípulos, entre jefes y subordinados, en ninguna se ejercía tanta autoridad como en ésta. Incluso en la Iglesia, la dirección espiritual no coincide con la autoridad institucional y el secreto de confesión —situado en el campo de la conciencia— resguarda la intimidad de la mirada del superior.

"En el caso de Freud existía la misma ambigüedad de registros, pero él hacía análisis didácticos muy cortos. Lacan los hacía muy largos con sesiones muy cortas. Los descendientes de Freud, finalmente, lograron examinar la lógica libidinal de la transferencia a la que sus alumnos se sometían mientras que, hasta la actualidad, la transferencia con Lacan era *tabú*. Cualquiera que osara cuestionarlo corría el riesgo de sufrir graves contratiempos: hostilidad violenta de los colegas, angustia y agresividad de parte del mismo analista tocado en su pasión inanalizada.

"Así, desde el momento en que se cuestionaba esa dependencia del analista, llamada 'el deseo del analista', los tratamientos quedaban bloqueados en un no-recibir, o bien se tendía a finalizarlos o a tratar la eventualidad de ese fin. Los sujetos poco neuróticos o inanalizables se desprendían un día u otro. Pero los que tenían vínculos narcisistas profundamente enraizados en una ascendencia patológica, sólo encontraban allí la repetición de las trampas de sus propias historias. Entonces, al deprimirse, algunos unían su propia voz al concierto de slogans cínicos, despreciativos o desesperados en los que se escuchaba el privilegio de una dependencia tan gloriosa. Otros hacían somatizaciones, o se mataban trabajando, o caían en toxicomanías más o menos importantes. También estaban los que reproducían miméticamente, con el entorno y la clientela, la relación que tenían con Lacan.

"Como ve, ese espacio se organizaba como una pirámide cuya cúspide era Lacan: *todo partía de él y todo volvía a él*. Incluso la elección de los pacientes. El podía rechazar a un candidato como apropiarse de un visitante o convocar a gente que le interesaba. Era difícil negarse a esa elección.

"Los primeros discípulos de Lacan quedaban atrapados alre-

dedor de él en todas esas relaciones complejas. Después, cada uno de ellos se encontraba rodeado de sus propios pacientes, con todas las interferencias creadas por el medio y con su propio proyecto didáctico que pronto entraba en contraposición con el compromiso de un análisis. Todo el mundo se cruzaba y participaba en los seminarios. La escena del análisis se desplazaba, se duplicaba en los controles —conducidos según el modelo de las sesiones— luego se extendía hasta lugares ambiguos como Vincennes o Sainte-Anne.

"Esos procesos constituían un caldo de cultivo favorable a los 'actings' y a los 'pasajes a la acción' que se agregaban a las extravagancias de los analistas o se confundían con ellas. Todo eso coexistía con las sesiones sin que fuese trabajado en ellas. Sólo se trataba la lógica de la fantasía y no su desplazamiento a la realidad. Nuevos modelos imaginarios se formaban a través de las ideologías de moda y eran asestados con el dogmatismo propio de los funcionarios y los militantes.

"En esos análisis de sesiones breves se disparaba sobre la naturaleza de la gente en quienes la angustia llegaba al colmo en pocos instantes, sin que pudiesen ponerla en palabras dentro del encuadre analítico. Lo que no habían podido decir, a veces se lo hacían a otros a ellos mismos."

Profano inteligente y curioso, pero profano al fin, el Pachá pensaba que lo único que podría animar a Lacan era el "placer maligno". Suzanne de Tréhenne tenía otra interpretación:

"Lacan recurría a las técnicas del zen. Aliaba a su jansenismo hereditario —'el yo es odioso'— cierta provocación surrealista y, quizá, también una sed de destrucción probablemente vinculada a su propia patología, acentuada por la edad, y a su necesidad de anejió narcisista. La lingüística le proveyó un sistema coherente con la búsqueda que realizaba.

"Vista desde afuera, la técnica parecía ser estrictamente arbitraria. Le otorgaba una importancia extrema a la menor intervención: *el entrecejo fruncido, un gesto cualquiera ya eran un mensaje*. La gente se llevaba consigo ese tesoro: un signo, un gruñido, una palabra, una caricia en la mejilla, un rechazo, el hecho de haber sido llamado antes que todos, el de haber hecho antesala durante una hora, etc. Ese clima saturado de espera sorprendía constantemente. Además, como Lacan no decía nada, o muy poco, todos los gestos

que hacía se interpretaban, hasta el más ínfimo de los signos; la presencia corporal *profundizaba* ese vínculo que presuntamente se reducía al puro significante lingüístico.

“En fin, como corolario de toda esa confusión, las respuestas que no daba en las sesiones interrumpidas salpicaban el seminario como mensajes personales más o menos codificados, de manera que, una vez más allí, la experiencia de la investigación personal y la asimilación de la enseñanza se confundían en una amalgama inextricable.”

Ante los ojos del Pachá, Lacan se presentaba ahora como un maestro en el arte del teatro, del juego y de la puesta en escena, pero Suzanne de Tréhenné le aclaró que no había que confundir:

“Si en realidad se trataba de una escena, era aquella en la cual Lacan montaba para él mismo una repetición inconsciente y una fantasía, que sus esfuerzos teóricos y el interés por la paranoia no alcanzaban a simbolizar en el ‘discurso’. El lugar que ocupaba, la autoridad que ejercía, al mismo tiempo que decía ‘soy hablado’, la manera compulsiva de inducir rivalidades mortales entre los muchachos, la avidez escópica (quería ver todo y estar informado de todo), les podía haber revelado a los más lúcidos que Lacan se identificaba con una madre todopoderosa —una madre Iglesia, una madre papista— e, indudablemente, también les podría haber revelado la existencia de un conflicto íntimo entre esa mitad hiperbólica que imponía sin freno, sin ley, convirtiendo en fetiche la noción de Deseo y, la depresión, el vacío, el desierto melancólico de Lacan de lo cual daba testimonio la Ética, cuyo veneno inoculaba a los pacientes depresivos.

“¿Entiende cómo, dentro de esa lógica, los pacientes discípulos no podían dejar de imitarlo puesto que, al estar silenciosamente vinculados al ser de Lacan y vaciados de sí mismos, se apropiaban de su pensamiento? Ellos también empezaron a elegir a los pacientes, a sentirse analistas únicos, irremplazables, salvo en el caso en que le remitían sus reclutas a Lacan mismo, en un ‘pase’ más o menos límpido. Para ellos, Lacan era el primero y el último, era otro Freud, el Otro de Freud.

“A partir de esa certeza, cuando un analista decreta el final del tratamiento, el paciente le cree. . . porque eso dura largo tiem-

po, porque quiso irse muchas veces, porque supone que el analista sabe lo que hace. Si esa decisión no es conveniente, el paciente no puede ni quiere saberlo. El final del análisis está en manos de una sola persona que puede no autorizar el final o provocar la ruptura violenta en el paciente.

“Los alumnos, que no se separaron del maestro, ignoran el desprendimiento y creen poder decretar el término a partir de referencias teóricas, después de haber prolongado a la fuerza ciertos tratamientos, sin analizar la dependencia regresiva que se instaló allí, como en el caso de la propia adherencia a Lacan.

“El silencio en torno de esa separación deja a los pacientes amarrados a un apego inconsciente que los priva de la fuerza necesaria para reestructurarse y para volver a cargar sus propias vidas porque *renuncian a esperar*.

“De esa manera se transmite el vínculo que une al analista mismo con su propio analista. Ese vínculo se esconde profundamente y se niega bajo la fraseología de la ‘pérdida’ cuya única experiencia legible se refiere a la vida imaginaria y erótica del paciente, mientras que la pertenencia libidinal, más allá de la desesperiación, se organiza en duplicación, en una serie de sustituciones justificadas teóricamente y nunca analizadas por carecer de conceptos no censurados y de un deseo de verdad lo suficientemente fuerte como para desenmascarar a esa figura de maestro padre cuyo reverso libidinal estaría en un abismo letal (“la forclusión del cuerpo materno y la negación de la separación”).

Dubitativa e interrogativamente el Pachá planteó la cuestión de la deontología que lo azuzaba desde hacía rato. Para Suzanne era claro.

“De eso ni siquiera se hablaba. Durante esos años, hasta el más curtido de los docentes tenía miedo. Hablar de deontología causaba risa. Se argüía que el análisis no era terapéutico; se hablaba de la Ética de Lacan. Pero lo que circulaba era una estética del cinismo, un espíritu de superioridad, un rechazo condescendiente de todas las referencias al sentido común, a la realidad, a los ‘valores’, a los ‘referentes’, a todo eso que el hecho de ser el ‘significado’ permite evitar la dura ley del ‘significante’. En el seminario sobre la Ética ya aparece la lógica, llevada más tarde al absurdo por el lacanismo. Es una ética del desafío. . .

“— ¿Pero no una impostura?

“... el desafío de aceptar la impostura casi revelada, semianunciada. Pero el lado iniciático cultivado, el hermoso estilo, la complejidad de las referencias, la oscuridad del texto ocultaban la mecánica doblemente obstaculizadora, es decir las afirmaciones contradictorias que poblaban el discurso y lo volvían perverso como *discurso normativo*. La transferencia ciega hacía de él un discurso normativo. Se lo citaba textualmente. . . lo mataban a uno a citaciones.”

Perrier había hablado de suicidios. . . El Pachá empezaba a distinguir los componentes de esa atmósfera pesada que había percibido.

“Pero entonces, dijo en tono indignado, ¿esos suicidios no conmocionaron a nadie? ¿Ni siquiera al ambiente analítico? Entonces, se abandonaba a las personas en peligro.”

Suzanne hizo un gesto de cansancio.

“Solía decirse: ‘Era melancólico’. Se imitaba el silencio de arriba. Pero se trataba de sacar fuerzas de eso para salvarse uno mismo antes de que fuera demasiado tarde. . . a la manera de los fumadores que asisten al entierro de un canceroso. Por ejemplo, una de mis amigas se suicidó. Pensamos que el Pase la había vuelto frágil. El silencio prolongado, el fracaso, el abandono, la decepción a causa de la confianza que había depositado en algunos ‘jueces’, la habían hecho caer en una neurosis de destino: ¿se habría identificado con un muerto al cual ella reemplazaba en su familia? ¿Acaso era eso? ¿Cómo saberlo? ¿O acaso fue por la *apología del suicidio* que también circulaba y que le dirigieron amistosamente? Otro joven científico que Lacan utilizaba como profesor, a causa de estar acorralado entre el maestro —que era su ‘alumno’— el analista, alumno del maestro, el editor y el yerno de Lacan como otro editor, sólo dejó de él mismo un cadáver desnudo y anónimo que fue encontrado en la morgue, en definitiva, ‘desubjetivado’. . . Hubo otros suicidios históricos como el de Lucien Sebay. . . En realidad, sí, se trataba de casos de abandono de personas en peligro. La ética del análisis que así se sustentaba implicaba el riesgo de morir. Era la Herencia del Gran Juego surrealista agravada por el delirio estructuralista posterior a la crisis de 1968.”

“Hubo cuatro elementos de perversión que intervinieron en el análisis lacaniano. En primer lugar, la referencia al surrealismo

que era embriagadora y que, para Lacan, era la nostalgia de las relaciones y ambiciones de los años 30.

“Algunos se mataban. Otros escribían su propia historia. El surrealismo también tenía influencia en eso. Laure³³ era una supermasoquista que había perdido cuatro hermanos en la guerra. Esa mujer era víctima de una culpabilidad inconsciente e insuperable. La audacia y el talento de Laure fueron ejemplo de una ética que consistía en el trastrocamiento de un catolicismo basado en el sacrificio y que arrasó todo el siglo XX.

“El segundo elemento de perversión era la presencia oculta de Bataille en el universo de Lacan. Vivió tratando de emular a ese doble jamás nombrado. Entre ellos dos había, por cierto, una mujer: Sylvia Bataille.

“El tercer elemento fue la escisión y los acontecimientos de mayo de 1968, esa especie de paso a la acción que, a lo sumo, era más bien gracioso. Todos los pacientes de Lacan estuvieron en las barricadas con los hijos, sus propios hijos, contentos de tener que vérselas con los policías, pero incapaces de rebelarse contra Lacan, el maestro. Estaban todos alucinados. Tiraron la corbata de moño y el traje burgués y se vistieron con baba-cool. La única violencia que existía era la de los policías y la única autoridad que reconocían era la de Lacan.

Poco a poco nació la teoría de los Cuatro Discursos y el discurso analítico empezó a tapar a los otros, es decir que se desmontaba, se ponía en su lugar a cada discurso ya sea ‘universitario’, ‘histórico’ o ‘del maestro’. Luego el discurso analítico los integraba y los reducía. *Lo que Lacan enseñaba para la práctica de la cura se trasladaba a toda la cultura*.

“Después de 1968, Lacan no tuvo ningún otro adversario. Los alumnos más inteligentes, los más próximos, capaces de rivalizar con El o de discutir, se habían escindido. Los que quedaban permanecían en una adoración pasiva o en una protesta sumisa. Sus interlocutores más brillantes en el mundo del pensamiento habían muerto. Además, había un *desorden terrible* porque la universidad estaba muy mal. Lacan, que siempre había tenido la fantasía, como suponían algunos, de ser catedrático en medicina y profesor universitario, entró en Vincennes y aprobó la presentación de enfermos en Sainte-Anne. Decía lo siguiente: ‘Yo practico el análisis puro y formo analistas con mi propia palabra’.”

El Pachá estaba sorprendido. Al oír hablar a Perrier de psiquiatría, de internado, de Sainte-Anne, creía haber entendido que todos los psicoanalistas comenzaban como psiquiatras, pero acababa de enterarse de que ser médico no era en absoluto necesario.

Efectivamente, Perrier insistió en el hecho de que si el análisis podía transmitirse sólo a través de la palabra, no se trataba de un saber universitario, en un *marco libidinal*. Para él, la falta de ser sólo era una desidentificación.

Suzanne de Tréhenne continuó:

"Poco a poco, el discurso analítico de Lacan se convirtió en el único criterio de reconocimiento. La clínica sólo era el marco de ejecución. Progresivamente, conoció el goce, también atroz, de buscar solo —puesto que rechazaba a los interlocutores— y de dejarse interrogar constantemente por un pensamiento que ya no era *freudiano*, sino *ontológico y teológico*.

"Lacan jugaba con los conceptos, lentamente, como un jugador. Luego, lanzaba un axioma y la jauría se precipitaba sobre ese axioma como los perros sobre una liebre.

"Al año siguiente inventaba otro teorema que concentraba de nuevo toda la atención. Todos volvían a arremeter, se lanzaban sobre el libro, roían los seminarios, leían literalmente, se informaban ávida y penosamente sobre los referentes. A partir de ese momento, los axiomas salían del contexto y formaban un catecismo extraño sin ton ni son. Todo lo que allí se decía contaminaba la vida real que se sometía a la estética y a la ética absorbidas muy rápidamente. Ninguna contraprueba escapaba al desprecio o a la negación de la realidad."

El Pachá movía la cabeza, como si le costara entender: le estaban describiendo a intelectuales, a gente que, en principio, piensa y practica el espíritu crítico, como si fuesen miembros gregarios de una secta. No entendía la falta de reacciones. Por otra parte, ante el relato de Suzanne, debía confesarse a sí mismo que casi había dudado del de Perrier. Además, le parecía que no había habido suicidios conocidos, o bien muy pocos. . . Quizá fuesen suicidios anónimos. . .

Una turista, que había venido a escuchar la conversación, intervino entonces y dijo que, en ese caso, los analistas parecían bebés.

"Los analistas son como bebés, volvió a decir Suzanne, pero nadie quería saberlo. Sólo estaban 'sometidos al significante', a los *efectos del significante*. No tenían cuerpo, ni infancia, ni antepasados. Muchos suicidios físicos pasaban inadvertidos. Son las escorias de la inútil terapia.

"Pero los más importantes son los *suicidios libidinales*. En el ambiente analítico vimos vagabundear a gente completamente devastada, obligada a tener que fabricarse un narcisismo prestado, atado con conceptos lacanianos, a construirse una vida libidinal también prestada, de tipo perverso, en la búsqueda de la excitación o del donjuanismo y que se exiliaron completamente de ellos mismos."

Perrier la interrumpió para aclarar que, en su opinión, esa gente eran zombis del lacanismo.

"Sí, agregó Suzanne, en el sentido más fuerte de la palabra: se enterraron vivos mucho tiempo para volverse zombis. Quizá la desaparición de Lacan permitirá que algo cambie para ellos, ya que el vínculo se soldaba con la *presencia 'real'*."

Ahora, el Pachá empezaba a ver que Lacan seguramente se debatía en el pensamiento cristiano. . . La cuestión de la comunión. . . Al menos era lo que surgía de las declaraciones de Suzanne de Tréhenne, quien le confirmó:

"El cuarto y último elemento de perversión en la búsqueda de Lacan era la pertenencia a un pasado muy católico, el vínculo fraternal con un religioso. Probablemente, tenía una madre de clérigo, como él mismo lo dijo muy bien en uno de los seminarios, una madre que 'fabrica hijos feminizados y pasivos'. ¿Acaso esa relación doble, tan espectacular, quizá desencadenaba en él una fantasía inconsciente de antipapa?"

El Pachá miró atentamente a Suzanne: ¿quién era esa mujer para hablar de ese modo? ¿de dónde venía? Si había pasado por todo eso, ¿cómo había podido escapar? En el marco de la seriedad de la investigación, el Pachá no podía dejar de formularle una pregunta, aunque pasase por indiscreto. La interrogó fundamentalmente sobre su formación, y ella respondió sin problemas lo siguiente:

"Fui formada en el diván. Pertenezco al análisis 'laico', el de los no-médicos. Tenía predisposiciones desarrolladas para la neurosis, agudizadas por una práctica artística y una búsqueda espiritual intensa.

“De ese modo, el análisis me ‘atrapó’, como diría Roustang. Me metí en él y viví intensamente la rememoración freudiana en la transferencia y la repetición, la cual — ¡qué inconsciente!— llevó la aventura poética de la palabra y el juego de amor y de muerte de las pulsiones al horror y la soledad, condiciones que, según el proyecto didáctico de Lacan, eran planteadas como lo ‘peor’. En realidad, no podía discernir la naturaleza de esa mutación de la escucha que, bajo el dominio de las consignas teóricas, se produjo durante la cura a causa de lo cual yo también sentí la ‘desesperación’ de hacerme ‘escuchar’ de la que Lacan finalmente se hacía cargo en el mensaje de despedida.

“De ese modo viví, en singular, lo que se manifestaba globalmente en el *efecto Lacan*: una curva ascendente de descubrimiento de la liberación, de progreso, al mismo tiempo que perdía todas las referencias. Luego, una curva descendente donde todo se estrechaba al mismo tiempo que se agotaba el material analítico y me enfrentaba con terribles dificultades repetitivas en mi entorno al sentir la pérdida de todas las referencias, inclusive las del análisis —desmentidas por el analista— y la vitalidad, en una iniciación en cadena adecuada para matar a ciertos pacientes o a sus parientes y para reducir quince años de tratamiento a la vasta repetición de un escándalo inaugural.

“Me llevó muchos años *emerger* de esa resignación a sobrevivir, de ese resentimiento, inducidos por pura repetición de traumatismos originales y bajo el efecto de una perversión ideológica de los compromisos del análisis. Al volver a la vida, por otras vías terapéuticas, comprobé luego que esa ‘práctica’ lacaniana no tenía en cuenta los conceptos e hipótesis clínicos necesarios para poner fin a algunas neurosis de destino o a algunos factores que encierran a tantos analizandos en el masoquismo, según la economía del rechazo de la pérdida y el fracaso del duelo, de lo cual los niños pagan las consecuencias en las familias. Con respecto a las pasiones arcaicas no dominadas, hemos visto cómo se desencadenaban entre los analistas con toda su destructividad.

“Por eso creo que tengo autoridad para criticar, sin llegar a decir ni la mínima parte de lo que vi y oí. Antes, también lo hacía pero a partir de una tímida perspectiva de reprobación, sin llegar a desprender de la orgía teórica los elementos de una argumentación suficientemente sólida como para arriesgar la discusión. Además,

cuando algunos Sobrevivientes piden una ‘segunda porción’, comprobé que también ellos fueron tratados con una crueldad estéril.”

Ella también era sobreviviente pero, aparentemente, estaba menos aislada que Perrier. Suzanne contó que seguía trabajando con colegas que compartían su punto de vista y que se reunía gustosamente con muchos otros separados por los remolinos de la tormenta. Después agregó:

“Ahora las lenguas empiezan a soltarse. La época del duelo ya pasó y podrá llegar la hora de la crítica. En algunos encuentros de analistas ya se matizan o se limitan los dogmas del pasado. Se acerca el tiempo del descongelamiento y de la apertura. Es mejor que así sea.”

Antes de que Suzanne abandonase el tema que, de pronto, parecía fatigarla, el Pachá le preguntó sobre la sucesión.

“En la lógica misma de la transmisión en serie hay muchísimos Lacan. Lacan *bis*, Lacan *ter*. . . Hay una docena de herederos que se nutrieron con la fantasía del delfín y que se destrozaron entre ellos después de la muerte de Lacan, respondió Suzanne. También hay casi la misma cantidad de escuelas con distintos nombres. . . Por último, a partir de entonces, hay muchos pseudoLacan, hembras o machos que, después de haber conocido a la persona o a la obra, copiaron el principio y el modelo de una explotación perversa del psicoanálisis. Son semi-sectas, semi-business. La economía libidinal del grupo está centrada en un maestro en psicoanálisis que aglutina a una multitud dócil destinada a propagar su palabra y volverla rentable. Esas empresas, por lo que sé, tienen redes en por lo menos dos países, Italia y Canadá, las cuales engañan a los poderes públicos y a las autoridades universitarias. Quizá la simiente de ese fenómeno ya existía en la intención freudiana, en la labor ciega de la mirada freudiana sobre sí misma, o bien en la aptitud inherente del psicoanálisis de desencadenar esos demonios cuyos nombres se olvidaron y para los que ya no hay exorcistas. . . Porque simplemente se supone que es lo ‘Real’, es decir lo innombrable.”

La mañana había sido densa y agotadora. El Pachá se felicitaba por haber recogido las declaraciones de esa sobreviviente de ta-

lento. Incluso ella misma parecía aliviada por haber hablado. En la mesa, de pronto, Suzanne dijo, como si sintiese escrúpulos:

“Desgraciadamente, sólo puedo hablar de los últimos quince años. Quizá no me haya sentido atraída por la época de gloria y la epopeya del primer período, entre 1950 y 1970, de la cual tal vez ya le habló Perrier. Durante los últimos quince años, todo lo que Lacan había abierto, enriquecido, iluminado en la elaboración del psicoanálisis se cerró, se secó, se oscureció. Los más creyentes vieron en eso la exigencia científica; los más despiertos, un efecto de entropía y el desencadenamiento de la pulsión de muerte (tan desatinadamente favorecida por la doctrina estructuralista del signifi-cante) en la obra y en la red transferencial ligada ciegamente a la persona de Lacan.”

Entonces Perrier intervino:

“Cuando la mente, como se dice, ya no habla, el cuerpo la releva. Eso les sucede a los niños pequeños y también a los que, a pesar de ellos, fueron convertidos, sádica y perversamente, en niños. Eso también les sucedió a algunos alumnos de Lacan. No a todos sino a aquellos que eran demasiado histéricos para hacer hablar al cuerpo mientras insistían en que era a través de un tercer término femenino, como Freud lo observó en Dora.

“Ese fue mi primer caso de control con Lacan, con Green, Lydia, Stein y muchos otros en un grupo.

“Lacan no decía nada. También estaba Rouart, que creía que al leer interminablemente los informes la gente escucharía algo. Era atroz. Todos dormían. ¡Pobre Julien! Era tan bueno en el fondo. También había muchos otros que eran tan corajudos, tan retorcidos, tan locos o bien tan muertos.

“Lo importante es no confundir *Schicksalzwang* y *Wiedergeburtzwang*, es decir, el Destino y la Muerte.

“Yo prefiero el amor y la apertura, la belleza y la lengua griega. El alemán es tan árido.

“¿Por qué hice somatizaciones?

“Hacer somatizaciones quiere decir que el cuerpo toma la palabra en lugar de la mente, como en el caso de los niños pequeños de los que hablaba Suzanne de Tréhenne.

Aquello de lo que más carecía Lacan es del niño que debió de ser.

“Aún recuerdo al hijo mayor de Lacan en lo de un anticuario, cerca de la Closerie des lilas, y también lo recuerdo en la calle de Saint-Pères en mayo del 68. Parecía un esquizofrénico. Pero, ¡atención! Todos los psiquiatras expertos saben que el único poder discrecional que poseen es el de la inteligencia, el de la humanidad, el del saber y el de la cultura.

“Pero, ¿cuántos son los que aún lo saben?

“Todavía estoy sufriendo demasiado las consecuencias como para no dar testimonio de ello. Quizá sin ton ni son, sin canción báquica, ni canto fúnebre, ni misa, ni nalgas.

“Por el momento, estoy agotado y le dejo la palabra a quien quiera.”

Uno de los miembros del grupo que, desde hacía un momento, se había acercado a Perrier, tomó la palabra y contó una anécdota de la que había sido protagonista.

“Un día, una o dos horas antes de que la asamblea se reuniera, Lacan me dijo por teléfono: ‘Usted presidirá la reunión y al final, en cuanto haya terminado de decir lo que tengo que decir, levantará la sesión sin esperar ninguna objeción. Es muy importante, etc’.

“Yo, como un imbécil, transferencialmente alienado al deseo del maestro, obedecí y actué tal como me lo pidieron. Aquel día entendí en qué medida Lacan despreciaba la autonomía de las personas, el desinterés total que sentía por los sujetos y el narcisismo paranoico que tenía. Jamás pude perdonárselo. En ese momento vi exactamente cómo era su ideología: alienante y desesperada. Representa exactamente lo que detesto, es decir la antividia y el anti-amor que fabrican el *objeto a* a partir de la presuposición racionalista de ese saber-dominar-todo. Si aplico mi esquema racional a la existencia, ¿qué cae? Si, al principio, no hubiese aplicado nada, no hubiera caído nada que hubiese estado al servicio de la existencia. Aquella tarde supe que me había convertido en esa pobre cosa que Lacan siempre quiso glorificar: un falo sin poder.

“Mi propia ideología permite vivir; está al servicio de la apertura. Nada cae de ella; todo se extrae en una educación llena de vida. Gracias, Lacan, por haberme mostrado al amo ‘sajiano’ en la lucha a muerte, en ese narcisismo tuyo.

“Perdóneme por este impulso, pero me pone muy triste ver a tantos colegas dedicados a defender los derechos del deseo conquistador en nombre de la religión lacaniana, cuando, justamente, allí está la ofrenda desarmada de la apertura, tal como se la encuentra en el ejercicio del discernimiento de San Ignacio de Loyola, que se les enseña a los jesuitas.”

Después de decir eso, se fue a dormir la siesta. Esa fue la señal.

Perrier fue el último en levantarse. Dio algunos pasos con el Pachá como para desviar la conversación.

“Como ve, querido Pachá, le dije mientras lo tomaba del brazo, en estas islas se sufre de calor y de falta de agua, un poco como en las islas Eólicas donde el barco cisterna va cada ocho días. Entonces, se produce un gran alborozo porque en el lugar no hay ninguna manera de abastecerse, salvo cuando aparece un contrabandista que tiene de todo a condición de pagar muy caro. Se pensó en instalar una usina para transformar el agua de mar en agua dulce, pero el litro de agua saldría más caro que el litro de nafta o de whisky. Entonces, uno se conforma con hacer pis bajo la ducha y, entre amigos, no importa si estamos sucios. Cuando hace mucho calor, cuando la atmósfera está pesada, se habla de cosas como las que le conté, o como las que usted escuchó esta mañana. Siento nostalgia de Francia, Pachá. Cuando decida irse, lléveme con usted. No olvide que debe desconfiar de su fascinación.”

XIV

Donde el Sobreviviente, finalmente, acepta hablar de Lacan, de su manto de luz y de su interior. . . Donde, después, se quema al payaso. . . ¡Aleluya!

Por cierto, Perrier había planteado el tema de Lacan, que era muy vasto, pero había esquivado, extrañamente, todo tipo de pregunta muy directa, aun cuando siempre volviese sobre ellas. El Pachá había tratado de impedirle que se alejara del tema. Vana tentativa. Lacan siempre aparecía como el centro vacío de un cuadro de composición clásica.

El Pachá oyó que Perrier decía:

“A veces, Lacan triunfó en Francia; a veces, en el extranjero. En el mundo anglosajón, especialmente, no tuvo ninguna influencia. En los Estados Unidos jamás penetró, a pesar de los esfuerzos que hizo para hablar inglés cuando estuvo en Nueva York. A partir de entonces, gracias a las ediciones Seuil y a Jacques-Alain Miller, sus obras fueron traducidas a todas las lenguas. En cierta forma, se convirtió en una empresa comercial familiar. Pero a Lacan es imposible traducirlo. Es un poco como Joyce. Lacan era muy buen actor, a veces poeta, pero no novelista. En él hay una búsqueda y una belleza del lenguaje innegables. Conocía admirablemente el francés y era muy culto. Con respecto a eso no se puede decir nada salvo que sentía un placer maligno cuando no lo entendían. Pero él sabía adónde iba.

“Peor aún: Lacan dijo que ‘ellos’ no sabían dónde los conducía, es decir, a la falta de ser.

“Es cierto que fui el único que denunció la teoría del Pase: conocía los riesgos que implicaba y no podía soportarlo. El acontecimiento desencadenó, en la profesión, primero, el estupor y luego, la curiosidad. Por eso, todo el mundo venía a escuchar a Perrier al Cuarto Grupo porque Perrier hablaba bien, mientras que los otros no hablaban. Al Cuarto Grupo le faltaron psicoanalistas: tenía sobre todo alumnos, particularmente, los desperdicios, los residuos del lacanismo. Yo atraía a los descontentos. Para ellos, yo sabía demasiadas cosas; especialmente, sobre el suicidio. Me hubiese gusta-

do que Lacan publicara estadísticas. Es increíble cómo se suicidaban con él. Por otra parte, él sentía un miedo espantoso de la muerte. Hay una anécdota célebre: Lacan echó a Diatkine porque fantaseaba con la muerte. Eso también es muy serio. Si Lacan mató a todos los que lo siguieron es porque sólo le interesaba el camino seguido por el pensamiento. Los seres humanos no le importaban en absoluto. A través de la seducción que ejercía sobre ellos, despojaba a los enfermos y a los clientes de toda capacidad de autodefensa, o casi. Pero el cuerpo reaccionaba. Así, yo hice muchas somatizaciones y continuó haciéndolas hoy en día. Mi mente soportó mejor que mi cuerpo los diferentes shocks. Pero hay momentos en que la mente ya no puede más. Si antes yo era capaz de reaccionar, hoy en día no.

“Por lo demás, ya no existe el análisis. La gente no supo hacer el duelo de Lacan. Unos, lo adulan; otros, lo detestan. ¡Como si aún viviese! Lacan se pasó todo el tiempo dedicado a no hacerse entender pero a sembrar la inteligencia, es decir, la duda, en los otros, bajo la forma de un ¿quién soy? y de un ¿qué es lo que sé? A veces, Lacan era, efectivamente, un excelente pedagogo. Pero hoy en día, inevitablemente, se habla más del hombre y del fenómeno Lacan que de la enseñanza que dejó.

“Pasaran muchos años antes de que se sitúe a Lacan en su esencia y su pensamiento. Ya nadie saca provecho de la enseñanza, ni siquiera los que lo conocieron y siguieron. Aún quedan algunos buenos lacanianos pero, sobre todo, hay muchos malos. Ser lacanianos, por otra parte, no quiere decir nada. Algunos que lo imitan hacen sesiones breves. Dejó discípulos, pero de mal nivel: un psicoanalista debe dedicarle tiempo al paciente, un tiempo reglamentado, metodológico. Lacan se burlaba de la gente con las sesiones breves; le gustaba provocar. Eso era parte de él mismo, de su enseñanza, de su encanto, si se quiere.

“Tenía muchísimo encanto. Era un esteta, un hombre distinguido, un excelente clínico y un notable psiquiatra y, al mismo tiempo, un individuo pagado de sí mismo y ambicioso. Cuenta que, en su juventud, al llegar al hospital se anunciaba así: ‘L.A. LA C.A.N. CAN. Soy yo, el gran doctor Lacan’. Jamás superó ese narcisismo y siguió considerándose el Gran Lacan. Catherine Clément dijo que él era un “Lacan desmesurado”, lo cual es cierto. Pero ella no conocía los aspectos más íntimos de Lacan que yo conocí muy bien.

“En lo que me concierne, parece que Lacan me llamaba Perrier ‘la oreja fina’. En realidad, siempre trabajamos en un marco de cierta rivalidad narcisista y fraternal a causa de Clérambault.

“Lacan fue residente en lo de Clérambault. Yo lo fui en 1947. Clérambault, Lacan y yo trabajamos sobre el problema de la erotomanía, con tres generaciones de distancia. Lacan hizo su tesis sobre ese tema; yo, un simple artículo que después critiqué porque resultó parcialmente inexacto. Pero la cuestión que teníamos en común fue sobre todo la del narcisismo. Lacan decía, por otra parte, que yo sabía tanto como él sobre el problema y no vaciló en usar mi teoría sobre el narcisismo en su propio seminario sin citarme jamás.

“Descubrí el psicoanálisis con él y, a partir de ese momento, olvidó mi nombre. Por otro lado, el hecho de que me psicoanalizara con él quedó en secreto. Nadie sabía que yo veía a Lacan. Durante la época del gran amor, todo fue muy ambivalente. El me invitaba a cenar y se invitaba a cenar a mi casa. Aprovechaba la ocasión para robarme papeles, sobre todo los relativos al narcisismo. Tampoco nunca me devolvió algunos libros de psicoanálisis rarísimos que le había prestado. En ese sentido, era un cerdo, un verdadero sinvergüenza. Su manera de actuar me chocaba pero, igualmente, me aportaba mucho, cosa que jamás negué. No todos los lacanianos lo saben. Yo soy tanto o más laciano que ellos; la prueba son mis obras y mi práctica profesional. Me sentí atraído por la enseñanza y por la facultad de despertar de Lacan, sean cuales fueren las consecuencias.

Lacan me mandó un solo paciente: el hijo de uno de sus mejores amigos (de buenas a primeras, me dijo: ‘No puedo tomarlo’; no tiene dinero). Era un muchacho totalmente desgarbado que me dijo: ‘Sólo puedo pagar con mi pintura’. Era un happening. Me dedicó una oreja fetal sin terminar que aún tengo el en sótano.

“Un día —mucho después de haber dejado de analizarme con él— en que necesitaba dinero para irme de vacaciones, le pedí al Gran Jacques —como lo llamaba la Troika— que me prestara un millón viejo. Sacó de un cajón algunos cheques sin fondo y me los dio ceremoniosamente con gran amistad.”

Sin transición, Perrier volvió a la muerte de Lacan, al extraño funeral, como si se lo contara al Pachá por primera vez.

“Y ahora, ¿qué? Lacan reinó sobre su tribu y luego se extinguió. Como si, para algunos, se tratara de un hecho real y fantasmagórico, se produjo una erupción parecida a la del Etna o el Stromboli. La Lacania explotó y quedó este archipiélago formado por islotes. Pero Lacan murió después de disolver su Escuela. Los múltiples islotes tratan de organizarse.

“Para celebrar la erupción y la muerte, se organizó una ceremonia fúnebre a la manera antigua. En una hoguera se puso un muñeco de paja tirado por dos bueyes. Lo rodeaban hermosas lloronas vestidas con clámides transparentes y todos estaban de blanco, como cuando muere un niño. Se tocó la marcha fúnebre de Louis Armstrong. La muerte es un agujero en lo real y como los ‘dioses pertenecen a lo real’, como decía el maestro, se invocó y convocó a toda la teología griega. En resumen, todo se coronó con una hermosa orgía que para muchos terminó en una borrachera endiablada y —casi podría apostar— en la concepción de niños por aquí y por allá.

“Se erigió un mausoleo en la isla de los Difuntos con una sola inscripción: ‘Grafo de un nudo de Borromeo’, que adorna también la bandera de la isla. Gracias a ese emblema, no existen derechos de aduana y se creó un banco internacional administrado por Suiza.

“Por cierto, toda ceremonia se desarrolló sólo en torno del muñeco de paja ya que Lacan fue simplemente enterrado en el cementerio de Guitrancourt, cerca de su magnífica residencia.

“Antes de 1969, fui allí muchas veces. Lacan convocaba a algunos pacientes para hacer sesiones tradicionales. Una vez, me dijo al oído: ‘Perrier, ¿quiere venir con nosotros a Guitrancourt? Pero no se lo diga a nadie’. Pasé allí el Año Nuevo que, por otra parte, fue muy alegre, en compañía de muchos invitados entre los que estaban Marguerite Duras que acababa de escribir *Lol V. Stein*, Suzon Merleau Ponty, una amiga de Sylvia y muchos otros más.

“Tengo otro recuerdo de Guitrancourt: para el primer aniversario de la fundación de la Escuela Freudiana, Lacan y Sylvia dieron una lujosa garden-party. Los amigos me encargaron que escribiera un poema y que le regalara a Sylvia un laurel rosa que fue plantado en el jardín. También hice una película en 16 mm. Al final del saque, Lacan se lanzó sobre mí, rojo como una encarnada. Me libré del abrazo y fui a darle un beso a Sylvia en ambas mejillas. Otra vez que fui a Guitrancourt para darle un informe

sobre la clínica que quería edificar en la calle de Varenne, me recibió en la cama, me oyó, me felicitó por el trabajo y me confió la siguiente frase sibilina: ‘Si mis alumnos supieran adónde los llevo, se aterrorizarían’. Eso no me tranquilizó para nada”.

XV

Donde el Sobreviviente, con el viento de la esperanza en popa, encara al mismo tiempo con confianza su propio reconocimiento y el del psicoanálisis.

Perrier se mostraba más febril día tras día, como si la idea misma de la vida parisina, después de lo que acababa de vivir con el Pachá, lo llenara de nuevo de energía.

Pero ¿cuándo piensa partir?, le decía al Pachá. Lléveme con usted, ¿quiere? No quiero volver a París para divertirme sino para mejorarme. Soy rubio y de origen nórdico. En las islas engordo y transpiro. Tengo sesenta y dos años, no aspiro a tener poder, pero sí a ser feliz, a conservar mi nombre profesional. Si bien estoy en conflicto con la orden de los médicos, siempre fui un profesional honesto, un clínico reputado. Finalmente, la única falta deontológica que cometí es la de haber sido, en un momento dado y a causa del lacanismo, un enfermo imaginario. Por eso, los psiquiatras vinieron a verme a domicilio. Mis penas se remontan al día en que escribí *L'Alcool au singulier*,³⁴ obra de ciencia-ficción, por expreso pedido de mi editor. La orden de los médicos, al confundir alcoholólogo y alcohólico, me prohibió ejercer durante tres años. Pero los magistrados, dotados a veces de más sentido común que los expertos psiquiatras me declararon sano de cuerpo y alma.

“¡Ah! ¡Ese *Alcool au singulier*! Durante cinco años, algunos editores, seducidos por mi reputación de analista alcohólico, me ofrecieron un montón de oro para que escribiera ese libro. En ese momento, estaba dominado por sentimientos de amargura y de odio contra el mundo entero, contra Lacan y los otros, incluso contra los que me amaban y yo amaba. Eso fue lo que quedó registrado.

“En tres meses, saqué ese texto de las tripas y de la cabeza, a fuerza de whisky y, sobre todo, de mi aperitivo personal llamado Campari-coraje. Tenía dos secretarías que me ayudaban: una me tomaba la mano mientras la otra escribía a máquina.

“Construí ese diálogo, en fondo y forma, en base a *Jacques le Fataliste* de Diderot. Mi hijo mayor revisó correctamente la parte

biológica. Pero, como me lo dijo Koupernic por escrito, ¿es o no un libro de ciencia-ficción? La verdad es que tratar el tema del alcohol durante la época más fuerte de la campaña contra el alcoholismo de Simone Veil, no me facilitaba para nada las cosas.

“Hoy en día se dice sólo lo siguiente: ‘Un vaso está bien, pero tres ya causan daño’. Sin embargo, biológica y míticamente, el alcohol sigue siendo uno de los principales objetos deseados y prohibidos, lo mismo que el cigarrillo. Desde hace cientos de años se bebe y se fuma públicamente. Lo importante es que eso no se vuelva sociológico y político.

“Probablemente en París volveré a ver a algunos amigos. Sé que los psicoanalistas de todas partes no saben a qué santo ni maestro encomendarse. Cuando recobre el uso de las piernas y tenga el corazón intacto, seré el promotor de una reconciliación general. Es lo que nos falta a todos en este momento ya que, el liberarse del personaje y sus defectos, la Translacania no puede ser olvidada. La teoría del sujeto y del deseo va más lejos que la del propio Freud.

“Además, tal vez encuentre una mujer para casarme como manda la ley. Me divorcié tres veces amistosamente, pero jamás me casé por la Iglesia. No soy muy creyente aunque recibí el bautismo e hice la primera comunión. De noche, a menudo sueño con un casamiento de levita con una linda chica vestida de blanco. Como ve, sigo siendo un muchacho pleno de ilusiones. Pero, ¿qué chica querría tener en su cama a un viejo jubilado y remendado como yo? Por cierto, si fuera rico, encontraría rápidamente la horma de mi zapato. Con dinero se tiene todo, pero soy pobre y a menudo melancólico, por falta de actividad y de amor.

“Sabe, Pachá, que la materia psicoanalítica con que se trabaja es semejante a la lava ardiente. Es vida y muerte a la vez. La libido siempre huele un poco a azufre. . .

“Desde hace algunos años, me habitué a llevar en el anular izquierdo lo que podría llamarse una alianza de respetabilidad. Me ayuda en las transferencias. Mis pacientes sueñan con una mujer imaginaria, necesariamente la más hermosa del mundo.

“Prácticamente sólo me queda una cosa por hacer: escribir una carta con consejos a los jóvenes analistas para destacar el lado ascético de la disciplina así como su carácter escabroso. Se habla siempre de amor sin hacerlo. Lo que acecha al analista en situación es el deseo o bien la angustia del otro. De allí la necesidad de tener

algunos antepechos. Así, guardé en mi escritorio el portarretrato de un abuelo tuerto que sonríe de manera burlona y sardónica. Cuando estoy angustiado, lo miro y me guiña un ojo. El entorno analítico tiene mucho que ver. La casa de un analista debe estar llena de vida, debe ser cálida y allí debe cultivarse el amor y la belleza. También la poesía, la música y el ascetismo. Curiosa mezcla, ¿verdad?

“Después de haber meditado mucho tiempo en la soledad y la reeducación, quiero regresar con usted. Quiero ser consejero en psicoanálisis y psicoanalista jubilado porque descubrí que cuarenta años de práctica analítica —buena o mala— son demasiados. Si tuviera poder, le fijaría un límite al ejercicio de esta profesión. Cuarenta años es mucho; treinta bastan. . . Más valdría el cocotero.

“De ahora en adelante mi objetivo es viajar y amar un poco, o mucho. Pero para eso, antepongo muchas condiciones, entre las cuales la primera es no unirme nunca a una psicoanalista. Como dice la canción, ‘cuando un policía encuentra a otro, ¿qué se cuentan. . .?’ Unión común que acentúa aun más la diferencia de los sexos y de dos inconscientes en la misma almohada. ¿Cuál es el resultado? El espectáculo afligente de un interanálisis en el colchón. Pero no es posible interanalizarse.”

Antes de proseguir, Perrier apoyó la espalda en la reposera y se encogió de hombros.

“Saber vivir y saber amar. Las cabronadas son inevitables. Por mi parte, no me arrepiento de ninguna. Hay que saber encontrar la rima que conviene a un verso impar para que se convierta en un soneto. Ante todo, es necesario el pudor y el velo, que está en el origen de lo decente.”

*Se vela el sexo, se toma el velo,
Se sombrea con un velo liviano
Se adivina sin chocar
No existe belleza sin velo. . .*

No tiene nada de malo que los amantes se estrechen en la obscenidad, pero no por eso deben usar el mismo cepillo de dientes. A mí me gustaría que la mujer trate de usted al marido y que éste le dé la prelación en todas las ceremonias sociales y privadas. Me gusta que se ame a la madre si es buena y que se respete el nombre del padre si no es detestable. En resumen, que se sepa tutear en al-

gunos momentos y tratar de ‘usted’ en otros. Lujo, tranquilidad, voluptuosidad, elegancia, armonía, belleza y *usum proprium*. Odio la fealdad y el abandono, la vulgaridad natural y la gente almidonada. Esos son mis gustos y mis colores.

“¿Mis proyectos? Como escribí en *La Chaussée d’Antin*, no beber alcohol sino ‘una voz femenina que sea canto y no grito de goce’. En el fondo, me casé tres veces seguidas. Entonces, de ahora en adelante, dedicaré mi vida a la música, al amor, a la libertad y a la verdad.

“Mis tres hijos ya son mayores. Ninguna de mis mujeres se volvió a casar. Sophie de La Tour debe de haber envejecido. Todos mis amores están muertos. Sólo tengo sesenta y dos años, pero puedo rejuvenecer. Me haré tefir de negro y realizaré así un viejo sueño. Un esteticista chino me inyectará suero de Voronoff, a menos que me haga injertar testículos de toro. Adelgazaré diez kilos y volveré a aprender a bailar y a vivir a la antigua, moda en la que todo es tranquilo y voluptuoso.

“Pero, ¿qué país visitaré y qué mujer encontraré? Ese es el problema.

“Empecemos por orden. No me casaría con una psicoanalista sino con una mujer pobre y huérfana que tenga religión, cualquiera que fuere; que sea buena ama de casa, que haga bien el amor y que sepa dar órdenes al servicio doméstico; que haya franqueado la etapa del feminismo de 1968; que me sea infiel: eso aguijonea los celos; que sepa vestirse. Le enseñaré el arte de vivir y de amar, si aun tengo coraje. . . que sea menopáusica o bien que tenga treinta años, pero no cuarenta y cinco porque es la edad crítica; que le gusten las relaciones: una mujer siempre debe ser el ministro de relaciones exteriores, el agente de las relaciones públicas de su marido porque no hay nada más difícil que filtrar las llamadas telefónicas, saber recibir y dar a los invitados una imagen de vida feliz. Sé que todo eso es publicidad, pero la publicidad existe. Lo esencial es que sea discreta y de buen gusto.

“En realidad, para encontrar todo eso, hay un sola solución: volver a París, cuidarme a fondo y crear una agencia matrimonial por computadora, o bien un centro de psicoestética. Una agencia especializada en casamientos religiosos de todos los credos. Efectivamente, no hay nadie sobre la tierra que pueda probar ni refutar la existencia de Dios. Finalmente, la religión es el opio de los pueblos pero el menos tóxico de los estupefacientes. Incluso está llena de

pretextos para ceremonias, comilonas, celebraciones de ritos en magníficos edificios, en resumen, tiene todo lo necesario para darle fiesta al pobre mundo. . .

“Existe tanto el ‘Parirás con dolor’ y ‘El fruto de tu vientre será bendito’. Así fue desde que el mundo es mundo. El dolor forma parte del ser viviente. Hubiese sido necesaria nuestra era de decadencia última para inventar el grito primario y la sofrología. Es la mejor manera de confundir para siempre las Sagradas Escrituras, así como también lo Real, lo Simbólico y lo Imaginario de Lacan.

“*Mane Thecel, Phares*, dice el libro de Daniel. Se trata de la historia de un idiota que se llamaba Nabuconodósor (nombre hebreo que hasta una judía culta olvidó lo que significa). Sin embargo, soy un buen goy, según mis amigos, aun cuando mi actitud pueda parecerse a la de un judío, a la vez lastimosa y revulsiva. En realidad, lo hago a propósito para aterrorizar a los que me comen el pellejo. Vivo a crédito, como la gente de antes. No tengo ni una moneda, pero simulo tener dinero. Le saqué eso a mi difunto padre.

“Pero volvamos a la sofrología. ¿Por qué esa necesidad de evitar a toda costa el dolor inherente al ser? Estoy de acuerdo en utilizarla en el caso de un dolor absurdo, inmotivado o sin recursos, aunque, en esos casos, no funciona. Por lo demás el cuadro C existe y se ayuda a los moribundos cuanto se puede con los opiáceos.

“En cuanto al grito primario, que nació en Estados Unidos, consiste en hacer resucitar en el adulto el grito del nacimiento, lo cual conlleva inconvenientes y algunos riesgos. En efecto, hay tantas razones, tantas maneras de sufrir que, en teoría, eso implica crear un estado de muerte inminente para que se produzca ese resurgimiento. Nada tranquilizador. . .

“En una palabra, si se quiere hacer el balance, ¿qué descubrió, qué entendió la psiquiatría desde Pinel?

“Ante la locura, aparentemente, la psiquiatría pesada manipula la piritoterapia y el electrochoque que provoca ataques de epilepsia y comas insulínicos. . . En realidad y en resumen, siempre es la misma cantinela de ‘muerte y resurrección’, pero no tiene nada que ver con Tolstoi; o bien, es la sinfonía de lo que suele llamarse psicoterapia, sin saber lo que eso quiere decir.

“No hay que confundir psicoterapia de apoyo y psicoterapia de investigación, llamada psicoanalítica.

“Pero, entonces, usted se preguntará qué es un psicoanálisis.

¿El de Freud? ¿El de Jung? ¿El de Adler? ¿El de Melanie Klein? ¿El de Abraham? ¿El de Winnicott? ¿El de Lacan?

“En realidad, cada caso es singular; cada psi también. Cuando dos seres se reúnen, cada uno con sus particularidades, uno sentado y el otro acostado, se instaura, al cabo de cierto tiempo, lo que Freud llamó una transferencia. Esa transferencia no viene ni de uno ni de otro. Es, como yo lo escribí, transubjetal. Ejemplo: lance una pelota a alguien y vuelva a atraparla. Para un tercero, esa pelota es siempre la misma pero, para cada uno de los participantes es, como lo hubiese dicho Verlaine ‘ni totalmente la misma, ni totalmente otra’. Idem para la transferencia.

“Por eso Lacan inventó, por si hace falta, la transferencia de trabajo.

“En un sentido, tenía alma de negrero.”

XVI

Donde hay que partir, no sin antes poner en orden las inquietudes. . .

Ahora, el tiempo empezaba realmente a urgir al Pachá. París lo llamaba. Por su parte, Perrier se ponía cada vez más insistente. El Pachá vacilaba. No estaba seguro de que el regreso del Sobreviviente fuese algo bueno. Sin embargo, no lograba ni desprenderse de él, ni dejarlo.

París en 1984, la crisis económica, las tensiones políticas, las querellas de los intelectuales y los problemas de vivienda. . . Realmente, no veía cómo Perrier podría sobrellevar eso cuando él mismo encontraba que la vida allí era tan difícil.

Además, muy rápidamente debería enfrentar problemas conyugales: el episodio de Translacania le había asestado un serio golpe a los amores de Perrier, lo había alejado singularmente de ellos y el futuro se presentaba más que comprometido en ese aspecto. En cuanto al diario, aunque había hecho todo lo posible para ignorarlo, sabía que se impacientaban, que de ahora en más le harían pagar el atraso —la prensa no es un mundo tierno— y que le reservarían los peores reportajes en los lugares más infectos y la cobertura de acontecimientos turbios. Esta vez, si debía ausentarse por mucho tiempo, podía apostar con certeza que no sería por pasión.

Suzanne de Tréhenne había observado el manejo y la búsqueda del Pachá con una mezcla de connivencia y de inquietud. Cuando se paseaba del lado del embarcadero, el Pachá le propuso caminar juntos. De pronto, indagó sobre la búsqueda que realizaba:

—¿Cómo puede soportar todo esto?

—¿Qué quiere decir?

—El hecho de frecuentar a los analistas, el diálogo con nuestro amigo. . . A menudo, el espectáculo de su propia miseria, que él exhibe ampliamente, causa una especie de horror entre los colegas, sobre todo entre los hombres.

—¿El horror trágico?

—Algo así como un espejo insostenible, el doble en negati-

vo. . . Quizás es una de las versiones del complejo fraterno, que es tabú en la herencia freudiana. Las mujeres viven eso de otra manera: se convierten en 'buenas hermanas', de algún modo, salvo las que son del tipo 'nido de víboras'. . . Siempre tienen alguien que repare en ellas o en el otro, en la alteridad, como nuestro amigo Perrier. El es el talento y la generosidad inducidos al error en una repetición mortífera. Pero si sentimos deseos de socorrer a alguien, es porque encarna a aquellos que no supimos reconocer y ayudar a sobrevivir.

“Por eso los analistas sienten el deseo de hablar. Eso les permite controlar las oleadas de un egotismo reprimido del propio trabajo. . . Al menos, en principio, puesto que esos fracasados de la transferencia de los que usted es testigo manifiestan justamente el triunfo del narcisismo negado por el teórico. Searles, en *L'Effort pour rendre l'autre fou*, intentó, al contrario, reconocer allí el instrumento posible de crímenes perfectos: eso se produce si, sin saberlo, dejamos obrar esas jugadas del narcisismo primario de las que Lacan mismo dijo en 1938 que consistían en 'diferir la propia muerte y derribar al rival'. . . El ambiente psicoanalítico es terrible cuando se lo encuadra dentro de esa lógica. Eso es lo que hace que la práctica psicoanalítica favorezca un eterno paso a la acción, más sutil que la simple transgresión sexual.”

Alguien llamó desde lejos a Suzanne. Dio media vuelta y se fue. El Pachá ya no volvió a verla antes de partir para París.

XVII

"Mamá, ¿por qué tienes una mirada tan hermosa?"

El Pachá debía decidirse. La partida se fijó para el día siguiente, con Perrier.

El viaje de regreso se desarrolló sin inconvenientes. Mar tranquilo y poco viento. Ya eran los últimos días. . . El Pachá aprovechó para hacerle preguntas a Perrier sobre su infancia. Quería entender cómo había llegado hasta el psicoanálisis. Ahora sabía que, para lograrlo, no podía ignorar ni la historia ni la prehistoria del sujeto.

"¿Usted quiere conocer mi vida? Mi primer acto psicoterapéutico fue mi nacimiento, que colmó de alegría a mi madre. Desde hacía muchos años, era amante de mi padre y había abortado muchas veces porque mi padre era un picaflor al que le gustaban las mujeres pero no la paternidad. Era huérfano de padre desde los dos años y conocía sólo a su madre, la temible señora Eyrout, que vivía en su feudo de Gentilly.

"Mi madre era de piel suave, linda, tierna, inteligente, algo astróloga, sin excederse. Sabía hacer de todo. Era de esa raza de mujeres del norte.

"Mi abuela Victoria les servía la sopa a los obreros de mi abuelo a las cinco de la mañana. Cuando murió, Marcela, mi madre, estaba en la cabecera de la cama. Se hablaron con los ojos. Por eso la incluí en mi seminario sobre el Amor.

"Mamá, ¿por qué tienes una mirada tan hermosa?"

"La casa de Gentilly es muy importante para mí. Fue el marco en el que se desarrolló una parte de mi infancia. Mi abuela paterna, ya muy anciana, vivía en el primer piso. Era una mujer corpulenta que detestaba a los niños. Todos los domingos, íbamos a su casa a comer pollo preparado por Adrienne, la mucana vieja y encorvada. No podíamos ni hablar ni jugar. Mi padre conservaba su habitación en el primer piso, frente a la de su madre, la cual tenía un baño vetusto (los waters estaban al fondo del jardín).

"Yo nací en Montmartre en una canasta de ropa. ¿A qué hora? Lo olvidé. . . Mi madre lo sabía, pero hace tres años que

murió. Desde hacía muchos años se interesaba por la astrología, hacía mi carta astral y se equivocaba regularmente. Solía decirme que la astrología propone mientras que el horóscopo dispone. . .

"Mi nacimiento fue un acontecimiento en la familia Logier: ¡por fin un varón! . . . Pero, entre un padre periodista y un abuelo impresor las cosas no eran fáciles. Cuando llegué al mundo, mi madre le dijo a mi padre, al cual trataba de usted: 'Gracias, Marcial, ahora que tengo un hijo ya no le pido nada' (frase funesta). Nunca le conocí un amante, ni jamás se volvió a casar. Sin embargo, a los trece años, me hubiese hecho bien tener un padrastro. . .

"En 1924, vivimos en Montmartre sólo algunos meses. Nos mudamos a una planta baja en el boulevard Raspail. Allí nació mi hermana Antoinette, acontecimiento del cual guardo un recuerdo confuso. Yo tenía dos años y medio. La habitación estaba empapelada en azul y amarillo. Recuerdo que le daba el pecho, por identificación con mi madre. Nos llevaban a pasear al jardín de Luxemburgo y, como yo era regordete y perezoso, reclamaba un lugar para mí en el cochecito de mi hermana. O bien jugaba con la hija de la portera en la vereda.

"En esa época hice muchos viajes entre París y Béthune donde vivía Victoria, mi abuela materna. No me mandaban a la escuela. Tomaba clases particulares. Mi padre se ausentaba muy a menudo. Solía volver alrededor de las ocho de la noche echando pestes contra la vida. Tenía quince años más que mi madre. Mi abuelo materno casi le había pedido de rodillas que se casara con mi madre.

Eso sucedía en 1918, durante la gran euforia de la posguerra. Los Logier, familia de pequeños provincianos, tenían un padre de espíritu liberal.

"Mi padre tocaba el piano en la casa de los Sardou y en la de Víctor Bataille, hermano de Georges. Allí conoció a Laure Logier, la gran cantante de ópera de Burdeos, y a su hermana y acompañante Marcela, mi madre.

"Periodista amargado por la vida, era tan pobre que, sin la ayuda de mis abuelos maternos, no hubiese podido mantenernos. El abuelo Logier era uno de esos rudos trabajadores del siglo XIX que escalan trabajosamente los peldaños de una profesión durante toda la vida. Había sido, sucesivamente, lavador de rodillos en una imprenta, después jefe de sección y, por último, director de su pro-

pia imprenta en Béthune. En mi mesa de luz, aún tengo su medalla de honor al trabajo. La placa de bronce titulada "El Último Esfuerzo", que le regalaron los obreros de su imprenta, se encuentra en la casa de mi hermana.

"Después de la guerra, había fundado otra imprenta para sus hijos, en París, en el nº 4 de la plaza Jean-Baptiste Clément (autor de *Temps de cérises*, cuyo título tomé para mi último seminario).

"A veces, mi padre iba a Creusot para hacer la campaña electoral de un diputado, un tal Ibarnégaray, un hombre amargado y antisemita, según el recuerdo que conservo de él.

"Cuando vivíamos en el boulevard Raspail, mi padre salía temprano por la mañana calzado con zapatones cómodos y se iba a pie hasta Valmondois, a lo de su amigo, el pintor Locamus. Treinta kilómetros. A los siete años, pude caminar con él siete kilómetros.

"Conocí a mi primer amor en Saint-Valéry-en-Caux, donde habíamos alquilado una casa. Se llamaba Gabrielle y era nuestra mucama. Tenía la piel tan suave como la de mi madre.

"Esto me lleva a hablarle de mis amores.

"Desde siempre, lo que se desprende de mi vida amorosa es una miopía fundamental con respecto a las elecciones y objetos amorosos aunque, con dos puntos de referencia: la suavidad de la epidermis y una separación entre los incisivos superiores lo que, según los astrólogos, es signo de felicidad.

"Con respecto a la epidermis, entre la edad cero y los ochenta y ocho años, no hubo ninguna comparada a la de mi madre, tal como lo testimonian los siguientes versos de mi padre:

*A mi pequeño coco de nácar
Dermis en flor, mirada acariciante.
Estos versos no tendrán ningún valor
Si su elección no los consagra.*

"Cuando íbamos a esa casa en Saint-Valéry-en-Caux, yo tenía cinco años y Gabrielle la piel tan suave que, estimulado por el aire del mar, me levantaba de la mesa antes del postre y me iba a la cocina a besarla. Luego, volvía presumido, enrojecido y triunfante y les decía a mis padres: 'Le di un beso a Gabrielle'.

"Recuerdo a otra criada bretona. Entonces, yo tenía siete años. Ella estaba tuberculosa y yo tenía escarlatina. En la cama, tomaba Erythra mientras leía *Colette et Francinet*, editado en la

calle Gazan, así como también *La semaine de Suzette*. Mi madre detestaba a esa mucama porque le usaba el cepillo para lavarse los dientes. ¡Qué horror! El doctor Le Floch la hizo desnudar en la cocina para auscultarla, delante de mi perro Riquel, el epiléptico. Allí vi por primera vez a una mujer desnuda. Era pelirroja.

"Otro amor doméstico de mis siete años fue Marie-Thérèse, con quien jugaba a tocar el pitín mientras mi madre estaba en las Galerías Lafayette. Yo la toqueteaba debajo de la pollera y ella trataba de despertar a Onésimo (del griego "útil"; así bauticé, más tarde, a mi pitín) para su futura función. Cuando oíamos chirriar el portón del jardín, corríamos a la cocina a lavarnos las manos.

"Pero mi mucama preferida fue Madeleine, mucho después, en 1963. Era una normanda en toda la línea. Mi madre la había sacado de las monjas. Al cabo de quince días, le dijo: 'Hija, usted está embarazada. Pero no se preocupe, conservaremos al niño y lo educaremos'. Nació Catherina, de quien soy el padrino. En resumen, Madeleine fue para mí lo que Gloria fue para Lacan, con una maravillosa memoria de todo.

"Mi hermanita era muy agresiva conmigo. Mi madre no la había deseado. Sólo me había querido a mí, el hijo adorado. Cuando mi madre quedó encinta de ella, se pensó en un embarazo extrauterino. En realidad, se trataba de un intento de aborto fracasado. Mi madre fue operada y allí se comprobó que estaba embarazada. La cosieron rápidamente y la niña nació antes de término. Cuando nació Antoinette no respiraba. Le dieron un baño de pies con mostaza. Parecía un gatito desollado y flaco. Yo era un gordo lindo y goloso.

"Lo que más me hizo sufrir fue el hecho de no ir a la escuela, de no tener compañeros. A los siete años, aprendí a andar en bicicleta en Gentilly, en la calle Lafouge. Ese nombre es importante por una razón muy oscura. Sólo le diré que todas las mujeres de la familia Perrier se casaron cuatro veces. Mi bisabuela Lafouge, cuyo apellido de soltera era Guiot, tuvo una unión de corta duración con un tal François Perrier que, aparentemente, era ingeniero y había nacido en Allier. Pero, indudablemente, lo confundo con Valjean de *Los Miserables*.

"Mi padre tuvo una infancia desgraciada, con una madre tiránica que lo internó en un colegio de jesuitas. De allí nació una leyenda que, a menudo, mi padre contaba bromeando, a

saber: que era bisnieto de un arzobispo y de Scholastique de Mauricourt. Esa mujer le dio el niño al jardinero cuyo apellido era Perrier.

“En 1929 escribió una novela: *Le Don Juan du pays sans phare*,³⁵ donde cuenta la historia de una desfloración, de una infancia religiosa con los curas y el descubrimiento de la mujer. Con esa novela, obtuvo el premio de los escritores combatientes. Era una obra en dos partes, mal construida. En realidad, el Pays sans phare es Valmondois, donde fui algunas veces, entre otras con mi tía Jeannette, la mujer del tío Charles, mi segundo padre. Jeannette era hija de un almacenero gordo de Béthune. Recuerdo la fiesta de casamiento. Yo tenía cinco años y recitaba a Baudelaire, parado sobre una mesa: ‘sé cuerdo, ¡oh! dolor. . .’, con lo que se prueba que el psitacismo infantil no siempre es de circunstancia.

“Sin embargo, tuve éxito. Tía Laure tomaba lecciones de dicción con Mag, mi madrina falsa, esposa de mi padrino Monthaluc. Todo eso nos lleva a la calle Verneuil n° 55, de la cual hablaré más tarde.

“En Béthune, a los diecisiete años, leía *Grands Initiés*, de Edouard Schuré, *Trois Titans* de Emile Ludwig, también leía Beethoven, Rembrandt, un tercero que quizás era Miguel Angel y el libro de Stefan Zweig sobre Freud.

“En el fondo, mi padre estaba muy orgulloso de mí. Me llevaba a la casa de los periodistas y a los campos de carrera de Longchamps, de Maisons-Laffitte y de Claire-Fontaine, cerca de Deauville.

“Entre los cinco y los trece años iba todos los años a Deauville. Mi padre buscaba allí noticias. Todas las noches, se ponía el smoking para ir al casino. Lo recuerdo aún cuando deambulaba en mangas de camisa, con la lapicera en la boca, mientras redactaba los artículos. Colaboraba en el *Excelsior* y en *Paris-Midi*. Después, fue redactor en jefe en *La Vie Parisienne* (la de Toulouse-Lautrec) de la cual era director el tío Charles.

“Me llevaba en las planchas a vela y hablaba solo así arengando a toda la flora submarina antes de sumergir la cabeza en el mar:

*Pobre coquito
Perdido en el mar inmenso*

*Comido por los cangrejos
Los cocodrilos, los camarones
Los meros, las ballenas,
Las ostras de perlas. . .*

No le temía al agua fría. Mi madre sentía vértigo. Tenía miedo de pasar bajo la esclusa que separaba los puertos de Deauville y de Trouville, y también sentía miedo de que mi padre se ahogara cuando, en realidad, nadaba muy bien. Era un poco fóbica.

“Mi padre murió en 1935, en el hospital de Bonsecours donde me llevaba, todos los domingos, cuando tenía siete años, a visitar a la madre Sainte-Thérèse. Recuerdo la capilla donde se realizaba la ceremonia religiosa, antes de partir para Gentilly.

“Allí vi por primera vez la verga paterna, el grifito, como yo decía cuando era chico.

“Dos días después de la muerte de mi padre, volvía a Gentilly. Allí me bamboleaba por el jardín. H.P.: Hermano Paterno.* A partir de entonces, empecé a ser jefe de familia.

“Desgraciadamente, aún lo soy y quizá lo sea por mucho más tiempo del que en realidad deseo.

“Después de la muerte de mi padre, nos fuimos a vivir a Béthune. Allí pasé cinco años, desde los trece hasta los dieciocho. Tuve muchos flirts. En el dialecto de la región se decía, por ejemplo: ‘Raymond anda enredado con Lucie’. La primera chica que poseí se llamaba Jacqueline. ¡Cuántas Jacqueline en mi vida! Eso ocurrió un domingo por la noche, en el cine durante el entreacto. Bajo el efecto del shock, me hice el payaso y, como ella era precoz y tenía un temperamento terrible, me dejó rápidamente no sé si por Jean, Paul o Jacques.

“Renée tenía los dientes separados. Pero, como tenía dieciocho años, nunca me animé a acercarme a ella.

“Me enganché con otra Jacqueline. Era la hija del director de la caja de ahorro. Eramos tan tímidos uno como el otro. Sólo hubo algunos besos furtivos a la sombra del viejo cuartel abandonado. . .

“Después de siete años de ausencia, volví a París en 1940,

* En francés: F.P.: *Frère Paternel* [T.]

en el Simca B que había comprado tía Laure, coche que vendimos apenas llegamos a París, que estaba invadida por los alemanes.

"Conocí el régimen de ocupación. En Béthune me sentía parisino y en París provinciano. Después de una breve estadía en la calle de Vaugirard donde murió mi abuelo, fuimos a vivir a la calle de Sena n° 87. Allí viví hasta 1957, fecha en la que el propietario me desalojó.

"Decidí seguir medicina tirando a cara o cruz. También podría haber sido cura, abogado o pianista virtuoso.

"¡Cuántos recuerdos de la Ocupación! El primer año de medicina, el frío espantoso que hacía cuando estudiaba anatomía: -20°, en 1941, dos botellas de vino cada diez días. Las tarjetas de racionamiento, las filas de espera, los paquetes que provenían de Béthune, los allanamientos de los alemanes en el diario de mi abuelo, etc.

"Sólo tía Marie, la hermana mayor de mi madre, se había quedado en Béthune. Su marido había caído prisionero. Fue liberado en 1945 y se lo acusó de haber colaborado, como a su mujer. Fuimos a visitarlo en la prisión de Loos, cerca de Lille, donde estubo poco tiempo. Era ex cadete de la Academia General Militar de Saint Cyr y había creído en "el Mariscal". Cuando se produjo la Liberación, fui convocado por el juez de instrucción. Me presenté en uniforme de subteniente y juré por mi honor que mi familia era patriota, lo cual le valió a mi tía Marie la liberación.

"Durante la guerra, tenía a mi cargo una sección semanal en *Le Petit Béthunois*, donde escribía con el seudónimo de 'Juvenis'. Los alemanes allanaron el diario. Alegué por los errores que se cometen en la juventud y nunca más me molestaron. Por otra parte, participé en la resistencia a pesar de mí.

"Para no ir a Alemania (yo era clase 42), primero simulé una apendicitis de la cual me operaron en Argenteuil; luego, un hipertensión maligna. Los alemanes cayeron en la trampa. Nunca más oí hablar de ellos. Como es peligroso conservar el apéndice y como es un órgano inútil, le pedí al cirujano que me operara realmente. Por eso, ya no tengo apéndice. Recuerdo cuando estaba en la mesa de operaciones completamente sano. Aún se anestesiaba con cloroformo y con una máscara. Al cabo de ocho días, después de una amenaza de flebitis, andaba en pie, aunque un poco débil, y fui a ver una película al Paramount.

"Gran festejo en Ussy, en 1940, en los alrededores de París,

en la casa de un amigo. Reclutaron a dos comparsas. Pasé dos días en los brazos de la hermana de mi amigo, también estudiante de medicina. Ambos estábamos muy enamorados pero, a los dieciocho años, yo era virgen aún y eso empezaba a pesarme.

"En esa época, tomaba clases de dicción con Mag, una vieja amiga de mi padre. Repetía la obra de Sacha Guitry titulada "Je t'aime" con la señora Camelia, una de las alumnas de Mag. Perdí la virginidad con Camelia, en un hotel alojamiento cerca del Champollion. Desnudo, delante de ese cuerpo mujeril, no sabía que hacer puesto que olía muy mal. Entonces, extremadamente angustiado, me acordé de la manea en que los perros se acoplan y, así, perdí las ilusiones en la posición del misionero. La mujer tenía una tisis galopante y escupía los pulmones. Yo ni siquiera viré la dermorreacción. La volví a ver sólo una vez, en su casa. Evidentemente, quería presentarme al marido, un viajante. Así son las mujeres. . .; lo descubrí por primera vez.

"Después me infligí tres meses de castidad, hasta que encontré a una kinesioterapeuta corsa y musculosa. Al lado de ella yo parecía muy chiquito. Desgraciadamente, era virgen. . . Pero, según decía ella, hacía mucho tiempo que había perdido el himen a causa de las elongaciones en las clases de gimnasia. No le creí mucho pero, de todos modos, la consolaba. Nos amamos durante tres meses, miércoles y sábados por la tarde, en el hotel de la Huchette, en el Barrio Latino.

"Lo demás, ya se lo conté, sobre todo cómo me inicié en psiquiatría con el doctor Bonhomme."

Después de eso, Perrier se dirigió al Pachá.

"Por favor, déme un pañuelo, una esponja, un poco de lavanda y, sobre todo, nada de whisky, ese jugo de chinche que aborrezco como la muerte, como todas las mujeres poco virtuosas, esas malas criaturas de Dios. Quiero que llamen a un cura, no para confesarme sino para que lea conmigo el diálogo del marqués de Sade titulado *Dialogue d'un prêtre et d'un moribond*.

"Estamos en 1984. Como mi madre lo había dicho, Saturno, ese planeta pesado, que da un giro completo en doce años, gobierna mi ciclo astral: 12 - 24 - 36 - 48 - 60 - 72 - 84.

"En primer lugar, hagamos un balance médico muy rápido.

"En 1972, tuve una monoplejía crural de origen pontocerebeloso, periférica, sin Babinski. Me recuperé en ocho días. En junio de 1977, tuve el mismo síndrome pero del lado izquierdo.

El origen también fue el mismo pero la recuperación más lenta. Entretanto, y desde hacía veinte años, para celebrar la pareja alcoholismo-obesidad, estuve en muchas clínicas dietéticas, especialmente en la del doctor Pathé, en Grasse y luego en Vichy, ya en sus últimos días. En 1976 tuve una peritonitis grave a causa de la perforación del asigmoidea (parte final del intestino grueso). Me sacaron tres litros de pus. Hubo un error de diagnóstico: creyeron que era una cirrosis. Por último, a las cuatro de la mañana, gracias a la enfermera de turno, me trasladaron al quirófano de la clínica Bellevue, cerca de Chantilly.

"Genon Catalot me salvó. Pero, una vez más, necesité reeducación porque las heridas supuraban y la piel es frágil."

"Me hago hacer pantalones a medida para seguir siendo psicoanalista orador. Antes de hablar, bebo un whisky-coraje porque me da elocuencia."

"Aún tengo esa eventración que pienso hacerme operar."

"En 1976 todavía vivía en la avenida del Observatoire nº 14. Era analista conocido y respetado, pero también era el hombre de la Closserie des lilas. . . Tenía diversos amores. No habíamos ni de Sayonara, es decir de Suzanne de Ludelange, ni de Sole France, mi última esposa, que llegó en el peor momento. Con ella, dejé el Observatoire y me instalé en el Barrio Latino un año. Durante ese período les pedí a los médicos que me ordenaran la jubilación anticipada."

"Pero, como seguía siendo François Perrier, psicoanalista, para mis pacientes, y mi alquiler era cada vez más caro, dejé un departamento de cinco ambientes en Auteuil. Hombre de la ribera izquierda del Sena, y de izquierda, ¿qué diablos hacía cerca del estadio Roland-Garros?"

"Entonces, cedo ante un editor y escribo, haciendo un esfuerzo enorme y en tres meses, *L'Alcool au singulier* del que ya le hablé. Comenzaron mis problemas. . . Desde la Pascua de 1982, y más precisamente desde que apareció *L'Alcool au singulier*, la orden de los médicos decidió interesarse por mí. A partir del mes de abril, la orden nos había convocado a mi hijo y a mí porque la disipación en la que yo vivía le había llamado la atención. Le dijeron a mi hijo, entonces estudiante de medicina, que algunos pacientes psiquiátricos se habían quejado de mí, sin darle más explicaciones. Luego de eso, me convocaron muchas veces para un control psiquiátrico, pero yo no podía moverme."

El control se llevó a cabo en mi casa y el resultado fue el siguiente: 'rastros de alcoholismo antiguo' y 'trastornos hipocondríacos sobre un fondo de problemática personal'. Por eso, me prohibieron ejercer hasta julio de 1985. Mi abogado me dijo que se trataba de una simple medida administrativa puesto que yo ya estaba jubilado."

"A partir de entonces, fui el blanco de llamados telefónicos de ex enfermos que no entendían por qué dejaba bruscamente de ejercer. Los llamados eran especialmente de psicóticos. Algunos esquizofrénicos y paranoicos irrumpieron en mi casa. También algunos erotomaníacos. Quizás alguno de ellos me había denunciado. Pero, ¿cómo saberlo?"

"Los psiquiatras comisionados por la orden de los médicos ordenaron ponerme bajo tutoría, por mi propio bien y por el bien de mis bienes. Los magistrados, a menudo más sensatos que los psiquiatras, declararon que, para ellos, no había motivo para ponerme bajo ningún régimen de protección."

"Me sentí tan feliz por ese fallo que me colgué de las rejas de la alcaldía para saltar de alegría, ya que lo común en un lisiado no es la marcha, sino el salto y la danza. Además, como todo en mí es psicosomático, si no me doy ánimo, estoy perdido."

"Por eso, adiós a los suicidios fallidos y viva la venganza fría contra todos mis ex amigos que simulaban olvidarme."

"Perrier no murió."

Las confidencias de Perrier marcaban una pausa. La travesía terminaba. Los dos hombres dejaron el *Amphitrite* y se dirigieron a la capital.

Segunda Parte

París

Donde vemos a Perrier con el cuerpo desnudo. . . Y donde descubrimos cartas atrasadas. . .

Sucedió entonces lo que el Pachá había temido. Apenas llegó a su hogar, un verdadero torbellino lo absorbió. . . Se vio obligado a separarse de Perrier. A fin de cuentas, Perrier no parecía estar totalmente desprovisto de familia ni de amigos. El mismo lo había tranquilizado sobre ese punto.

Si bien es cierto que los encuentros exóticos difícilmente sobreviven en la cotidianeidad de la vida, sin embargo el Pachá no tenía ninguna intención de distanciarse, sino todo lo contrario.

Desgraciadamente la realidad lo superó. Debió volver a partir en lejanas misiones y su ausencia se prolongó.

Cuando regresó, mucho tiempo después, el Pachá se encontró con cartas atrasadas. Tomó el sobre más grueso y miró el sello. Indicaba una fecha que databa de un año atrás. . . La carta no tenía fórmula de encabezamiento y Perrier continuaba la conversación que habían empezado en el viaje de regreso en el barco. . .

“ . . En cuanto a mi internación, las cosas sucedieron así. Salí de mi casa de Auteuil para comprarle un revólver de cartuchos a mi nieto. Como la juguetería estaba cerraada, llamé un taxi para ir hasta l'Oiseau de paradis, en el boulevard Saint-Germain. “Lléveme rápido que quiero comprar un revolver. . .”, le dije al taxista mientras me precipitaba en dirección al auto. Trabado por mis noventa y cinco kilos y los bastones, tropiezo y caigo en el borde de la vereda. Cuatro tipos me levantan y llaman al panadero del barrio que avisa a la policía. Los policías me vuelven a llevar a casa. Creen que quiero comprar un revólver de verdad y llaman por teléfono a mi hijo, que les dice: ‘Tráiganlo a Ambroise-Paré’, en Boulogne Billancourt.

“Yo ya había estado allí cuatro veces, especialmente en ocasión de mi segunda tentativa de suicidio, cuando me corté las venas de la muñeca (todavía se ven las marcas). ¡Qué mala pata! Gregorio, mi mucamo, sê había olvidado las llaves. ¡Tuve que salir de la bañera para abrirle! Llamó a mi hijo y al Samu. Me enviaron a Ambroise-Paré donde me salvaron. Aun recuerdo esos colchones de agua que usan allí.

"Mi primera tentativa de suicidio fue en la calle de la Sorbona. Me habían asegurado que la trinitrina, en dosis elevada, era mortal. Trituré cuarenta comprimidos y había dejado todo preparado sobre la chimenea. Al día siguiente, a las nueve de la mañana, seguro de que nadie iba a molestarme, tomé la mixtura y además somníferos y whisky. Creí que ya no iba a despertarme. Pero no fue así. Sólo me quedé dormido. Algunas horas después me despertaba fresco y bien dispuesto.

"Esta vez, llegaba a Ambroise-Paré escoltado por los rumores sobre el revólver: mi suerte estaba echada. Entonces me internaron en Sainte-Anne. Allí, para entender algo, hay que ver la película de Allio interpretada por su hijo. Es el mismo escenario.

"Una vez traspuesto el umbral de la oficina de admisión, me encontré en el pabellón de los ingresantes, cuyo jefe era un médico bretón. Me desvistieron, me miraron de arriba a abajo, me examinaron someramente, me pesaron y, después de hacerme duchar, me pusieron el uniforme de la casa, un pijama azul. Me sentía completamente descentrado. Allí hay de todo; es un verdadero centro de expurgación. Hay llaves por todas partes.

"Un enfermero me llevó al dormitorio, una sala común, grande, con alrededor de veinticinco camas y con enfermos de todo tipo y edad. Un verdadero estercolero. Yo, que era semi-paralítico, me quedé en mi cama. Me sirvieron una especie de sopa y me pincharon las nalgas. Luego me quedé dormido.

"Me desperté recién al día siguiente, con la boca espantosamente seca. Quizá me habían inyectado esa droga infame que es el haloperidol. Sólo me dieron un vaso de agua dos horas después de haberme despertado.

"El médico jefe era un cuadrado. Me llamó a su escritorio, como a todos los ingresantes, me hizo las preguntas rituales sobre la base de un examen neurológico completo. A causa de esa porquería de haloperidol me sentía totalmente estúpido y molido. El médico no dejaba de hacerme preguntas idiotas, como por ejemplo '¿Quién es el presidente actual de la República? ¿Qué día es hoy? ¿Qué comió esta mañana?', etc.'

"Me di cuenta rápidamente que, si alegaba mi condición de neuropsiquiatra y además de psicoanalista, sólo lograría agravar mi caso. Entonces me dejé llevar por el juego de la docilidad estúpida.

"Evidentemente, yo no sufría ni de psicosis de Korsakoff

ni de cirrosis, sino de los coletazos de la polineuritis (que no era alcohólica). Sin embargo, como se había mencionado la palabra "alcohol", a partir de entonces todo debía pasar por allí.

"Incluso oí que el jefe le decía a un residente: 'Debe faltarle una molécula cerebral. Que le hagan ultrasonografía'. En el hospital de Beaujon ya me la habían hecho y todo había salido normal... En Sainte-Anne, el radiólogo pretendía encontrar rastros de las hemorragias del cerebelo. A pesar de todos mis reclamos, jamás me permitieron examinar las placas.

"Finalmente, uno termina por habituarse a todo, incluso a los vecinos de dormitorio. Había uno, que era esquizofrénico declarado; otro, judío místico, que se pasaba el tiempo diciendo 'chalom'; más allá, un débil mental agresivo: un día, a la hora de la siesta, sin razón aparente, me dio un montón de puñetazos en la cabeza. Tuvieron que hacerme dos puntos.

"Se podía fumar pero, evidentemente, no se podía usar la afeitadora propia. Había que pedirle al jefe de enfermeros la afeitadora eléctrica del asilo, que era la misma para todos. Además, se podía tomar una ducha dos veces por semana. Felizmente, pronto descubrí que algunos internos más antiguos vendían estampillas y cigarrillos.

"Tenía derecho a algunas visitas, entre las cuales, la de mi hijo, que estaba espantado de los resultados de la iniciativa que había tomado en Auteuil. También una persona muy extraña, que vi acercarse con una enfermera. Se llamaba Mireille y me besó las manos. Terminé carteándome con ella y recordé que la había tenido como paciente en Auteuil.

"Por último, decidí hacer de tripas corazón. El agua del grifo era el agua mineral Evian que había en el lugar. Me tomaba tres litros por día. Con dos meses de pan seco y de tomar agua se pueden perder veinte kilos. Eso hice.

"Al mismo tiempo simulé una hemiplejía, un coma etílico y esquizofrenia, con el séquito más espantoso de síntomas clínicos que yo conocía tan bien como esos señores. Le reservé eso al equipo de la tarde, porque había una encantadora enfermera de ojos verdes que me pasaba Dunhill, mis cigarrillos preferidos.

"Me había organizado, lo más correctamente posible, para pasar un año en esa jaula. Mi hijo querido me había prestado una guitarra para distraer a los enfermos y a los médicos.

"Ese verano de 1982, mientras el doctor Deniker se bron-

ceaba, hacía un calor insoportable en Sainte-Anne.

“Cualquier hombre con sentido común —y soy uno de ellos— evita la ultrasonografía en el hospital Sainte-Anne, porque al ultrasonógrafo, igual que a un electroencefalograma, se le puede hacer decir cualquier cosa. De eso tampoco me salvé. Me descubrieron una atrofia de los ventrículos cerebrales, signo de deterioro mental grave.

“La ley exige que se debe informar al enfermo sobre su caso, salvo si se trata de un demente o un loco furioso, y esto figura en el reglamento interno de Sainte-Anne.

“Pero ni los médicos ni los enfermeros me informaron sobre ninguno de los resultados de los exámenes.

“Por mi parte, en respuesta a esa confraternidad totalmente olvidada y negada, simulaba tener todas las enfermedades.

“Pero dejemos de lado ese período siniestro. Un día, cuando Deniker volvió, y gracias a mi hijo y a los doctores Brisset y Croizé, me trasladaron a la clínica de Ville d'Avray. Como de costumbre, me pusieron en el tercer piso donde funcionaba el servicio de psiquiatría. Rápidamente obtuve una habitación confortable con baño y teléfono. Les agradezco a los médicos y enfermeros de esa clínica por la atención y devoción con que me cuidaron. Yo estaba en un estado tan lamentable al llegar allí que tuvieron que ponerme una guardia conjunta de personal médico y enfermeras para que me repusiera. Les hago llegar aquí toda mi gratitud.

“Llegué una mañana en ambulancia, vivo, pero en un estado moral y físico tan lastimoso que tuve que quedarme internado durante seis meses, a expensas de la princesa, ya que yo no tenía ni casa, ni dinero y la administración de Sainte-Anne me había declarado ‘insolvente’.

“Después de muchos exámenes psiquiátricos, escapé apenas a que me pusieran bajo tutela o protección.

“Pero Mireille, con la ayuda de algunos amigos, entre los que estaba Louise, me cuidaba solícitamente. Todos, sobre todo todas, se pusieron en campaña para buscarme un departamento y examinaban todas las mañanas los avisos de *Le Figaro*. Así, un buen día, Mireille vino a decirme a Ville d'Avray que podía salir todos los fines de semana. ‘Esta tarde iremos a ver un departamento en el Quai de la Rapée n° 100, al lado de los salones Vianey’. Para mí los salones Vianey eran la Sociedad Francesa

de Psicoanálisis y su banquete anual. Además, en el Quai de la Rapée está la morgue. De allí sale el intérprete de órgano de *La Chaussée d'Antin*.

“Dadas la coyuntura y la conjunción, decidí que *a minima nihil obstat*. De ese modo, una catedrática en filosofía, calvinista de vocación y spinoziana de corazón, con una hija en edad escolar y además divorciada desde hacía un año, ensayó conmigo la difícil prueba de la cohabitación.

“Mireille es de origen cretense, morocha, alta, espigada y tiene, como todas las acuarianas, en el sentido astrológico del término, una silueta esbelta y hermosas piernas. El rostro es del tipo mediterráneo, a veces encantador, a veces dulce, a veces cruel. Tiene la nariz fina y es distinguida, pero bebe demasiado y debería hacer algo de deporte. Además, ¿por qué arma ella misma los cigarrillos? Fuma como un murciélago. Tiene tres hijos hermosos, inteligentes pero de carácter muy diferente. La hija menor es hermosa como una flor pero ladina como un demonio. Entre madre e hijas los amores edípicos son siempre crueles y abismales. Eso me recuerda una película de Bergman llamada *Gritos y susurros*, que trata de un horrible enfrentamiento entre amas y sirvienta, con un fondo de parto sangriento.

“Hay otro episodio que ni yo ni mis abogados pudimos arreglar: mis embrollos con la orden de los médicos, ya que no tan sólo me declararon insolvente sino que me prohibieron el ejercicio de la profesión.

“Todo eso contribuye a sobrecargar la atmósfera, como diría Arletty”.

La carta-discurso terminaba así, sin otra fórmula, tal como la voz cae al final de una oración. El Pachá luego abrió las otras de facturas más o menos clásicas. . .

“Querido Pachá:

“¡Qué duro es estar jubilado y no tener nada que hacer! Hace un año y medio que envejezco de esta forma.

“Por cierto, vivo cuidándome: masajes, gimnasia, adelgazamiento, rayos ultravioleta. También vuelvo a tocar el piano. El oído me bajó dos tonos. La voz se me enronqueció. Tomo lecciones de ortofonía y hago escalas en el piano.

“El domingo es un día siniestro.

“Este domingo lluvioso de mayo de 1984 tengo que comparecer, una vez más, ante dos expertos psiquiatras, enviados por el tribunal de primera instancia, que quieren verificar el estado de mi salud física y mental. Felizmente, a veces la justicia tiene mejores razones y sentido común que los expertos psiquiatras y, si todo anda bien, pediré que me restituyan los derechos para gozar de una jubilación normal, ya que considero una infamia que me hayan prohibido el ejercicio de la medicina. Siempre fui un profesional honesto y jamás cometí un error deontológico.

“Tengo que hacerme operar una eventración, secuela de una peritonitis. Para eso, debo pasar un mes sin beber nada de alcohol y sin fumar. ¿Lo soportaré? Me gustaría que me escribiera.”

“Querido Pachá:

“Hoy es 26 de julio de 1984. Hace dos años, estaba en Sainte-Anne. Hoy festejo mi cumpleaños con una spinoziana y con mi amiga Muguet Mai, una vieja colega a la que quiero mucho. Comeremos langosta, como lo hacía mi padre todos los 15 de agosto, no para festejar a la Virgen María sino a la tía María, la hermana mayor de mi madre. Como me tomé un americano, me surgen ideas. Me gustaría que volviera a leer a mi padre en “*Adieu à don Juan*”, donde decía: ‘Ya volvió este maldito 15 de agosto...’

“También tengo esta otra idea: como soy un psicoanalista cantor, no terminaré mis días en París.

“¿Cómo se llama ahora su barco?”

“Flételo para que hagamos un largo crucero juntos, con tripulación ad-hoc. Tengo la siguiente idea, un poco complicada: no hago ballets azules como Charles Trenet, ni me presento como él y Marcel Achard, ante la Academia Francesa, ni tampoco como mi maestro Jean Delay que, después de la carrera psiquiátrica, se dedicó a la genealogía. A menudo sucede así con los que jamás se psicoanalizaron o con los que lo hicieron demasiado...”

“Ludovic Sapin, primo de mi estimable colega Lucien Mélése, hizo otro tanto. En las entrelíneas del discurso de los escribanos descubrió totalmente solo los blancos de su árbol genealógico, los llenó y le confió a un primo psicoanalista la tarea de escribir un texto que acaba de enviarme sobre la crisis y el espacio genealógico.

“Yo hice prácticamente lo mismo en *La Chaussée d'Antin*.

Llenar los blancos del discurso de los escribanos. Pero no lo haré porque mi genealogía es totalmente imaginaria puesto que los archivos se quemaron en 1789... Es por culpa de mi padre y de mi madre. Mi padre decía que era nieto de arzobispo, lo cual no era cierto, pero en 1920, gracias a eso obtuvo el premio de los escritores combatientes por el *Don Juan du pays sans phare*. En realidad, era reformista y miope como un topo. Sólo tengo una foto de él, vestido de soldado durante la guerra del 14 que, por otra parte, no hizo.

“En cuanto a mi antepasada Scholastique de Maricourt, se trataba de una broma de mi madre en las sesiones de espiritismo. Por eso, siendo nieto imaginario de arzobispo y de una virgen de la más elevada nobleza, me tiene sin cuidado mi verdadero árbol genealógico. Lo único que sé de mi abuelo es que murió prematuramente y fue enterrado en Gentilly. El próximo nombre que figurará allí será, sin duda, el mío, pero espero que sea lo más tarde posible.

“Tengo el siguiente proyecto: cruzar el Ecuador, el Trópico de Cáncer y el de Capricornio —como lo escribió tan bien Miller (pero no Jacques-Alain)— y terminar mis días con una hermosa criolla de las islas de Cabo Verde. Anímese a venir conmigo. Haremos fortuna y tendremos una descendencia tardía, lejos de las miasmas de la peste freudolacianiana.

“Su segundo de a bordo.”

“Querido amigo:

“En 1985, todo el mundo sale de vacaciones. Una vez más, pienso ofrecerte a mí mismo un tratamiento abrumador de reeducación funcional de las piernas. Trato de no hacerle caso a la edad pero, desde hace seis meses, se hace sentir.

“Además, como los bellos amores nunca duran mucho tiempo, esta vez, como las otras, las cosas fueron iguales para mí. La convivencia cotidiana con una acuariana filósofa y pintora no alcanza para remendar una virginidad destrozada, aunque tenga lindas piernas, le guste la música y, en el fondo, sea muy meritoria por haber salido adelante como lo hizo. San Jerónimo escribió: ‘Dios, que todo lo puede, sin embargo no puede reparar el daño hecho a una virgen’.

“La dama empieza a olfatear mal. Ya no tenemos el mismo lecho ni fuego en el hogar. Nada agita ni excita mi libido.

"El drama en amor siempre lo constituyó el hecho de acostarse amantes y despertarse enemigos. Un lecho común es el más duro de los exámenes. Cada despertar es más revelador de odio o de amor que todas las palabras y canciones del mundo. En lo sucesivo, sólo queda un vínculo: la compañía de seguros que nos convierte oficialmente en colocatarios. Por eso compro billetes de lotería.

"Todas las noches sueño que me caso con una virgen pura, poseedora de una cuantiosa dote. Pero, de madrugada, me despierto con la boca amarga y sueño con el crimen perfecto. ¡Qué lástima! Eso no existe, salvo en las novelas policiales. Napoleón dijo: 'En el amor, huir es la única victoria'. Entonces, huiré del indeseable amor, como también del psicoanálisis, ya que cuarenta años al servicio de la verdad de los otros, del inconsciente freudiano, de una parte del lacanismo, es mucho para un solo hombre.

"Todavía tengo que hacerme operar otra vez y ganar dos juicios; después, haré mi último crucero en velero. Me encantaría ir al Cabo Verde. Tendría que ver a Isabelle, la linda nativa de ese lugar. ¿Usted me acompañaría con el *Amphitrite*? Se lo pido a usted porque lo considero un verdadero amigo y porque tengo pocos. ¿Usted cruzó alguna vez el Ecuador? Yo no."

"Querido amigo:

"De todos modos, le debo una explicación de mis contrariedades físicas y de mis contactos con la psiquiatría. Tengo una versión actual.

"Veinte años de una larga práctica de las disciplinas médicas y hospitalarias me enseñaron, en primer lugar, que cada caso es singular y que, además, siempre desconcerté a mis colegas ya que soy histérico y juguetero, tímido y angustiado. En resumen, una verdadera *ramera del sistema neurovegetativo*, que siempre me juega malas pasadas.

"Tengo múltiples ejemplos con el doctor Vadim: durante veinte años, diarrea sine materia; con los ORL, ningún trastorno objetivo. Sin embargo, hay alimentos que no puedo tragar. Una de mis colegas, con quien flirteaba hace mucho tiempo, me decía que yo sufría de mericismo,³⁶ como los recién nacidos. En realidad, hay algo en especial que no puedo tragar y que es cierto grado de estupidez y de fealdad. Para vomitar, me basta con sentirme contrariado. Para tener 22 de presión arterial durante diez minu-

tos, es suficiente con que me sienta encolerizado. Sólo necesito pensar en orinar para tener ganas. . . Es muy molesto pero eso me supera totalmente.

"Querido amigo, es necesario que sepa que en mí todo es combate entre el instinto de muerte y la libido: es lo que se llama vivir con las tripas y 'tomarse la gente a pecho'. Sólo a los sesenta y tres años, sin voz (mi hermosa voz), sin piernas (mis piernas de esquiador y de tenista), sin instrumento viril conforme a mis deseos y objetos, soy capaz de cualquier conversión psicósomática. Incluso, por momentos, me vuelvo loco.

"¡Sueño con esa causa perdida que es la mía! En eso, soy bien lacaniano y aun soy capaz de algunas erupciones y pasiones, ya que siempre fui y seré un pasional. Que todos lo sepan.

"¿Nos iremos al Ecuador? Espero que me escriba y ¡Viva el hemisferio austral!"

El Pachá, que era soñador por naturaleza, se quedó perplejo ante esta carta. El proyecto de Perrier le parecía difícil de concretar. Durante el viaje de regreso desde el archipiélago, él lo había entendido. El *Amphitrite* no era un buque-hospital, sino un barco de recreo. En cuanto a los trópicos y al Ecuador, conocía tanto como Perrier.

Pero las estampillas exóticas de las otras cartas le permitieron darse cuenta de que había estado mucho tiempo ausente. Perrier había vuelto a partir. Primero, a Dakar. Pero ¿por qué escribía desde el hospital?

"Gracias a Dios. . . Todo eso fue sólo un sueño. . . ¿Por qué, entonces, esos imbéciles me hicieron tomar tequila hasta reventar? Con limón verde, como debe ser. Las islas del Cabo Verde no quedan lejos de aquí. Están justo al sur de las Canarias. En realidad, hay que pasar el Ecuador. Pero, como soy perseverante, con mi viejo amigo Ripoché, encontraremos en Dakar un carguero para llegar hasta allí. Me encargaré de eso a mi regreso, con Isabelle, la nativa de la cual le hablé. Mi pesadilla, quizá, se convierta entonces en feliz realidad. Pero, en primer lugar, necesito sombra, agua, hacer mucho reposo y no fumar. Además, como Isabelle Díaz no es una fantasía, necesito coraje. Por el momento, durmamos.

"Fui a visitar Goré el otro día. Vi cómo embarcaban esclavos negros para el Nuevo Continente. Me agarré una 'insolación' y terminé en el hospital.

"Lo importante es salir de allí. ¡Ah! si fuese casado. Tendría una esposa. . . que me traería naranjas a la hora de las visitas. ¡Qué lástima! Aquí soy un viejo lisiado que no conoce a nadie.

"Un día toqué el timbre. Apareció una negra de blusa blanca. '¿Cómo anda el doctorcito? ¿Anda mejor de esas cuitas? El jefe del servicio, que lo conoce bien, me dijo que lo hará repatriar en un avión sanitario. Pero debe prometerme que dejará el vino, el alcohol y el tabaco'.

"Como era tan linda, le dije:

"¿No tenés una amiga, por casualidad? Hace seis meses que no hago el amor.

"Se rió a carcajadas, se acercó y me susurró al oído:

"Al salir de aquí, puedes ir a ver al brujo Baba que te solucionará eso'.

"El puerto de Dakar, con los negros que venden baratijas y adornos de marfil, me recuerda a todos los puertos del mundo. No encuentro ningún morabito. Esto es la locura. . . Isabelle está en París. No puedo ir al Cabo Verde sin ella. Regreso.

"Hasta pronto. Esta vez espero verlo y embarcarme en el *Amphitrite*."

Por el momento, la Closerie des lilas le pareció al Pachá la mejor abra. Tuvo que tomar urgentemente un estimulante para poder digerir esas cartas y pensar con tranquilidad en las decisiones que debía tomar, si aún estaba en condiciones de decidir.

La característica de la Closerie des lilas es que no se puede pasar de incógnito. En ese barrio, para esconderse, lo mejor es ir al Bullier, el bar de enfrente que, según la lógica feudal, no es más que un vasallo de la casa madre.

A veces, algunos parisienses sedentarios, nómades o de paso, vienen a hacer presencia, a encontrarse con caras conocidas, un poco como sucede a la salida de misa.

Cuando volvió a París, Suzanne de Tréhenne fue allí para volver a ambientarse y encontrar los lugares familiares, aunque fuera por un instante, después de la larga ausencia.

El Pachá le confió que estaba totalmente perplejo.

"¿Será posible? preguntó Suzanne. Vamos, Pachá, ¿todavía le sorprende ese último relato de François? Quizás usted le procuró a Perrier el oído que los analistas no podían proporcionarle. Usted sabe que tienen una capacidad de escucha limitada a causa de sus propias pasiones y puntos de dolor exquisito.

"Hace varios años trabajamos con Perrier *L'Otage*, de Claudel, a propósito de la forma en que Lacan había utilizado esa obra. Bueno, en ese seminario, lo que pudimos descubrir es el desdoblamiento insistente de los personajes y el desvío perverso de la estructura, que Claudel pintó magníficamente en torno de la crucifixión confusa de una mujer. . .

"El Perrier que a usted lo sorprende actualmente me recuerda al Rodrigue de la obra *Soulier de satin*: estropeado, arruinado, desgraciado, vendido como esclavo, bamboleado en un barquito y conducido a la cita que le hizo en el prólogo un cura jesuita crucificado en el mástil de una carabela. El conquistador del mundo al servicio de la reina se reúne con su doble en ese 'narcisismo de causa perdida (. . .)' que Claudel encuentra en un catolicismo desesperado'. Esa es una cita de Lacan. Pero Claudel conservaba la fe en una Pascua de resurrección después del 'pase' del Mar Rojo, es decir, el pasaje de un estado a otro, de un pasado a un futuro.

"Al develar esas afinidades fúnebres y al intentar superalas, Perrier pagó un precio muy alto, quizá porque era huérfano de padre. Pero supo oponerle al abismo de la melancolía didáctica el don verbal que heredó de ese padre. Esa vitalidad poética es el único antídoto y la fuente profunda de toda exploración analítica.

"¡Vamos, no se deje abatir! Perrier es muy vital."

Tercera Parte

Diarios y cartas del Ecuador

Cuando pasamos el ecuador

Julio de 1985

Las islas del Cabo Verde conforman un archipiélago de origen volcánico. Después de haber pertenecido sucesivamente a Portugal y a Francia, desde 1983 forman parte del territorio de la Guinea-Bissau, una república independiente. La capital de las islas es Praia y la lengua oficial, el portugués; pero, en realidad, allí se habla un dialecto criollo. El problema de esas islas es la falta de agua, la sequía, una agricultura que lucha permanentemente contra la naturaleza que, allí, es muy pobre. Desde que se independizaron falta trabajo y los nativos emigran.

En cuanto a Isabelle, es una hermosa nativa pelirroja que apreciaba a Perrier y que estuvo a su servicio algunos meses.

“Isabelle, ¿usted tiene dieciocho años? Entonces, es mayor de edad y está en condiciones de casarse, a pesar de sus amores parisienses. Yo aparento ser muy viejo, pero es porque necesito sol y amor. ¿Qué hace un hombre que ama a una mujer? Se casa con ella y tiene hijos. Lindo, ¿no? Aún no tengo edad para jubilarme. Allí, en algún manzano hay frutas que maduran. Quiero morderlas, Isabelle.

“¿Qué hace con la mano?

—Toco su ropa, la tela está. . .

—Hablaemos mañana.

—Um tegesta mito de bo é minto bomita, como ves, linda, el doctor ya empieza a hablar el dialecto.”

Le besó la mano y ella se fue.

Al día siguiente, lo llamó por teléfono.

—Señor Perrier, ¿usted es realmente católico?

—Desde la infancia, sueño con casarme por la iglesia con una mujer vestida de blanco. Por cierto, tuve una vida azarosa y viví mucho pero, como el Cabo, aún estoy verde. Esta tarde venga a la Closerie des lilas a ver a un viejo verde, como Enrique IV. Allí tomará eso que llaman ‘menjunje’ y cenaremos juntos, según la costumbre. A las ocho, ¿le parece bien?”

Todo lo que se supo de esa velada es que, hacia las tres de la mañana, Isabelle confesó que ella era realmente pelirroja y que se perfumaba a la ‘Mitsouko’. A partir de entonces, las cosas no funcionaron.

Perrier pensó: "Si tuviera un hijo con ella, quizá sería una negra rubia, como la del libro de Georges Forest que endulzó mi infancia. Mezclaría el esperma licor de vida con la leche que toman los bebés. Podríamos tener muchos hijos y seríamos muy felices. Nos casaríamos por la iglesia según los ritos del país de Isabelle". En ese preciso momento, Perrier se tomó el pulso: "Tengo por lo menos 22 de presión. Rápido, un médico. . . y tres Valium."

Después de la dolorosa sorpresa de las cartas atrasadas, el Pachá cedió una vez más a las presiones de Perrier ya que Suzanne de Tréhenne lo había tranquilizado. Perfecto, se embarcarían en el *Amphitrite* hacia el Cabo Verde. Volvería enseguida pero dejaría allí a Perrier, según su propio deseo.

Lo único que le quedó de recuerdo de ese viaje fueron algunas hojas del diario de a bordo que Perrier había escrito.

Noviembre de 1985

A bordo del Amphitrite, a la vera del Alizo.

Cruzamos el trópico de Capricornio y nos dirigimos hacia las islas del Cabo Verde.

La tempestad asuela el barco. 7º Beaufort. ¡Maldito ventarrón! Todavía tenemos que soportar durante veintitrés días más los golpes de mar, las ráfagas, el ruido de las olas en el casco de acero inoxidable. ¡Qué barco de porquería! La heladera ya no funciona. Tenemos que prender velas para iluminarnos.

Las letrinas están tapadas y yo, el experto marino de otros tiempos, echo las tripas en mi cucheta.

Kamine, mi hijo, hace tres horas que está en el timón. Tengo que reemplazarlo. Todo el mundo está enfermo. Neptuno, Eolo, las Nereidas, rueguen por estos pobres marinos a punto de naufragar. . .

El Amphitrite se desarboló. Navegamos con el ala de cangreja porque estamos aparejados en ketch. Lanzamos un montón de S.O.S pero la radio no funciona porque no tenemos pilas.

¡Ah! Wonder, wonderful. Usamos demasiado las pilas. ¿Qué se puede hacer? ¿Recurrir a la energía solar? Caen baldadas de agua sobre el mar, el hermoso mar aguado como una sopa de pescado mal cocida.

En la caza de berberechos

*En la pesca de mejillones
Unos son cornudos
Y los otros molidos*

Se me ocurrió una idea genial: la Nautamine y el Nescafé. Hola, marineros. Dénme de beber y pongan un poco de whisky en esa mezcla. Es el momento del whisky-coraje. Voy a necesitarlo.

Adiós rabia y desesperación.

Todos los marinos del mundo saben darse la mano.

Vitawhisky con café y mi mano en la cola de Isabelle. El que no esté enfermo a bordo está sobre aviso.

Rápido, una hembra, linda o fea; quiero eyacular mi náusea.

Eso no lo saqué de Jean-Paul Sartre en Les Temps Modernes.

Todos murieron; yo aún sobrevivo. . . Rápido, unas nalgas y un whisky. . .

Llegó el whisky: "¿Eres tú, Kamine?" Consigueme dentífrico. Sacáale la mugre a Isabelle con lo que me queda de Atkinson. A bordo, después de Dios, soy yo el que manda."

Kamine hizo un gesto de desaprobación. Pero, como buen hijo de psicoanalista, obedeció. . .

Una hora más tarde, durante un momento de calma, Isabelle llegó, como una esclava antigua. Había despreciado el Atkinson y se había vestido con el "5" de Chanel. ¿Che vuoi? me dijo. . . en griego.

Le pregunté con voz grave: "¿Cómo se dice en portugués culo y coño?"

Respuesta inaudible en dialecto. . . púdico.

En ese preciso momento, el barco volvió a dar de banda. Llegó a 45 grados. En resumen, el cuadrado de la hipotenusa, o tutti quanti. Cuando nos revolcamos en el vómito de ambos, como dos puercos en el fango, entre la suciedad y las salpicaduras, bruscamente surgió el mandule, el Onésimo de Perrier. . . Separó las nalgas. De espaldas, era sublime. ¡Oh! ¡Dioses de la Antigüedad! Quién puede explicar por qué las mujeres y las hembras tienen todas entre las nalgas un agujero supernumerario que les procura un numerario. . .

Pero el amor estaba allí, en la tempestad. Podríamos decir que fue shakespeariano. ¡Oh! Laura de Bataille y de Petrarca. Me estiro como un arco.

¡Oh! ¡Infamia suprema del vómito de Cuaresma! Isabelle es hermosa como una diosa.

¿Por qué me gustaban tanto ese nombre y esas nalgas?

Golpearon tímidamente a la puerta. Era Kamine:

—Buenas noticias. Avistamos un barco. Nos remolcará.

—Todo el mundo al puente y tiren un gancho. Estamos salvados.

Moraleja: entre la cama y el mandule, cuando la libido se excita, a veces le trae felicidad al péndulo. . .

Finalmente, cuando llegaron a las islas del Cabo Verde, el Pachá dejó allí a Perrier con sus preparativos de boda con Isabelle. Regresó a París. El crucero de regreso fue tranquilo y no hubo incidentes.

Esta vez, el Pachá tenía la dirección de Perrier:

Ile de Santa Tiago
Casa La Haya a l'hors
Via Celtica

Ya no hubo más cartas atrasadas. Como allí el correo prácticamente no existía, las cartas se hicieron cada vez más raras. . .

Sin embargo, un día recibió la siguiente carta de Perrier:

“Ya tengo sesenta y cuatro años y, en cierto sentido, encuentro paz en Cabo Verde. Lo único cansador es la estación de las lluvias que duran seis meses. Todo se vuelve pantanoso. Hay superabundancia de vida acuática. Ante todo, lejos de beber como los viejos colonos de otros tiempos, conviene comer las hierbas de los brujos y adoptar las costumbres del lugar. Las tahitianas son muy lindas. Bailan al son del tam-tam con collares de flores. Tienen almas ingenuas y corazones puros. Aquí, soy el curandero del pueblo y, cuando hay un parto difícil, llaman al matasanos francés. Estoy aprendiendo a reconocer las plantas y respeto las costumbres del país. A veces, tengo nostalgia del pasado, cuando me sentaba a tocar el piano.

“Si tuviese veinte años menos y estuviese elaborando un tratado político, daría a conocer el esquema del instituto lacanofreu-

diano ideal del cual yo sería el presidente honorífico. Para eso, habría que poseer el antídoto para combatir el instinto de muerte que nos amenaza a todos en forma de repetición. Hay que desactivar esa máquina infernal.”

Carta del Pachá a Perrier llegada algunos meses después.

“Querido Perrier:

“Muy contento de recibir buenas noticias de usted. Tenemos un nuevo presidente de la República que no forma parte de ninguno de los grupos que usted conocía. Como todo el mundo, lo llamaré el Outsider. Por el momento, se recobró la confianza y se calmaron las rencillas, aunque la situación entre Estados Unidos y la Unión Soviética no haya mejorado.

“El nuevo presidente se basó en Spinoza para fundar lo que él llama una monarquía democrática. Como los franceses tienen el sentido de la monarquía, eso les gustó mucho. Hay una sola innovación importante: esta monarquía no proviene del derecho divino ni familiar, ya que no hay nada tan falso como el proverbio ‘de tal palo, tal astilla’. Cualquier imbécil puede ser de sangre azul y cualquier genio puede engendrar un idiota en el sentido psiquiátrico del término (prueba de ello las nominaciones fantasiosas de los premios Nobel. . .).

“Para garantizar la estabilidad de las cosas, lejos de volver a un quinquenio, pasamos de un sistema octogenario a uno nonagenario. En resumen, convertimos en años los meses de gestación de las mujeres.

“Segunda innovación: el pueblo elige a la futura esposa del rey entre veinte candidatas, reinas de belleza regional sin taras ni enfermedades conocidas.

“Pero aún no llegamos a eso ya que nuestro actual presidente es un admirador de Spinoza que, como indudablemente sabrá, era un judío que se convirtió al catolicismo influido por los jesuitas y por intermedio de Descartes, el hombre del ‘pienso, luego existo’.

“En otras palabras, es aquel del cual Lacan, en su tiempo, se había burlado abiertamente.

“Del *ergo sum* dedujo la falta de ser como un verbo irregular que yo conjugo irresponsablemente así; yo piensoy, tú pensarás, que nosotros penseamos. . .

“En la transferencia de trabajo, ésa fue su perversidad, o bien su perversión, que no quiere decir la misma cosa. Pero ya está bien muerto. Por lo tanto, su idea es buena.

“Para terminar con algo gracioso le cuento lo siguiente: nuestro presidente actual es soltero, también amargado y no político, lo cual es un cambio.

“Hasta pronto.”

“P.D.: Aparentemente, Spinoza era hipocondríaco como Lacan y como usted en los momentos de destete amoroso.”

Después de un largo silencio, en diciembre de 1986, el Pachá recibió la siguiente carta de Perrier:

“Querido amigo:

“A pesar del dialecto del lugar y de las chicas bonitas, de los tonton macoutes, de los collares de flores de papel —a causa de la sequía—, a pesar de Noemí y de Isabelle, mi querida compañera... Extraño.

“Estoy en estado de ruptura de construcción. Quiero una operación antifolklore y bien francesa.

“Con mi nueva tribu y la tez morena que tengo ahora, voy a llamar la atención en los ambientes parisienses. Lo importante es encontrarme un departamento. Instalaré allí la sede social de mi instituto lacanofreudiano del cual seré el presidente honorífico, pero de por vida.

*Tanto va el cántaro a la fuente
Que al fin se rompe.*

“Con la esperanza de que me muera y al saber que no tengo poder, salvo el del verbo, mis distinguidos colegas me aceptarán, quizá, como presidente honorario.

“Ahora que me restablecieron el derecho a la jubilación, fundaré una caja de socorro para psicoanalistas necesitados y un asilo especializado. Igualmente, seré presidente-fundador honorario de una sociedad anónima —con 10% de beneficios—, el Instituto de Psicósomática y de Estética Psíquica y Corporal. En otras palabras, tengo muchísimas ideas gracias al aguardiente de caña de azúcar.

“Para volver al tema de los bebedores, también fundaré el

Cebe —para intelectuales distinguidos y artistas cultos— del cual hablé en *L'Alcool au singulier*.

“¿Qué opina usted?

“Respóndame rápido.

“Pronto tendré sesenta y cinco años y aprendí el lenguaje de las plantas gracias a los curanderos del lugar. Es increíble lo poco que sabemos los europeos. Volver a París con un saber negroide es como para hacer furor, ¿verdad?

“¿Cómo le va a usted en ese trabajo escabroso y molesto que es el periodismo?

“Envíeme algunos discos buenos. Aquí, aún se baila la mazurka y no tengo piano. En cuanto a mis viejas canciones, siguen sin editarse. Como ve, soy de esa clase de madera de la cual se hacen flautas.

“Necesito un poco de alegría.

“Vale. Espero tener pronto noticias tuyas.”

“P.D.: Aquí hay vuelos regulares para Francia. No vale la pena arriesgar la vida en barco. Simplemente, envíeme la dirección de una inmobiliaria seria.

Su amigo fiel F.P.”

“Para ir al Cabo Verde, hay que pasar los trópicos y para volver también. Como ya no estamos en los tiempos de Mermoz, todo es cuestión de alizos ya que, curiosamente, hay en la región una zona de depresiones análoga al triángulo de las Bermudas, pero menos célebre.

“En 1987 las compañías aéreas se multiplican y el confort aumenta. Hay aviones-cucheta para recién casados; enfermos y viejos surcan ahora el cielo. Nos embarcamos en uno de esos aviones.

“La encantadora azafata nos ofrece champaña Moët-et-Chandon y anota lo que pedimos para almorzar.

“El tiempo es magnífico. Isabelle está hermosísima. Pero tengo un presentimiento negro. ¿Qué voy a buscar a París?

“Basta, a veces hay que mostrarse valiente y callarse. Quien viva verá.

“Dos horas después del despegue, cuando estábamos en la cama en plenos escarceos amorosos, se producen al mismo tiempo dos acontecimientos: siento el corazón oprimido y un dolor que me recorre el brazo izquierdo y la azafata anuncia con tono neutro

que, a causa de perturbaciones atmosféricas, los pasajeros deben dejar de fumar y ajustarse los cinturones.

“¿Cómo hacer eso al estar ambos desnudos?”

“Como en un relámpago, veo toda mi vida: morir, por qué no, pero morir haciendo el amor.

“Es un verdadero vuelo nupcial. Por fin, en un solo instante, la reunión del instinto de muerte freudiano y de la libido. Bueno, que la libido triunfe primero y para siempre.

“Moriré en pleno orgasmo en el cuerpo de mi amada.”

No se supo nada más de ese avión. Sólo quedaron algunos desechos que flotaban en el agua y, particularmente, un portafolios, el de Perrier. Contenía los documentos, las notas que ustedes acababan de leer y una carta dirigida al Pachá:

“Mi querido amigo:

“Su carta trasunta un profundo desasosiego. A menudo les suele suceder a los que se dejan tocar demasiado por el psicoanálisis, sin haber practicado nunca ni el diván ni el sillón. Un día, usted me decía que había nacido de la psicosis. Hoy en día, eso no interesa y tratemos de resumir lo que es el análisis: es la transferencia de un acto de amor y nada más. La libido es un explosivo muy poderoso. Manejarla sin tomar precauciones provoca daños ya que ese inconsciente costoso existe realmente.

“No se coquetea con el psicoanálisis, se lo posee para que él nos posea. Sin vencedores ni vencidos. Simplemente para esa experiencia excepcional que algunos viven y otros no.

“Usted me hablaba de su vocación de marino. Ingrese, vuelva a ingresar en la Marina francesa y sea periodista internacional.”

François Perrier

Pequeño poema en forma de epílogo

*Esta noche, la luna está serena
Se acabó, la copa está llena. . .
Así comienzan, crueles,
Mis despedidas al psicoanálisis.
Ese proxeneta.*

*Yo, pájaro tembloroso
Que no supo posarse
Como rima Théodore de Banville,
Tengo mi dosis de multitudes viles,
De garzas y de cerdos
De héroes y de parasones.
Así dice La Fontaine.
Tantán y tontón
Tontón y tantán
Lo cual no quiere decir nada
Ni deja de decir.
Paso el tiempo odiándome
Bajo el látigo del placer
Ese verdugo despiadado
Así lo escribe Baudelaire.
La ira y el odio.
Terminemos con nuestra disciplina
Plinio, “Justo Lipsa y nuestro Hierro”
Que sólo es una pluma
La que se exhuma
Ajustémonos el cinturón
Y elijamos nuestra muerte.
Morir. . . Pero, ¿con qué cuerpo?
No sé nada. . . ¡Cuernos!
En realidad, me edulcoro
De cada uno y de todos.
¿Acaso para el bien de ellos?
No voy a morir, ni yacer,
Ni odiar, ni podrirme,
Sino huir. . . viajar. . . amar. . .

Ni odiar, ni podrirme,
Sino huir. . . viajar. . . amar. . .*

Agradecimientos

A decir verdad, uno pasa por mentiroso, fantaseoso o incluso mal nacido. Entonces, ¿por qué escribir lo que la gente no tiene ganas de leer y que aparece como saña o calumnia? Pregunta. . .

Gracias al esfuerzo que hicieron algunos de mis amigos para ayudarme, esta obra pudo disfrazarse prudentemente de ficción loca, para mi tranquilidad y la de los protagonistas.

Le agradezco muy especialmente a Mahaut Nobécourt, mi colaboradora valiente, magnífica, fiel y devota ya que, en el terreno en el cual nos movíamos, era necesario alguien que no estuviese en absoluto contaminado por los ambientes corrompidos de esta triste historia. Mahaut fue la que montó, la que escribió y hasta la que censuró esta obra.

Hubo otros que la ayudaron, almas caritativas, dado mi carácter leonino. ¿Cómo no citar en estas páginas al período rosa —como se dice en pintura— de M.B. y la sonrisa de Nicole, mi secretaria fiel?

En cuanto a la que yo llamo mi capullito en flor, mi tierna amiga de veinticinco años, le agradezco el refugio que me brinda puesto que, para escribir, hay que tener el alma en paz y, en este momento, reviso y concluyo este trabajo en su casa.

Y también Suzanne de Tréhenne. Al leerla, pienso en esa mujer admirable que aceptó controlar, como se decía antes, a uno de mis alumnos, el único que me queda, a pesar de todas las prohibiciones de las que soy objeto. Curiosamente, soy conocido en literatura pero nadie comprende mi fatiga y mi edad. Aquí le agradezco calurosamente a Suzanne su ayuda preciosa y su participación en estos "Viajes. . ." Tengo tan pocos amigos.

Con respecto al Pachá, desde hace muchos años, es un hombre que tiene toda mi confianza. Siempre me ayudó, socorrió y juzgó sanamente. Para él, mi reconocimiento masculino y fraterno.

A pesar de lo que se pueda pensar, no soy un hombre malo. El drama es que en psicoanálisis no se puede establecer en absoluto un diagnóstico, como se hace en medicina. Entre el diván y el sillón, la situación es evolutiva.

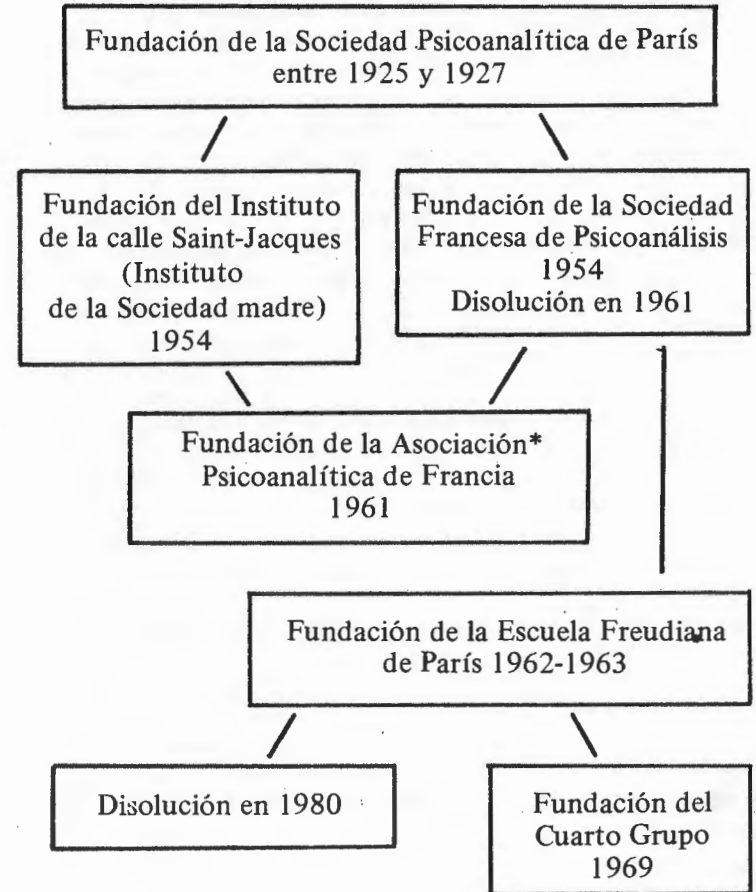
Por eso, a menudo propuse hablar de freudismo de diagnosis y no de diagnóstico.

Que después de leer estas páginas se haga mi diagnosis, me parece inevitable.

Señal de que caminamos.

Anexos

Cuadro de escisiones



* Asociada a la IPA, International Psychoanalytical Association, fundada en Estados Unidos.
Primer presidente: Ferenczi.
Tiene filiales en todo el mundo.

Ley de Condorcet

(...) En primer lugar, no es difícil ver que el sistema que se emplea en las elecciones ordinarias es defectuoso. Efectivamente, cada votante se limita a nombrar al candidato que prefiere. Por ejemplo, entre tres candidatos, el que vota por A no expresa la preferencia entre B y C, y así sucesivamente. De este modo, puede suceder que se vote una decisión realmente contraria a la mayoría.

Por ejemplo, supongamos que hay 60 votantes de los cuales 23 votan a favor de A, 19 a favor de B y 18 a favor de C; supongamos también que los 23 votantes que favorecieron a A hubiesen decidido unánimemente que C es mejor que B y que los 19 votantes que eligieron a B hubiesen decidido que C es mejor que A; por último, supongamos que de los 18 votantes a favor de C, 16 hubiesen decidido que B es mejor que A y que sólo 2 hubiesen decidido que A es mejor que B.

Así, tendríamos el siguiente resultado:

- 1) 35 votos a favor de B en detrimento de A y 25 por la posición contraria.
- 2) 37 votos a favor de C en detrimento de A y 23 por la posición contraria.
- 3) 41 votos a favor de C en detrimento de B y 19 por la posición contraria.

Entonces, tendríamos un sistema de tres opciones mayoritarias compuesta por tres proposiciones:

- B es mejor que A,
- C es mejor que A,
- C es mejor que B,

que contiene un voto a favor de C.

Además, tendríamos las dos proposiciones que forman el voto a favor de C:

- C es mejor que A,
- C es mejor que B,

la primera de las cuales surge de la mayoría de 37 contra 23 y la otra de la mayoría de 41 contra 19.

Las dos proposiciones que componen el voto a favor de B son las siguientes:

- B es mejor que A,

B es mejor que C,
la primera de las cuales surge de la mayoría de 35 votos contra 25
y la otra de la minoría de 19 contra 41.

Por último, tenemos las dos proposiciones que componen
un voto a favor de A:

A es mejor que B,

A es mejor que C,

las cuales surgen de la minoría, una de 25 votos contra 35 y la otra
de 23 votos contra 37.

Así, el candidato que realmente hubiese obtenido el voto de
la mayoría sería precisamente, según el método común, el que tendr-
ría menos votos.

Por eso, el candidato A que, según el método común, hubiese
obtenido la mayoría de los votos, contrariamente, en la realidad, es
el que se encuentra más alejado de la posibilidad de obtener la ma-
yoría.

Por esa razón, no hay que aplicar la forma de elección corrien-
te. Sólo debería conservársela en el caso en que no fuera necesario
elegir en el momento y cuando se pudiera exigir que se elija al que
haya reunido más de la mitad de los votos. En ese caso, incluso,
este sistema presenta el inconveniente de que el que haya obtenido
realmente la mayoría aparezca como no elegido.

Essai, pp. LVIII-LX.

Documento

CUARTO GRUPO

Organización Psicoanalítica de Lengua Francesa

PRINCIPIOS Y MODALIDADES DE FUNCIONAMIENTO

(asamblea general de 1969)

PREFACIO

El 17 de marzo de 1969 se fijaron los estatutos de una asocia-
ción que lleva por nombre: CUARTO GRUPO - Organización Psi-
coanalítica de Lengua Francesa.

Para los psicoanalistas que fundaron ese nuevo organismo, la
decisión se tomó en ocasión de la sesión de Ermenonville (febre-
ro de 1969) era el resultado de una larga experiencia realizada en
dos etapas:

- en la primera de ellas se había concebido el proyecto de
incluir la formación psicoanalítica en el reglamento de las
sociedades que estaban jerarquizadas y normalizadas según
las exigencias de la *International Psychoanalytical Associa-
tion*. En 1964, a consecuencia de ello, se produjo la disolu-
ción de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis;
- la segunda, que se inauguró con el acto de fundación llevado
a cabo por una sola persona, intentó incluir esa formación en
las estructuras propuestas por un eminente maestro. Pero,
como a partir de ese momento la doctrina y los modos de
formalización se reforzaban con decretos ideológicos y se ins-
titucionalizaba, *pro scola*, lo arbitrario, debían producirse
inevitables separaciones.

El hecho de recordar esas etapas evoca suficientemente lo
que caracterizó la evolución de la coyuntura psicoanalítica en Fran-
cia durante más de quince años, para que la creación de un *tercer*
espacio freudiano, que lleva por título *cuarto* a causa del momento
en que se constituyó, apareciera oportuno.

Esa fundación se lleva a cabo en un momento de la historia
del movimiento freudiano en que, indudablemente, no faltan los
estudios críticos dedicados a las dificultades propias de los grupos
psicoanalíticos.

Pero las encuestas oficiales que publican los institutos de psicoanálisis o que difunden para su utilización interna parecen, hasta el momento, condenadas a la ineficacia; quizá por falta de incentivos conceptuales aptos para descubrir lo que esteriliza la investigación y la formación e, indudablemente, por falta de incentivos políticos aptos para modificar las estructuras.

Al mismo tiempo, y especialmente en el área francesa, los escritos, que desde afuera cuestionan a las sociedades y sus defectos instituyen finalmente la oposición en sus propios dominios. La polémica, una vez que se convirtió en costumbre, no va más allá de los efectos de estilo.

La complementación entre conservadores y progresistas, de ese modo bien regulada, acrecienta el estancamiento científico y sólo estimula la estrategia política de los grupos. Por eso, cada postulante de formación freudiana siempre afronta, inicialmente, una alternativa falaz. Sabe que, a través de una opción que le usurpa la posibilidad de juzgar, debe resolverse a asociarse a una de las instituciones en plaza. Al decidirse "en el momento", después de haber elegido entre las pocas posibilidades que autoriza la orientación de las leyes, hipoteca la cuestión del inconsciente.

La dificultad de la tarea que se propone el Cuarto Grupo se deduce de estas primeras consideraciones. Sólo el hecho de establecer el reglamento interno ya plantea el problema de las consecuencias posibles por sobre la función que le fue asignada.

Indudablemente, es deseable que se establezca el principio de una *regla común* para regir la eficacia del trabajo, el respeto de la experiencia, la posibilidad de comunicación y la precisión de los criterios. Pero, si bien toda organización colectiva necesita, a *mini-ma*, de algunos principios de funcionamiento y modelos de aplicación, también hay que saber que los escritos fundadores siempre apelan a opciones teóricas implícitas, operan como instancias de represión, incluso como cerrojos de seguridad de las formaciones del inconsciente, las que, por cierto, después afloran a la superficie pero en representaciones censuradas e interpretadas por cada uno. Por sobre esto, el grupo mismo, en su economía colectiva, producirá los mitos y los ideales que, al condicionar su cohesión, cimentarán la voluntad de solidaridad.

Por eso, entre el idealismo de los principios y el autoritarismo de las ideologías conviene *identificar lo difícil y delimitar lo imposible* más que proponer aforismos y reglamentos ejemplares.

Si examinamos las enfermedades crónicas de las asociaciones psicoanalíticas, desde la época en que se construían solidariamente sobre la base de las primeras conquistas de Freud, se descubrirá que los términos *poder*, *pertenencia* y *formación* marcan los puntos de fricción de los conflictos insolubles y las zonas débiles del pósfreudismo.

El problema del *poder*, que agita el destino de toda organización colectiva, está sobredeterminado de manera diferente que en otra parte a causa de la estructura particular de los grupos freudianos.

La necesidad de volver a engendrar el análisis en cada analista comandó la experiencia subjetiva del diván para la renovación, que siempre es singular, del descubrimiento del inconsciente. Pero el objetivo didáctico de una terapia, desde el momento en que se revela auténtico, corre el riesgo de llevar a un callejón sin salida la problemática del deseo y los procesos de la transferencia.

Entre el imaginario de los poderes que un candidato en análisis proyecta en el analista didacta y la realidad de los poderes que el grupo le otorga tradicionalmente a este último, no siempre se logra establecer la diferencia. Como se acostumbra a requerir las mismas condiciones de notoriedad y experiencia para ocupar los distintos puestos de responsabilidad que reclama el funcionamiento de una asociación psicoanalítica, la posición del analista que responde a un pedido de formación se confunde perfectamente con la de un "simple soldado" para que el movimiento de un análisis didáctico no se inmovilice, tarde o temprano, en la tensión agresiva de los duelos de la ambición.

El hecho de que se reserve el título de analista didacta a una "élite" para reforzar algunos monopolios, o que se ofrezca reaccionariamente a cualquiera para fertilizar las "transferencias de trabajo" y el mantenimiento de una doctrina, influye en el análisis de cualquier candidato que, en la duplicidad estructural del pedido que formula —aun cuando su propio *proyecto* científico y profesional esté bien fundado— corre el riesgo de ver la problemática de su deseo inconsciente reducida a la palabra de ese proyecto. Particularmente, ese riesgo es más peligroso cuando el término didáctica se utiliza para definir lo que sería el análisis *puro* frente al análisis *aplicado*. En consecuencia, ¿cómo se puede pensar en el final de un análisis "logrado" y en el criterio para terminarlo de una manera diferente a la del pasaje del diván al sillón?

Las *pertenencias* se transforman así en sumisión. Indudablemente, es comprensible que cada uno se solidarice con la política de defensa o conquista de la sociedad a la que pertenece pero, en un nivel más profundo, la fidelidad a un sistema doctrinario prueba que todo analista está dividido entre la versión de Freud y la de sí mismo que le debe a sus maestros. Por eso, cuestionar las pertenencias, a menudo, para un practicante, significa desolidarizarse con un sistema de valores del cual obtuvo una *cédula de identidad* subjetiva y científica. Si desea asumir la independencia, presiente que deberá afrontar una prueba que podría, por un tiempo, repercutir en su economía personal y en el dominio de las situaciones clínicas para que racionalizaciones sólidas lo ayuden habitualmente a renunciar a la libertad que desea.

Entonces, lo que en definitiva se cuestiona es el *análisis didáctico* en su principio, sus modelos, sus procesos y sus consecuencias.

Sabemos que cada vez que una sociedad psicoanalítica atraviesa un estado de crisis —o nace de él— hay unanimidad en torno de un proyecto: el de promover o perfeccionar una *teoría de la didáctica*.

El empirismo de las recetas, la reconducción de las rutinas administrativas y la justificación *pro domo* de los estilos personales encuentran una prórroga muy necesaria bajo el manto de esa profesión de fe que el grupo sostiene para conservar su buena conciencia.

En realidad, ¿una teoría acabada de la didáctica no sería, acaso, la historia de la revolución freudiana convertida en mito para el reaseguro de las filiaciones? La fantasía científica de una formalización última del inconsciente y de la libido, válida cualquiera sea el sujeto en cuestión, aún sigue siendo común entre muchos analistas, lo cual va en detrimento de una disciplina que, al tratar de internarse cada vez más en sus extensiones y sus “intenciones”, pierde de vista su propio campo, extraterritorial a cualquier otro.

Quizás haya que recurrir al nombre de Freud, altivamente libre de todo narcisismo científico y de todo imperialismo ideológico, para retomar el estudio de los avatares del movimiento psicoanalítico y para extraer una enseñanza de esas pequeñas historias de los psicoanalistas, tal como circulan bajo el manto de desconocimiento de las versiones oficiales. Si los síntomas neuróticos dicen la verdad bajo la censura que los contiene, ¿por qué los síntomas del ambiente psicoanalítico no podrían ser los soportes más verdaderos de la problemática abierta por Freud? Esos síntomas, bajo la forma

de anécdotas susurradas al oído, sólo logran revalorizarse. Así, en algunos países, el hecho de que el análisis-formal que se paga muy caro en los institutos permitía secundariamente a los practicantes, por fin instalados, ofrecerse para ellos mismos un verdadero análisis oscuro y secreto con un colega, remite la didáctica a otra cosa que no es el prestigio del cual goza.

Ese ejemplo puede ayudar a los miembros del *Cuarto Grupo* a mantener abiertas algunas preguntas:

—¿La problemática del “ser analista” se superpone a la problemática del “ser analizado”?

—¿Acaso el análisis didáctico puede situarse fuera de la alternativa de lo ya terminado o de lo interminable a partir de ahora, cuando el acceso a la práctica psicoanalítica está confirmado como la realización del deseo?

—El analista didacta, de hecho o de derecho, ¿acaso puede definirse como “el eje del psicoanálisis” cuando éste, en los pasajes al acto reglamentados, coloca al analizado en posición de practicante?

—¿Acaso se debe hablar de transferencia o ya no se debe hablar de ella cuando el *saber*, en sus sectores accesibles, es lo que constituye aquello que se pone en juego en el plano del deseo?

—¿Qué significa “hablar de su análisis” para un alumno, cuando para un paciente eso siempre es transgresión del secreto del diálogo en curso; es, acaso, una escapatoria o una prevención?

—¿Cómo sostener analíticamente el discurso de un alumno a otro para dar un dictamen, cuando el mismo sujeto, dividido entre la regla fundamental y el esfuerzo por dominarse, no puede saber si debe acostarse o sentarse?

—¿Cómo precisar criterios de habilitación para el ejercicio del análisis si se sigue confundiendo entre los exámenes de pasaje (que trasladan al campo freudiano la tradición universitaria de los jurados magistrales) y el proceso probatorio de calificación que (al no resumirse en ningún ceremonial de “Pase”) asocia a los analistas más jóvenes con los mayores en una larga disciplina común de intercrítica?

—¿Cómo lograr que la rutina de los analistas “bajo control” permita el acceso a lo más difícil de la posición psicoanalítica, es decir, la que debe sostener un candidato, cuestionado por el discurso de un cuarto sujeto ausente, cuando, en diferido, le habla de ello a un analista que no es el suyo?

—¿Cómo conseguir que los que controlan y los didactas lleguen a concretar una colaboración de principio cuando, a través de la acción llevada a cabo por el candidato, uno y otro se encuentran tocados en la práctica, el saber y el estilo?

—¿Cómo evitar que el grupo expropie el deseo de un sujeto en análisis una vez que, como estudiante, decide pasar por los ritos del reconocimiento colegial, a menudo pagando el precio de las virtualidades de su verdad, para obtener un "diploma"?

Todas estas preguntas, al sucederse bajo una misma puntuación, no juntan problemas que se superponen. Didáctica, controles y estudio diseñan líneas de intersección diferentes para cada sujeto. Todo proceso de formación es singular. Por eso, conviene respetar en primer lugar el particularismo y la originalidad para juzgar sólo *retrospectivamente* el valor de los itinerarios recorridos.

Por último, se plantea la cuestión de separar el plano específico de la experiencia analítica de los apuntalamientos (*Anlehnungen*) que lo sostienen necesariamente. El psicoanálisis no es de ningún modo el discurso científico que habla de él. No es la metodología que lo hace posible. Además, el instituyente relacional de la terapia no podría trasladar sus conceptos a las estructuras institucionales de un grupo sin que una confusión de registros traicione o desconozca las leyes propias de cada uno de esos campos.

Por lo tanto, conviene no olvidar jamás la *competencia constante entre lo analítico y lo no analítico* desde el momento en que una organización se plantea como objetivo el estudio, la investigación y la formación freudianas.

En el plano del grupo, la necesidad de establecer dispositivos de trabajo, al mismo tiempo que se presta atención de no caer en la trampa de los hábitos vigentes y en la tentación de lo nuevo a toda costa, implica que los miembros contribuyen a mantener como *instituyente* más que como *instituido* al organismo así fundado. Por esa razón, el análisis crítico de las modalidades de funcionamiento constituye el primero de los principios que los fundadores del *Cuarto Grupo* consideran que deben respetar.

ORGANIZACION INTERNA

I - Los miembros del grupo

El grupo tiene dos categorías de miembros:

—*Los titulares del Cuarto Grupo*, que asumen todas las responsabilidades y gozan de todas las prerrogativas internas y externas inherentes a la existencia jurídica del grupo.

—*Los adherentes del Cuarto Grupo*, que se asocian a él porque los principios que reunieron a los que ya forman parte del grupo permiten recibir esta adhesión.

I.1 *Los titulares* son reconocidos como psicoanalistas por el grupo y no por una instancia particular de la organización. Representan individualmente al grupo.

Formalmente, eso se traduce a través del asentimiento que da la asamblea general, en el informe de cierre de los trabajos, en la inscripción del nombre en la lista oficial y pública de los miembros del Cuarto Grupo.

Tienen la responsabilidad colectiva de la evolución del grupo y asumen en forma colegiada la toma de todas las decisiones que podrán modificar el curso. Por eso, son tan sólo ellos los que votan los informes de las asambleas generales ordinarias.¹

I.2 *Los adherentes* ingresan al inscribirse personalmente ante la secretaría del grupo, con la sola condición de que deben seguir un proceso de formación psicoanalítica fuera o dentro del Cuarto Grupo. La adhesión sola no es título suficiente que acredite la práctica de la actividad.

En la asociación que los une, los miembros titulares pueden aportar los pedidos, las preguntas, las críticas y las exigencias.

Si bien no pueden "decidir" lo que concierne colectivamente al grupo pueden, sin embargo, participar en la evolución a través de propuestas y sugerencias. De ese modo, particularmente, están totalmente informados de la vida de la institución.

En el plano de la enseñanza y de la investigación, que les concierne particularmente, pueden crear o inspirar tal o cual forma de actividad que corresponda a una conjunción de los pedidos. Pero las responsabilidades que asuman como psicoanalistas no pueden tomarse en nombre del grupo.

¹ La primera lista de titulares se establecerá en ocasión de la asamblea general ordinaria de 1970.

II - La estructura institucional

Es voluntad de los fundadores que la asamblea general sea soberana en cuanto al poder de determinar la evolución de la organización. Pero el ejercicio fatalmente intermitente de ese poder supone que, a un nivel determinado de ejecución y administración, ese poder sea delegado por un tiempo. La única garantía de que no se abuse de ese poder reside en el hecho de fraccionar, de separar y de limitar los poderes. Del mismo modo, las responsabilidades administrativas se reparten en tres niveles: el consejo administrativo, las tres secretarías que componen la oficina ejecutiva de administración y las asambleas generales.

Who's who in Translacania

ABRAHAM (Karl), lugarteniente de Freud.
ADLER (Alfred), lugarteniente disidente de Freud.
AJURRIAGUERRA (Juan de), neurólogo célebre.
ALLENDY (René), uno de los pioneros del psicoanálisis en Francia.
ANTOINETTE, hermana de Perrier. Psicoanalista.
AUBRY (Jenny), gran dama de la Escuela Freudiana de París.
AUDOUARD (Xavier), lugarteniente de Lacan.
AULAGNIER (Piera), gran dama de la EFP hasta la escisión de 1969. Funda el Cuarto Grupo con Perrier.
BATAILLE (Sylvia), esposa de Jacques Lacan.
BERGE (André), uno de los pioneros del psicoanálisis en Francia y responsable del Ministerio de Salud Mental.
BONAPARTE (Marie), princesa de Grecia, benefactora del psicoanálisis y psicoanalista. Freud la llamaba "mi princesa".
BONHOMME, director de la ex clínica psiquiátrica de Sceaux.
BUNNIER-LESPIAUT (Andrée), librero especializado en psicoanálisis de la calle de Vaugirard.
BOURGOIS (Christian), editor de *La Chaussée d'Antin*, de François Perrier.
BOUVET (Maurice), uno de los grandes teóricos de la Sociedad Psicoanalítica de París de la posguerra.
BRISSET (Charles), psiquiatra, médico jefe de la clínica de Ville-d'Avray.
BUSSARD (Jean-Pierre), director de la clínica de Meudon-Bellevue.
CERLETTI, psiquiatra, psicoanalista romano.
CHOISY (Maryse), gran dama del psicoanálisis francés.
CLAVREUL (Jean), lugarteniente de Lacan.
CLÉMENT (Catherine), intelectual parisiense.
CLÉRAMBAULT (Gaétan de), "El único maestro que tuve en psiquiatría", decía de él Lacan.
CROIZE (Bernard), director de la clínica de Ville-d'Avray.
DELAUNAY (Charles), jazzman.
DELAY (Jean), uno de los jefes de Sainte-Anne. Pertenece a la Academia Francesa.
DENIKER (Pierre), uno de los jefes de Sainte-Anne.
DIATKINE (René), ex paciente de Lacan, uno de los jefes de la SPP y responsable de la psiquiatría infantil en Francia.

DOLTO (Françoise), la Melaine Klein del psicoanálisis francés.
 EISSLER (Kurt), curador de las obras de Freud.
 EY (Henri), uno de los renovadores de la psiquiatría en Francia.
 FAVEZ-BOUTONNIER (Juliette), gran dama del psicoanálisis en Francia.
 GASQUÈRES (Anne-Evelyne), psicoanalista, miembro del Cuarto Grupo.
 GLORIA, la célebre secretaria de Lacan.
 GRANOFF (Wladimir), lugarteniente disidente de Lacan y compañero de Perrier en la Troika.
 GREEN (André), psicoanalista parisiense del Instituto (órgano de formación de la Sociedad Psicoanalítica de París).
 JUDITH, hija de Jacques y Sylvia Lacan. Filósofa.
 KHAN (Masud R), gran psicoanalista inglés.
 KLEIN (Melanie), gran teórica del psicoanálisis después de Freud.
 KOUPERNIK (Cyrille), psiquiatra parisiense.
 KRETSCHMER (Ernst), psiquiatra alemán que realizó una clasificación nosológica, en particular la de la paranoia, en el siglo XIX.
 LACAN (Jacques), J L.
 LAGACHE (Daniel), el tío Dany, uno de los pares de Lacan en los años 50. Abandonan juntos la Sociedad Psicoanalítica de París.
 LAFORGUE (René), uno de los pioneros del psicoanálisis en Francia.
 LAURE (Laure Peignot), amiga de Bataille, autor de *Escritos*.
 LECLAIRE (Serge), lugarteniente de Lacan, conforma la Troika con Granoff y Perrier.
 LEBOVICI (Serge), un miembro influyente de la SPP.
 LEUBA (John), psicoanalista suizo que fundó la Sociedad Francesa de Psicoanálisis.
 * LOEWENSTEIN (Rudolf), paciente de Freud, analista de Lacan; emigró a los Estados Unidos en 1939.
 LOGIER (Jules), abuelo de François Perrier. Impresor del primer anuario de la EFP.
 MAILLARD (Jean), médico de la clínica psiquiátrica de l'Hay-les-Roses.
 MANNONI (Octave), el Diderot del psicoanálisis francés.
 MARCHE (Jean), médico, conferenciante de internado.
 MÉLÈSE (Lucien), psicoanalista y pianista como François Perrier.

MERLEAU-PONTY (Suzon), esposa del filósofo, amiga de la familia Lacan.
 MICHAUX (León), psiquiatra de los Hospitales, jefe en la Salpêtrière.
 MILLER (Jacques-Alain), yerno de Lacan, curador de sus obras.
 MORAND (Pierre), médico jefe de la clínica psiquiátrica de Meudon-Bellevue.
 NACHT (Sacha), el gran rival de Jaques Lacan en los años 50. Fundador del Instituto de Psicoanálisis.
 PASCHE (Francis), analista no judío, germano hablante, por quien Lacan sentía admiración.
 PATHÉ, médico, director de una clínica dietética en Grasse.
 PICHOT (Pierre), psiquiatra.
 PINEL (Philippe), fundador de la psiquiatría francesa en el siglo XIX.
 PONTALIS (J.B.), filósofo y analista francés. Pasó de Sartre a Jacques Lacan para llegar a Gallimard.
 REINER (Françoise), secretaria personal de Perrier y durante algún tiempo del Cuarto Grupo. Lingüista.
 REVERCHON JOUVE (Blanche), psicoanalista, decana de la Escuela Freudiana de París hasta su muerte, poco antes de la de Lacan. Esposa y consejera de Pierre Jean Jouve.
 RICOEUR (Paul), volvió a Freud antes que Jacques Lacan.
 ROSOLATO (Guy), compañero de Perrier, psicoanalista y pianista; también se alejó de Lacan.
 ROUART (Julien), viejo psicoanalista, miembro de la Evolución Psiquiátrica.
 ROUSTANG (François), el otro Diderot del psicoanálisis francés.
 SEBAG (Lucien), filósofo, discípulo de Lévi-Strauss, paciente de Lacan. Se suicidó en 1964.
 SIMATOS (Christian), lugarteniente de Lacan.
 SOURY (Pierre), matemático. Trabajó la topología con Lacan. Se suicidó pocos años antes de la muerte de Lacan.
 STEIN (Conrad), uno de los pocos analistas que Lacan citó en el seminario sobre los Nombres del Padre en 1964.
 STERN (Anne-Lise), psicoanalista, devota de Lacan y de Perrier.
 TOSQUELLES, psiquiatra catalán, uno de los fundadores de la psiquiatría institucional.
 TURKEY (Philip), psicoanalista franco-canadiense, miembro de la IPA.

VALABREGA (Jean-Paul), viejo amigo de Perrier, fundó con él el Cuarto Grupo.

VASSE (Denis), psicoanalista lionés.

WAEHLENS (Alphonse de), filósofo y psicoanalista belga.

WESTERMANN miembro disidente de la IPA.

WINNICOTT (D. W.), gran psicoanalista inglés posterior a Freud.

SIGLAS

EFP: Escuela Freudiana de París.

IPA: International Psychoanalytical Association.

SFP: Sociedad Francesa de Psicoanálisis.

SPP: Sociedad Psicoanalítica de París.

APF: Asociación Psicoanalítica de París.

Notas

- ¹ François George, *L'Effet "yau de poêle"*, Hachette, 1979.
- ² François Perrier, *La Chaussée d'Antin* (t. I y II), 10/18 - Christian Bourgois, 1978-1979.
- ³ Marguerite-Andrée Séchehay, *Le Journal d'une schizophrène*, P.U.F.
- ⁴ Jacques Lacan, "Le stade du miroir", en *Ecrits*, le Seuil, 1967.
- ⁵ Elisabeth Roudinesco, *La Bataille de cent ans. Histoire de la psychanalyse en France*, Ramsay, 1983.
- ⁶ J. Laplanche y J. B. Pontalis, *Vocabulaire de la psychanalyse*, P.U.F., 1967.
- ⁷ Pierre Klossowski, *La Monnaie vivante* (textos y dibujos de P. Klossowski, fotos de Pierre Zucca), Eric Losfeld editor, 1970.
- ⁸ Alphonse de Waehlens, *La Philosophie de Martin Heidegger*, Lovaina, 1942.
- ⁹ François Perrier, *Les Corps malades du signifiant, le corporel et l'analytique. Séminaire 1971-1972*, Inter Editions, 1984.
- ¹⁰ François Perrier, "Voyage à Rome", *La Chaussée d'Antin*.
- ¹¹ Jacques Lacan, "Propos directifs pour un congrès sur la sexualité féminine", en *Ecrits*, Seuil, 1967.
- ¹² Wladimir Granoff, François Perrier, *Le Désir au féminin*, Aubier-Montaigne, 1980.
- ¹³ La Psychanalyse, primera revista freudiana de la S.F.P., ya no se publica y está agotada.
- ¹⁴ Ver *Topique* n° 1, 1966.
- ¹⁵ Coloquio de Bonneval, en *L'Inconscient*.
- ¹⁶ François Perrier, *Double Lecture, le Trans-subjectal, séminaire 1973-1974*, Inter Editions, 1985 (todavía no apareció).
- ¹⁷ Id., *La Chaussée d'Antin*.
- ¹⁸ Psicosis de Korsakoff: síndrome de degeneración neurológica producido por el alcoholismo.
- ¹⁹ François Perrier, "Séminaire sur l'Amour", en *La Chaussée d'Antin*, t. II.
- ²⁰ Id., *Les Corps malades du signifiant*, op. cit.
- ²¹ Id., *Double Lecture, le Trans-subjectal*, op. cit.
- ²² Id., "Thanatol", *La Chaussée d'Antin* t. II.
- ²³ Catherine Clément, *Vies et légendes de Jacques Lacan*, Grasset, 1979.
- ²⁴ François Perrier, Textos sobre didáctica, en *La Chaussée d'Antin*, t. I.
- ²⁵ Id., en *La Chaussée d'Antin*.
- ²⁶ Jacques Lacan, "Le Temps logique et l'assertion de certitude anticipé", en *Ecrits*.
- ²⁷ Denis Vasse, *Le Temps du désir*, Le Seuil, 1969.
- ²⁸ Freud, *Inhibition, symptôme et angoisse*. Presses Universitaires de France, 1964.

²⁹ Jacques Lacan, *Scilicet*, 1, Le Seuil.

³⁰ *Ibidem*.

³¹ Intervención de Lacan en el congreso de Deauville, 1978.

³² François Perrier, *Les Corps malades du signifiant*.

³³ Laure, *Ecrits*, Jean-Jacques Pauvert, 1972.

³⁴ François Perrier, *L'Alcool au singulier, l'eau de feu et la libido*, Inter Editions, 1982.

³⁵ Martial Perrier, *Adieu a don Juan*, Grasset, 1929.

³⁶ Méricysma: síntoma psicossomático que se encuentra en algunos recién nacidos y que consiste en rechazar todo alimento ingerido.

Las Propuestas de Lacan sobre el Pase se publicaron en *Ornicar*, nº 2.

TEMAS DE PSICOANALISIS Y PRACTICA PSICOANALITICA

Se agrupan en esta sección títulos de psicología, psiquiatría y psicoanálisis, según un criterio no solamente temático sino también conceptual y científico. Reúne libros de fondo dentro de la más actual producción teórica en la teoría psicoanalítica y sus distintas vertientes: psicoterapia de grupos, análisis institucional, historia del movimiento psicoanalítico, etc., sin omitir las aportaciones de la llamada escuela lacaniana.

LUCIO PINKUS

Teoría de la psicoterapia analítica breve

SALVADOR MINUCHIN

Familias y terapia familiar

LEONARD SMALL

Psicoterapias breves

EDGARDO GILI Y PACHO O'DONELL

El juego

CLAUDE LE GUEN

La práctica del método psicoanalítico

NANCY CHODOROW

El ejercicio de la maternidad

FERNANDO DOGANA

Psicopatología del consumo cotidiano

MAUD MANNONI

La primera entrevista con el psicoanalista

D. W. WINNICOTT

Psicoanálisis de una niña pequeña (The Piggie)

JANET MALCOLM

Psicoanálisis, una profesión imposible

**TEMAS DE PSICOANALISIS Y
PRACTICA PSICOANALITICA**

ROGER GENTIS
Lecciones del cuerpo

J. SANDLER, H. KENNEDY Y R. TYSON
La técnica en psicoanálisis de niños

A. E. FONTANA Y J. A. LOSCHI
Sesión prolongada

GEORGES LAPASSADE
La bio-energía

D. W. WINNICOTT
Realidad y juego

GENNIE Y PAUL LEMOINE
Teoría del psicodrama

ROLAND JACCARD
El hombre de los lobos

PIERRE-SYLVESTRE CLANCIER
Freud

LEON CHERTOK Y RAYMOND DE SAUSSURE
Nacimiento del psicoanalista

JEAN BERGERET
La personalidad normal y patológica

ARMANDO VERDIGLIONE, GILES DELEUZE Y OTROS
Psicoanálisis y semiótica

GENNIE Y PAUL LEMOINE
Jugar-gozar

HAROLD SEARLES
Escritos sobre esquizofrenia

**TEMAS DE PSICOANALISIS Y
PRACTICA PSICOANALITICA**

R. DIATKINE, E. FERREIRO Y OTROS
Problemas de la interpretación en psicoanálisis de niños

FRANÇOISE DOLTO
La dificultad de vivir
Vol. I: Familia y sentimientos

FRANÇOISE DOLTO
La dificultad de vivir
Vol. II: Psicoanálisis y sociedad

WILFRED R. BION
La tabla y la cesura

OSCAR MASOTTA
Lecciones de introducción al psicoanálisis

JACQUES SÉDAT Y OTROS
¿Retorno a Lacan?

VICTOR TAUSK
Trabajos psicoanalíticos

SARAH KOFMAN
El enigma de la mujer

PIERRE DAVID
La sesión de psicoanálisis

MARIO FRANCIONI
Psicoanálisis, lingüística y epistemología en Jacques Lacan

SERGE LECLAIRE
Un encantamiento que se rompe

CHRISTIAN MOREAU
Freud y el ocultismo

**TEMAS DE PSICOANALISIS Y
PRACTICA PSICOANALITICA**

JAMES S. GROTSTEIN
Identificación proyectiva y escisión

RENÉ KAËS Y DIDIER ANZIEU
Crónica de un grupo

S. H. FOULKES
Psicoterapia grupo-analítica.

J. L. MARTÍ I TUSQUETS Y LEONARDO SATNE (COMPS.)
Desarrollos en psicoterapia de grupo y psicodrama

FREUD-ZWEIG
Correspondencia

SIGMUND FREUD - KARL ABRAHAM
Correspondencia

ALDO CAROTENUTO
Una secreta simetría

SIGMUND FREUD - EDOARDO WEISS
Problemas de la práctica psicoanalítica

HELM STIERLIN Y OTROS
Terapia de familia

MAUD MANNONI
El síntoma y el saber

ANALÍA KORNBLIT
Somática familiar

GEORGES AMADO
Fundamentos de la psicopatología

JUAN D. NASIO
El magnífico niño del psicoanálisis

**TEMAS DE PSICOANALISIS Y
PRACTICA PSICOANALITICA**

DENIS VASSE
El peso de lo real, el sufrimiento

MICHAEL BALINT Y OTROS
Psicoterapia focal

OCTAVE MANNONI Y OTROS
La crisis de la adolescencia

JULIA KRISTEVA Y OTROS
El trabajo de la metáfora

STUART SCHNEIDERMAN
Lacan: La muerte de un héroe intelectual

FRANÇOIS PERRIER
Viajes extraordinarios por Translacania

JOËL DOR
Introducción a la lectura de Lacan

MAUD MANNONI
Un saber que no se sabe

J. LAPLANCHE Y J.-B. PONTALIS
*Fantasía originaria, fantasía de los orígenes,
orígenes de la fantasía*

JULIA KRISTEVA
Al comienzo fue el amor

Este libro se terminó de imprimir en los talleres gráficos de
INDUSTRIA GRAFICA DEL LIBRO S.R.L.
Warnes 2383, Capital Federal, en el mes de junio de 1986

